



GONZALO ROMERO A.G.

**REFLEXIONES
PARA UNA
INTERPRETACIÓN
DE LA HISTORIA
DE
BOLIVIA**

Buenos Aires 1960

© Rolando Diez de Medina, 2009
La Paz - Bolivia

INDICE

A manera de introducción

- I. Perspectiva
 - II. Perfiles
 - III. De lo indio y su circunstancia
 - IV. Formas de vida
 - V. El resentimiento en nuestra historia
 - VI. Meridianos históricos
- Nota del autor

*A mis hijos:
Gonzalo, Ana, Horacio,
Ximena y Marcela Julia.*

A MANERA DE INTRODUCCIÓN

Esta obra la escribí el año 1953. Las Reflexiones, son parte de otras que se pueden plantear. El criterio con que considero algunos aspectos exime de mi parte mayor explicitación: no me interesan particularmente este o aquel personaje o grupo, sino en cuanto a su "presencia" en el escenario histórico boliviano. De ahí que esta obra no refleje el pensamiento de ninguna militancia. Si bien pertenezco a un partido político, las ideas que aquí se o vierten son de mi personal y exclusiva responsabilidad.

Desde el año que terminé de escribir estas *Reflexiones*, hasta ahora, han ocurrido muchos acontecimientos en la vida de Bolivia que merecen un libro polémico y analítico de tal período. Por eso mismo he dejado para esa obra, la crítica y el estudio de los actuales problemas nacionales tanto en el orden social, económico, como político, a más de la gama de fenómenos psicológicos, culturales y morales, que configuran ocho años de miseria e intimidación, ambas injustas e inútiles.

En el tiempo que transcurre desde 1952 a 1960 hemos podido constatar por qué surgieron a la externidad tantos complejos, apetitos y rencores. Él constituye una especie de completa síntesis de la índole política de nuestra República. Todo se puede rehacer y modificar cuando se trata de factores materiales; empero el daño es casi irreparable cuando se hiere en el nervio de la

conciencia histórica y nacional, o cuando se hace impacto contra la moral. Más no adelantemos, de todo eso, y algo más, se tratará en el libro próximo, Dios mediante.

Muchos capítulos quedarían incompletos en otra obra, si no añadiera algunos conceptos o esclareciera otros, que muestren la verdadera intencionalidad que tienen.

Empecemos, pues.

Don Franz Tamayo, en su *Creación de la Pedagogía Nacional*, afirma que el indio es el ser fundamental de Bolivia. Insisto, por mi parte, que la vocación republicana y de emancipación ha sido fruto de la energía del grupo ilustrado "núcleo robusto de una Nación", al decir de Bartolomé Mitre, en su *Historia de Belgrano*. El "Proyecto" de Bolivia, el pensamiento y la esperanza de conseguir una integración nacional, al modo occidental, es inobjetablemente una aspiración de minoría. Ello no quiere significar que dicha emoción y sentimiento hubieran sido herméticos. Esa idealidad fué transmitida al común y tomó corporeidad en el pueblo. Hoy aún existen grandes sectores, que conforman la abigarrada sociabilidad boliviana, que no están inmersos en ese "proyecto". Hay aspectos oblicuos y maneras de indocilidad en nuestro poblador, que hacen surgir contraposiciones de tipo anárquico, sin finalidad histórica, frente al gran planteo nacional. Se pretendió ver en los efectos, en lo que es apenas pigmentario, el porqué de muchas cosas. Intención disociadora o afán constructivo son unas veces el fruto de actitudes personales y otras del contorno sociológico. El indio aborígen, marginado por sí o contra sí de la idealidad nacional, cumple faena humana en su propio estamento. Representa una fuerza de presión que por su ineducación o por no encontrarse adaptado aún al "proyecto" de Bolivia, produce estagnación, mientras por otra parte ofrece posibilidades de energía y potencialidad, las cuales correctamente encaminadas pueden dar óptimos resultados. Observado desde un punto de vista parcial y de vilipendio contra el "blanco", cualquiera que sea, se estropea la seriedad de su exaltación.

Otro problema:

Nada podrán hacer en el futuro las pequeñas naciones, que como las latinoamericanas se encuentran conmovidas por emociones localistas y domésticas, o sujetas a intereses ocultos que invalidan sus pretensiones de libertad económica y política. Si sus dirigentes no tienen una clara concepción de lo que viene ocurriendo en el mundo y en la Historia, quedarán rezagadas y cada vez más disminuidas. A sus políticas nacionales convendría añadir la idea de una América solidaria, unida, con ánimo de llegar a integrarse como una gran comunidad, lo cual podría constituir la solución para defenderse contra toda forma de imperialismo y superar la pobreza; de lo contrario los *estados nacionales* no se manumitirán de su condición de productores de materias primas y de las consecuencias sociales y económicas que ello significa. Los altos niveles de vida y el crecimiento económico son anejos a un hecho palmario: la organización de grandes unidades históricas, como en su momento lo realizaron Inglaterra, Estados Unidos de Norte América, Alemania.

Las guerras internas, las "revoluciones", las "reformas" nada logran. Sumen a los pueblos, como lo hemos esperado y sufrido los bolivianos, en mayor confusión y atraso. Los convierten en mayormente dependientes y, así, se mutilan esperanzas, "proyectos" nacionales y pretensiones más o menos valederas. Los regímenes de ese tipo de ejecutoria, entre otras causas, son resultado de la inversión de valores, de falta de seriedad y sobriedad, de impaciencias y de la pretensión de considerar que las naciones pueden dar "saltos" por encima de su natural desarrollo. Todo esto seguirá ocurriendo, *salvadores* más o menos, demagogos de turno o *libertadores* de nuevo cuño que tiranicen, mientras se dé paso y confortable influencia a semiverdades, y no se llegue a soluciones viables y radicales de gran estilo.

En el Capítulo I, *Perspectiva* (IX), me refiero a la preferencia en América por los hombres de acción. Es bueno aclarar el concepto. Si bien, considerada la clase dirigente americana en conjunto, podría ser caracterizada por su tendencia a hacer más que a meditar, asimismo hay una particular referencia a lo que podríamos llamar "activistas politiqueros" o simplemente audaces, aventureros. Esta tipología es hija del medio y de la naturaleza. La historia de los países ibéricos del hemisferio está pletórica de esos hombres de *acción*, de negativa acción. Porque hay formas de hacer y de accionar. Una se dispara a lo constructivo, al producir intelectual o material, a lo edificante, encierra energía ascendente, es un hacer bien: tal el caso de Bolívar, San Martín, Santa Cruz, Sarmiento, Andrés Bello; pero hay también un hacer mal, un deshacer, fuerza dinámica que

se proyecta en sentido negativo, de agria calidad, de accionar áspero, bravío, aspirante sólo a la conquista del poder, para gozarlo y para ejercitar una suerte de behetría surgida del apetito de camarillas ineptas e irresponsables. Es un modo de reversión a lo elemental. La audacia insolente por iletrada, incompetente para conducir y realizar obras fecundas, se impone por el miedo o la sorpresa. Los ejemplos sobran: Facundo Quiroga, Melgarejo y cien caciques más, nimbados de pólvora y lágrimas. Hay, pues, una acción vital y otra sensual, utilitaria.

Suele ocurrir que como resultado del dominio de los caciques *activos* surjan, pululando en el dintorno de la torpe proeza, grupos de gentes o individuos que ejerciten mandos o próximos al poder logren riquezas y aparenten refinamientos; mas, como dice Jacobo Burckhardt: "esconden a menudo, debajo de un ligero barniz de lujo, toda su brutalidad y ordinariez". (*Historia de la cultura griega*, tomo IV, página 36. Iberia.) De ambas dos formas de acción se discurre en este libro.

Hoy enfrentamos una realidad: la insurgencia de la masa, pero también y en más alentadora novedad, encontramos que el pueblo, como entidad consciente, crece en autoridad y vigor para oponerse a su perención, frente al anonimato masivo o a la sujeción de castas. El protagonista principal de la Historia, ahora, es el pueblo, entendido como antinomia de la masa. Por eso la democracia moderna tiene que sostenerse en una sólida economía nacional dentro de un desarrollo integral y no parcial: con miseria no puede haber cultura, progreso ni bienestar social. La conquista de los desiertos, la incorporación del territorio mediante su poblamiento y conexión a los centros vitales de la Patria, la capitalización de la comunidad nacional en lo público y en lo privado, son medios para que puedan los pueblos ser dueños de su destino.

El núcleo ilustrado surge de la entraña de las naciones sanas, fuertes, laboriosas y ordenadas. Cuando se aparta el pueblo de su ruta histórica o cuando cae prisionero del bandidismo, corre el riesgo de destruir su estructura. La pseudo transferencia del poder político y económico, que algunos pretenden lograr para las masas, no pasa de ser una falacia. Generalmente detrás de ese engañoso telón se agazapa la vulgar demagogia, o lo que es más grave, y se va repitiendo con sistemática frecuencia, penetran con versatilidad y sutileza prédicas disolventes, en busca de sus propios fines.

El trabajo es inherente a la humana condición. Otra cosa bien distinta es que se convierta en mercadería o fuente de explotación. Lo esencial es por tanto, rescatar la dignidad del trabajador y conseguir que su tarea le otorgue niveles de vida superior que hagan posible el progreso general. El argumento que sostiene que el trabajo no es un bien, suele ser esgrimido por los agentes del parasitismo. Es hora de proclamar que no existe otra forma de vivir, que no sea la del propio esfuerzo, salvo que se pretenda convencer a un pueblo que es preferible extender la mano mendicante. Solamente se logra una economía poderosa, o la conquista de un mejoramiento social, con energía y disciplina de trabajo. He ahí el caso de la Alemania occidental, de Italia, del Japón, y tantos otros países ejemplares de hoy.

Asistimos en el mundo occidental a un gran ascenso de la clase laboral, y esto es afortunado por cuanto vastos sectores humanos gozan de una vida mejor en la libertad. Entre los grandes fenómenos modernos, se ubica en forma preponderante el social. Los más destacados partidos políticos de Europa: el laborismo inglés, el Social Demócrata Alemán, el *degauillismo* en Francia, renuevan sus idearios, revisan sus posiciones, para facilitar una política constructiva que logre la paz y la avenencia de los intereses del asalariado y de la empresa privada o fiscal, como una gran finalidad nacional y que no se resuelva como una violenta lucha de clases. Esas son las rutas prudentes y sabias. Estos temas son vastos y necesitan explicación más prolija y detallada. Los factores de la miseria popular y el porqué de la descapitalización del Estado y de la Nación boliviana, precisan un miraje de amplia proyección. Queden, como he dicho, los problemas económicos y sociales para otra oportunidad.

Ninguna victoria política, doctrinal, económica o social, pueden ni deben cimentarse en la injusticia o en el egoísmo. Hay victorias nobles y hay triunfos perversos y transitorios. Las primeras perduran en la Historia, los segundos ensucian a quienes de ellos se ufanan, puesto que, más temprano o más tarde, la verdad avasalla y se impone.

Buenos Aires, 1959.

Capítulo I

PERSPECTIVA

I

Se afirma que América estuvo probablemente unida, al igual que Groenlandia, a la masa continental situada alrededor de la región polar, hasta muy avanzada la época neolítica. El polo se encontraba ubicado más hacia el Suroeste y, por lo tanto, existía un clima muy frío, puesto que esta región estaba cubierta por una capa de hielo que abarcaba una gran extensión de su parte norte.

Dos océanos inmensos, el Atlántico y el Pacífico, representaban vallas insalvables para la incipiente experiencia náutica de las remotas edades. El Continente posiblemente no tuvo comunicación física ni espiritual con la humanidad. Queda por esta razón América, como el cuerpo geográfico más nuevo y joven. Su desarrollo interior, en términos de cultura, no recibe influencia alguna y por ello muestra profundos vacíos. La ignorancia de muchas técnicas y conocimientos se debe a su aislamiento. No se desenvuelven altas culturas, porque no se acumulan ni se asimilan influencias de otros pueblos y civilizaciones. Los mismos imperios aborígenes quedan incomunicados en el Continente y no tienen relaciones entre ellos. Los separa la selva, los obstáculos naturales y la distancia.

La humanidad tiene sus etapas de desarrollo y es necesario ver en cuál de ellas se encontraba el nativo americano. Si el hombre originario ha venido del Asia, debió haberlo hecho en la época más remota y oscura. Debió haber llegado como un hombre elemental.

El primitivo nómada, que tiene una semilla espiritual, empezará por tener una fe sencilla en algo invisible y actuante; tendrá una creencia en fuerzas ocultas, en espíritus, en dioses. A este primer estadio corresponde el hombre de Neanderthal, ser piadoso, dedicado a la caza y a la pesca. Vivió de manera invariable, por el transcurso de unos cuatrocientos mil años, y es posiblemente quien llegó a América, desde el Asia y, como consecuencia de transmutaciones geológicas, quedó aislado de sus congéneres.

El segundo tipo de primitivo, el hombre de Aurignac, coincide ya con el tipo europeo actual (Weber) en cuanto al aspecto físico. Este hombre de Aurignac sería el padre de las culturas superiores de los pueblos más remotos; está tocado de una "profundidad trascendente". Busca el arcano bajo los fenómenos visibles. Este hombre, de recolector pasa a ser agricultor; crea una nueva relación con las fuerzas de la naturaleza, y a la bondad de una cosecha, o a la calamidad que le arrebatara sus frutos, al éxito de la caza o al fracaso de ella, los relaciona con poderes buenos o malos. Nace así la superstición, fundada en una sabiduría. Sistematiza la agricultura y da origen a las formas del matriarcado y patriarcado. La primera corresponderá al cultivo, por cierto elemental, de los granos; la segunda, a la persecución del mamut. Este hombre vivió entre los cien y setenta mil años A. C. (ALFRED WEBER: *Historia de la cultura.*)

Los pobladores de América llegarán muchos miles de años más tarde a este grado de adelanto, por los factores naturales que conspiraron para su desarrollo. Ésta sería una de las razones que explique la inmensa distancia entre los dos mundos.

Las razas y los pueblos experimentan una sublimación debido a la lucha incesante con la naturaleza o el medio físico hostil, y nace así el hombre con conciencia (Scheller). Este primer hombre conciente es ya un ente potencialmente histórico.

A medida que el hombre va resistiendo las embestidas del clima y va domesticando los animales, aparece un nuevo tipo: el dominador, al que pertenecen los seres evolucionados de hoy, que estarían en la mitad, en "el punto central de su gran viraje histórico, en el momento culminante de la transformación actual de la Historia Universal" (WEBER: *Ob. cit.*)

Este tipo abarcará toda la gama de evolución sociológica conocida en el hombre inteligente, pasando por el totem, el magismo, el proceso abstractivo, la organización política y, por último, la creación de las grandes formas de la cultura, desde la metafísica y las artes, hasta la tecnología moderna.

Nuestro poblador nativo ¿a cuál pertenece? Si bien ha emigrado en la época del hombre de Neanderthal a este Continente, es seguro que llegó a evolucionar hasta el extremo que se le puede considerar situado en un plano avanzado del hombre de Aurignac. Tiene atisbos, reflejos de potencial que pudieran fijarlo en esa etapa. Si, por otra parte, es originario de América, sería posible juzgarlo como un ser que tuvo una evolución igual a la del hombre de Neanderthal, y que llegó a formas avanzadas, parecidas a las del primer período del de Aurignac. En ese grado de evolución lo encuentra el blanco. Sin embargo, existen algunas interrogantes sugestivas, cuando se confrontan las artes arquitectónicas y los monumentos mayas y aztecas con las muestras asiáticas.

Es pues tarea fundamental asignarle su verdadera ubicación y no tratar estas cosas emocionalmente. La única manera de evitar que el indio continúe encasillado en sus formas primitivas, es no forzar su realidad antropológica.

Una raza es un conglomerado humano de rasgos físicos característicos, con propia forma de vida y peculiares costumbres, creencias e invenciones (F. BOAS: *Antropología cultural*). Pero si el hombre constituye en sí una especie, hay factores que contribuyen a diferenciarlo. El aborigen americano había desarrollado una civilización rudimentaria.

II

La más grande revolución americana fué la Conquista. Transformó un mundo. Todo lo autóctono, como expresión social, se desmoronó ante el impacto cristiano-ibérico.

Si es evidente que el mundo indio estaba en disolución interna, el tremendo empujón occidental lo aniquiló. Las culturas aborígenes, peruanas, mexicanas o mayas, no llegaron a grandes formas de evolución. Fueron semiculturas, según expresión de Alfred Weber, quien manifiesta que en América no pudo producirse oportunamente una alta cultura capaz de, resistencia, "entre otras causas por la siguiente: a causa de la época glacial, por virtud de la cual se retrasó durante mucho tiempo el deshielo, el hombre llegó a estas regiones probablemente muy tarde, en comparación con lo ocurrido en otras zonas de la tierra; existen mesetas relativamente pequeñas -en México y Perú- apropiadas para crianza de caballería; tan sólo tardíamente se desarrolla la llama en el Perú, animal utilizable para la carga y cuya lana y carne pueden ser aprovechadas; no había en absoluto crianza de ganado vacuno, ni tampoco caballos. Ahora bien, de esto resulta que cuando llegaron a América los hombres blancos, no existía agricultura con bueyes ni arados, a pesar de haber tan extensos terrenos fértiles. Los indios, en su gran masa conformaban todavía pueblos cazadores.

"Las civilizaciones con ciudades y edificaciones en piedra y otros materiales, que se encontraron en México, Yucatán y en el sector Noreste de Sur América dominado por el Perú, correspondían a culturas jóvenes. Tanto es así que puede decirse que, entre esas culturas indígenas, las de mayor rango habían sido iniciadas por gentes llegadas en el período que corre aproximadamente desde el año trescientos al seiscientos de J. C. y que sólo obtuvieron su desarrollo hacia el tiempo del año 1100 y en parte del 1300.

"Estas culturas indígenas -las mejores de ellas- cuando llegaron los españoles constituían semiculturas, que se hallaban en una notable altura desde el punto de vista de la civilización técnica, pero que no poseían una catarsis cultural, ni mucho menos habían desarrollado un universalismo religioso o de otro tipo. Así, pues, se hallaban en un proceso de decadencia; tenían forzosamente que estar decayendo, ya que no poseían un punto de apoyo general, independiente de sus ídolos. Tenían que perecer en medio del violento empuje desarrollado allí por los cristianos. (WEBER: *Ob. cit.*)

Aunque existieron comunidades más añejas que las conocidas por los historiadores y los estudiosos modernos y de la Colonia, tales como las pre-incaicas, debemos convenir que ellas fueron enterradas en el tiempo inmemorial.

En realidad la organización social de los imperios indígenas estaba basada en una jerarquía vertical, que produjo una sumisión aplastante en el autóctono. No existía un contrapeso a este señorío omnímodo de los monarcas aztecas o incas, y de allí nació la necesidad de un poder divino, encarnado en el sacerdocio y en un culto a dioses como el Sol o Huitzilopochtli, que cuando no demandaban sangre de tiernas llamas, eran sedientos de corazones humanos.

Esta humanidad no tenía en realidad cabida en la Historia, no memorizaba. Poseía formas invariables y estacionarias que se repetían con monotonía. Sus arquetipos de convivencia, de organización social eran hieráticos; como la piedra que lababan, sin movimiento ni gran plasticidad. Su arte nos deja siempre una azorante incógnita sobre su simbolismo o una aterradora impresión por su inmovible inmutabilidad de siglos. Estos indios americanos fueron incapaces de ofrecer al mundo mensajes de autoridad universal. No dejaron sino las ruinas herméticas que nos conturban y que dan paso a una actividad literaria y científica de endeble y falaz calidad.

No debemos ver estas formas primitivas con sentimentalismo, sino asignarles su valor, su proporción exacta. Tampoco debemos hacer de ello propaganda ni éxito novelero. Las culturas y sus tipos no son soterrañas ni se esconden. Tarde o temprano afloran y las nuestras ya se han mostrado nada más que como un fabuloso pretérito.

Los indios, igual que en el Libro de los Muertos de los egipcios, o en el Código de Amurabi, tenían ciertos preceptos morales. El ¡no matarás, no robarás, no mentirás! de los peruanos es símil en su proyección ética a aquello de: "No soy sordo a la palabra verdadera" de las Autoalabanzas para la felicidad, escrito en las cortes faraónicas.

Había, indudablemente, acotada al régimen autoritario que sostenía la armazón social, una serie de preceptos simples, que dirigían la conducta colectiva.

No faltó en los monarcas destronados la majestad, el digno comportamiento ante la fatalidad. El ejemplo de Atahualpa en el trato que dispensó a sus carceleros, en el cómo recibió la muerte y la superioridad de alma que demostró al apaciguar a sus leales vasallos, muestran un sentimiento de respeto por sí mismo y una jerarquía moral.

El problema de la asimilación e incorporación de estas razas a los medios técnicos, a la civilización y a la cultura occidental, no sólo demandará tiempo y dinero, sino una sabia y decente orientación. Incitar a estas multitudes ignoras, por los procedimientos del resentimiento y del espíritu de revancha contra el blanco, es suicida.

III

La independencia afectó a las capas superiores de las nuevas naciones. Los indios y la gleba de los esclavos negros siguieron sufriendo una suerte poco envidiable. En realidad, aparte de los enunciados legales sobre libertad e igualdad, se mantuvieron todos los privilegios para una determinada clase y, más bien, se profundizó el servilismo de los de abajo.

En tiempo de la Colonia existía una nutrida e interesante legislación, favorable al indígena. Si bien eran leyes que "se obedecían pero no se cumplían", quedaban abiertos los recursos y las quejas ante la Corona. La República si reconoció la igualdad en principio, mantuvo las diferencias y la opresión, sobre todo en las de tipo económico. El indio no recibió nada específicamente interesante de la independencia. Continuó al margen de la vida nacional y siguió representando un factor de trabajo barato y cómodo. No se hizo ningún esfuerzo serio por incorporarlo a la sociabilidad.

Toda tendencia a elevar lo de nivel, surgida por el azar de los juegos políticos, ha sido siempre insincera y sospechosa, puesto que cuando no se apoyaba en "un sordo y humillado

resentimiento", buscaba usar el nombre de esta gleba para el encumbramiento de partidos o caudillos, añadiéndose así a la explotación servil, la explotación política.

Esta situación y la disgregación geográfica, vinieron a representar una exclusión permanente, de toda actividad social, para este grupo humano. Exceptuándose la esfera de la producción, no tenía otra cabida en la comunidad. Su sino era y continúa siendo la obediencia.

Se creó una nación dentro de otra: una de indios al margen de la convivencia política, gobernada por otra de criollos y de mestizos, que contaba con el aparato occidental del Estado, pero esta última firmemente lastrada por el peso muerto, por la inercia indígena que, juntamente con la naturaleza de complejas formas y modos psicológicos, creó una muchedumbre de situaciones contradictorias.

En esta forma existía y aún existe un peligro latente: la posibilidad de que la demagogia y el resentimiento abran las esclusas a esta fuerza contenida y aletargada, y la arroje contraria estructura político-social de la República. Es decir que se dé franquicia no solamente a la anarquía, sino a un proceso desintegrador de dramáticas proporciones. El indio, sin preparación para entender la idea nacional, ni capacidad para aspirar a la totalidad histórica, podría engendrar en su desborde, el derrumbe de la vida soberana de Bolivia.

La falta de sensibilidad de las minorías gobernantes de Bolivia, hizo pensar que el indígena no tenía virtualidad; mas, no debe imputarse toda la falta a esta clase. Fué la sociedad, en todas sus manifestaciones, la que perdió la perspectiva sobre la condición humana del indio.

El indígena no tuvo lugar en las preocupaciones republicanas y fué deslizándose hasta los más bajos estratos sociales, como una masa útil sólo para la explotación. La sociedad inicial de Bolivia, esa ebullente colectividad nacional, no tenía un claro sentido de la convivencia de los grupos humanos. El apetito de poder y situacionismo absorbía toda la dinamicidad social. El indio vivió así en un patético aislamiento, distante de las luchas por el presupuesto oficialista y ajeno a su propio destino.

El país, así, no se trababa, ni formaba una totalidad; estaba disperso en parcialidades, y esa herencia habíamos de recibirla intacta. No hubo pues posibilidad de convivencia nacional que como dice Ortega y Gasset "es una realidad activa y dinámica, no una coexistencia pasiva y estática, como el montón de piedras al borde del camino" (*Obras completas*, t.I).

Hoy se pretende incorporar al indio a la disputa por el poder político, lo cual es aún más pernicioso para el nativo y para la nacionalidad. Ello, lejos de constituir una incorporación vital no será más que un modo infortunado de agudizar su explotación por circunstanciales facciones políticas.

Su integración en la vida nacional, será más bien la consecuencia de un gran proceso pedagógico y la suficiencia colectiva para lograr su propia vertebración.

IV

La vida de la nacionalidad boliviana no está aún fijada. Para salir de la anarquía necesitamos de fuerzas germinativas y no disolventes. Animo, espiritual más que estallido de resentimientos y una comprensión de la totalidad y no sólo de sus parcialidades. Hay que organizar el caos.

¿Existe algún signo que muestre el advenimiento de un pueblo boliviano nuevo, distinto?

La índole del actual pervivirá hasta que la inmigración aumente los índices de su población. Grandes porcentajes de su carácter se mantendrán indelebles y otros emergerán lentamente, impregnados de influencias vecinales y hemisféricas y las que advengan de trasplante. Ya la técnica moderna, sobre el mantillo de sus propias características, va realizando un trabajo tenaz y lento, que podría significar una transformación de ideas y costumbres.

Internamente -por ahora- apenas si hay ligeros matices de diferencia psicológica con los viejos bolivianos del pasado siglo o principios del XX; mas, un nuevo mundo está presionando sobre nuestras seculares tradiciones.

Por ser pueblo primario el nuestro, tienen para él todavía "gran importancia el estómago y las manos" (W. FRANK: *Redescubrimiento de América*, p. 158). El nuestro es, pues, un pueblo inculto, reacio para aprehender las culturas idas y menos la vigente en Europa. Esa virtualidad tal vez constituye una promesa de novedad. Hay en Bolivia, y creemos en toda la América hispana, una periferie de realidades, tangente con la intimidad. Hasta ahora no se ha tocado la pulpa, donde hay posibilidades extrañas y primitivas.

La nivelación hacia abajo, es una de las claves de la conducta boliviana. Esta lucha por la inorganicidad y la confusión en una masa vulgar, donde se trata de suprimir a las minorías selectas, es una fuerza que ha actuado en forma permanente en el país. Esta presión niveladora para abajo trasciende a la lucha de clases y, ahora, se ha ido más allá, pretendiendo injertarla en un problema racial. Quien hable en nuestro medio de raza, corre el inminente riesgo de desdeñar a una minoría blanca, porque si el indio es la mayoría, el blanco es la dinamicidad, la energía, el hálito civilizador.

Si el concepto de raza ha sido superado, no puede evitarse ni negarse la sustancial diferencia que puede darse por factores somáticos de educación, costumbres y una diversa visión del cosmos y del mundo.

Hay, pues, en América, y particularmente en Bolivia, pugna interior de sectores humanos, que no han llegado aún a una integración. Existe una distinta escala de valores en todo orden de cosas. El alma americana está en trance de aparecer. Un espíritu desordenado, iconoclasta, que apuntó desde el amanecer de nuestra vida independiente, se perfila cada vez más agudamente. Si el carácter nacional es todavía informe, es porque hay un trasfondo de contingencia y transición.

Paralela a la conformación de nuestro tipo humano, por el atavismo de razas distintas, ha existido una fuerza interna de tipo económico que ha peraltado su indocilidad.

La Metrópoli hispana absorbía las rentas coloniales y la producción local; apenas si dejaba escasos residuos a su indolente sociedad. La exacción, la carencia de oportunidad para medrar y la dificultad para el acceso a la función pública, originaron rencor contra la Corona. Si a esto se añade el monopolio del comercio ultramarino y una restricción a la función de los puertos, además de una finanza injusta y cargada de impuestos, no es difícil observar cómo iba nutriéndose el movimiento de secesión.

La explotación minera y comercial, cómoda para el establecimiento de una sociedad parasitaria, tuvo una consecuencia funesta: el olvido de ricas regiones que ofrecían posibilidad colonizadora y de laboreo rural.

España, lejos de beneficiarse con la riqueza que extraía de sus colonias, buscaba su expansión imperial, bajo la forma de un catolicismo impuesto con subvenciones, guerras y gastos pródigos.

La independencia devino como consecuencia de todo ello y porque las minorías cultas se apropiaron de las ideas en boga.

Las corrientes filosóficas, nacidas con los enciclopedistas, determinaron la Declaración de los Derechos norteamericanos, la Revolución francesa, la rauda presencia napoleónica, el planteamiento de la separación de las colonias americanas de España y el encuentro de las incipientes repúblicas con la libertad.

Es verdad que los ingleses buscaban afanosos poner el pie en las colonias hispanas, porque allí encontraban comercio seguro y explotación económica. Francia pretendía encontrar una ruta similar. Ambas potencias procuraron el derrumbe del poderío español, facilitando la empresa de la independencia. Inglaterra ayudó con dinero y armas a los libertadores, incitó a la rebelión y

consiguió segregar las colonias españolas. Al propio tiempo, ejercitaba una política mendaz en su lucha contra Napoleón.

Lograda la libertad, establecidas las soberanías, asentó su influencia mercantil y, luego, a mediados del siglo XIX, con el advenimiento de la Revolución Industrial, convirtió a esos nuevos países en factorías, dependientes de su economía imperialista.

Así cobramos existencia soberana.

V

La Historia marcha hacia adelante, pero hay constantes que quedan y rigen, que se desenvuelven acomodándose a las épocas, con sus permanentes características; si varían en sus matices y en la superficie, van sedimentándose en los remotos confines del alma popular.

El Hemisferio tiene, en general, una naturaleza áspera y no es posible pretender una interpretación, sin aludir a la gravitación que ejerce el suelo sobre su poblador. El americano, y más aún el de la tierra interior, aquel que siente la influencia pánica del medio, montaña o selva, o como el boliviano, ambas a la vez, funde las, calidades telúricas en su manera de ser. Así, la agresividad de su hombre será radical, porque es parte de la tierra.

En realidad más que el medio, o que la fuerza de la naturaleza, es la interioridad, lo íntimo en el americano que se mezcla con los suplementos externos, lo que le satura de fuerzas oscuras y peligrosas, activas e incitantes, turbias e imprecisas aún. Lo pánico viene a ser así más espíritu que paisaje.

El fragoso mundo americano ha actuado en función de recipiente y le ha impreso al poblador su indómito perfil. Este caos en formación social, se refleja en la anarquía humana. América hispana no es todavía una plenitud; tiene desiertos inmensos de alma y de espíritu, que bien pueden atesorar un subsuelo copioso, pero inasequible todavía.

Hay evidentemente una promesa, una virtualidad, pero no una sociedad en acto, una realidad plasmada. La misma esencia masiva, el desprecio por las minorías y la subversión de valores no son sino el fruto de una incapacidad de valoración, o de una falsificación de los mismos por razón de resentimiento. Acaso si al negarse en esa forma los valores de la cultura o al posponer los, una fuerza temible y muda pretenda con el tiempo -hablemos de siglos- hacer aflorar una nueva escala de ellos.

Por ahora el hecho es escueto en toda su desnudez: no hay autenticidad sino ficción. Ella viene suplantando la realidad.

Todos los movimientos políticos americanos, con excepción del afán de libertad humana gestado por los norteamericanos, son en nuestro Continente trasplante apresurado .y torpe de otras realidades y urgencias. De ahí que nuestras revoluciones sean etéreas y sin dimensiones.

Existe en nosotros un inmenso sedimento de primitivismo y fermentos culturales del noble pensamiento occidental. Debemos reparar en tal fenómeno, determinar nuestras esencias propias y discriminar sobre lo que constituye ficción. No existe en el americano una asimilación del *fair-play* inglés, ni perviven los sedimentos del honor castellano, ni menos el sentimiento del derecho, al modo francés (S. MADARIAGA: *Ingleses, franceses, españoles*). Persiste más bien esta modalidad: éxito-ficción. No hay autenticidad como signo de verdad, sino alteración. A tiempo de producirse el autoengaño, se impone una zafia forma de aprecio por los valores. Este modo de la agresividad es un impacto contra la virtud. De allí surge esa fuerza que sólo tiene lealtad por el éxito. Esto importa mucho, pues nos explicará por qué los pueblos siguen al triunfador y nos dejará percibir la existencia de una energía ciega y turbia que impone la rudeza de su origen.

VI

Para muchos historiadores, sociólogos y escritores, la independencia de los países del hemisferio es obra del común. En esta interpretación influyen más argumentos emocionales y literarios que razones y realidades. Aunque este punto de vista sea respetable, no es exacto.

La emancipación es obra de una minoría ilustrada. El común fué instrumento, brazo, medio. La minoría, o las minorías, forzando el fenómeno histórico, dieron vida a varios Estados, extrayéndolos de sus propias jurisdicciones virreinales.

Ninguna de las nuevas Repúblicas, así formadas, estaba saturada de espíritu "nacionalista". No había conciencia nacional porque el pueblo se sentía americano; no existían odios ni diferencias fronterizas. Límite, bandera, símbolo nacional fueron abstracciones elaboradas por las minorías, en procura de la secesión. Su historia comenzó por no ser nada más que una pugna vital entre la existencia y el caos.

Los nuevos Estados eran sociedades inmaduras para el gobierno propio y para el ejercicio de las normas políticas y jurídicas. Es por ello que las minorías rectoras impusieron su mando frente a los impulsos anárquicos de las masas indoctas. De ahí que el poder político se convirtiera en el centro de gravedad sobre el cual giró la vida de las recientes naciones.

El impulso creador no se manifestó. Nada hubo con proyección de ultimidad: mientras las minorías jugaban con artificio en el plano político, la conciencia nacional no se dejaba aprehender por la masa.

Las minorías ilustradas de Bolivia, que rara vez han ganado el derecho de llamarse selectas, condujeron al pueblo a su autodeterminación. Su huella más profunda está ahí, en la primera etapa republicana. Luego se prestaron a satisfacer los caprichos de las multitudes. Este fenómeno, acentuado con el tiempo, determinó una desproporción manifiesta, porque la inicial docilidad del pueblo comenzó a trocar se en la conciencia, mejor dicho, en el instinto de su fuerza. Por eso es que la historia boliviana, una vez lograda la soberanía, fué haciéndose con poca cabeza, por el creciente influjo de la plebe.

La minoría letrada y semiletrada, si bien fué retrayéndose e incomunicándose en el trato directo con el pueblo, siguió influyendo sobre sus impulsos, porque de su seno se iban desprendiendo personalidades con capacidad para interpretar sus emociones, ya que no sus necesidades de un mejor nivel de vida, de una educación eficiente o de mejores condiciones económicas.

El pueblo boliviano comenzó así a desempeñar un papel cada vez más importante en la peripecia histórica del país. Pero endosó la realización de sus elementales aspiraciones ciudadanas a un personaje que sintetizaba su sentimiento, orgullo y soberbia: el caudillo.

Este demiurgo andino llenó el ámbito político nacional. Fué seguido por un pueblo constituido por trabajadores de todas las clases: campesinos, artesanos, pequeños comerciantes e industriales, empleados, en suma, por el hombre ignorado. Este pueblo inculto, aunque laborioso, anárquico, aunque bondadoso, ahora ya no tiene caudillos. Por obra de la demagogia se está convirtiendo en una masa agresiva, con pretensión al dominio del poder político, sin el menor deseo de someterse a una faena constructiva.

Lo grave está en que esa masa corre el riesgo de convertirse en multitud, en residuo social subversivo que, como dice Gustavo Le Bon "desempeña un papel capital en todas las conmociones nacionales".

Esa masa-multitud, sin capacidad para crear ideas, que nunca la tuvo, viene implantando una suerte de tiranía, promoviendo levas de hombres de su misma estirpe, convertidos en temibles directores del apetito anárquico.

Es evidente, como hecho universal, la aparición del hombre-masa. En países como el nuestro esa realidad cobra caracteres más dramáticos, porque ese tipo humano pretende asumir, con arrogancia y sin preparación, la conducción de las grandes empresas políticas, industriales y comerciales de una sociedad. Esa insólita suficiencia terminará fatalmente en el desastre y en la desorganización de instituciones y entidades que se habían ido decantando a través de años de esfuerzo y superación.

Este tipo de humanidad, vigente hoy día, esta nueva forma de caudillismo, arremete contra toda idea de aristocracia -nótese bien, contra aristocracia, que no contra oligarquía o plutocracia- a la que detesta y subalterniza.

Hoy día impera en Bolivia lo que Ortega y Gasset calificó como una aristofobia *.

Si en nuestro medio a esto se añade una diferenciación de grupos humanos, veremos que esta dislocación de sangre y de somas es aún más perniciosa que la desnuda lucha de clases.

Debemos observar nuestra íntima realidad con grave meditación.

VII

Si bien las minorías han actuado en la génesis republicana y han impreso, hasta el presente, una directiva a los pueblos, ahora se va produciendo un inmenso cambio que nos arrastra a todos a nuevos y desconocidos avatares.

Todo el siglo XIX fué pleno en hechos que condujeron a naciones y a pueblos a radicales virajes. En esa época vemos plasmarse nuevas formas de nacionalidad, organizarse soberanías, erigirse imperios económicos de talla gigante y acelerarse el ritmo histórico.

Ciertamente ocurren muchos y muy importantes sucesos. Emerge con todas sus demandas y requisitorias el industrialismo y, parejo a ese fenómeno, acaece un desarrollo de la ciencia aplicada, en tan extraordinaria forma como jamás en época alguna había espectado la humanidad. El conjunto de este problema conforma las grandes masas y como secuela de ello se pretende superar el concepto de nación y de nacionalismo con los de raza y clase.

Se amplía súbitamente el horizonte histórico para las naciones americanas, que van creciendo nutridas por el caldo de estos acontecimientos mundiales. Sus sociedades, tranquilas y adormitadas, antes sacudidas por pendencias políticas de poca monta, se ven confrontadas con dificultades económicas y con un creciente intervencionismo estatal. En ellas aparecen prédicas clasistas, como el marxismo y el fascismo. Y ocurre que los americanos, como así lo entienden sutiles espíritus europeos, no saben cómo acomodarse, ni cómo hacer historia con estas nuevas levaduras de ideas y acontecimientos.

Este proceso se descompone en múltiples facetas. La revolución industrial va produciendo continuamente cambios y mutaciones en los procesos económicos, nacionales y sociales. Afirma el escritor inglés H. G. WELLS (*Breve historia del mundo*, p. 337, Ed. Aguilar) que la revolución industrial se habría producido aún sin los grandes descubrimientos del carbón y la fuerza motriz, porque "el siervo de la fatiga" -el hombre- hubiera constituido la base de la industria.

La entronización de la maquinaria, como sustitutivo del trabajo humano, introdujo concepciones nuevas y orientó por otros caminos el curso de la historia. La solidaridad humana, fundada en la influencia cristiana, dió origen a un naciente derecho laboral. Paralelamente se realizó un gran proceso educador en las masas, que les franqueó la entrada a múltiples especializaciones, que antes les estaban vedadas. Mejoraron la higiene y la alimentación. Las noticias y la cultura se difundieron con extraordinaria velocidad. La comunicación física y el intercambio espiritual fueron fenómenos surgidos del proceso tecnológico.

* Temor o celo contra lo mejor o lo sobresaliente, -N, *del A*,

En Iberoamérica no hubo un crecimiento regular. Los países de esta parte del mundo, y particularmente Bolivia, no contaban con la poderosa palanca del capital industrial. Asomaron a sus fronteras capitales financieros voraces e inconstructivos, que se dedicaron únicamente a la explotación de materias primas, impidiendo un grado de evolución superior y sumiendo a sus grandes mayorías en el sopor del analfabetismo. Las fábricas, los campos y los centros de explotación al usar como factor predominante la energía humana las mantenía estacionarias económicamente.

Al propio tiempo, los sistemas sociales originados en este modo de vida, tuvieron que ajustarse a las exigencias del tiempo nuevo. En esta forma, sin fuentes de producción diversificadas, sin un desarrollo económico racional, las demandas por una vida mejor no pudieron llegar, ni llegarán por mucho tiempo, más que a la repartición de la pobreza.

En nuestro medio, como resultado de estos factores, una prédica política pretende cambios y transformaciones sustanciales y lo único que ha logrado es la traslación de la escasa riqueza, acumulada por el esfuerzo de generaciones y por el trabajo infatigable de hombres de ingenio y de energía, a las arcas de los escuderos de la demagogia.

De este modo, a la explotación financiera de un sistema capitalista ya superado, vino a sumarse el pillaje organizado desde la función pública, sumiendo a la sociedad boliviana en la más inaudita miseria, que está generando una crisis moral de incalculables consecuencias.

VIII

En países de formación mestiza, y más aún en los que existe una gleba autóctona nutrida, no hay cabida para muchas de las grandes ideas políticas de linaje europeo. Así, en nuestro medio, la democracia como una aspiración a la libertad, a la justicia, a los derechos humanos y al gobierno, ha tomado la característica de un añadido postizo.

En América hispana, cuanto menos occidentalizada, más agudamente se hace sentir el vicioso sistema de burlar los principios democráticos, porque la democracia no tiene otro sentido que la revuelta. Pero revuelta -que no revolución- como actitud tendente a trocar el dominio imperante, no es otra cosa que un mero asalto al poder político. Por eso, la mayoría de los gobiernos no son más que una farándula de camarillas, que se arrojan a sí mismas destinos mesiánicos. La democracia, pues, es algo que queda fuera de tono y se convierte en un artificio que no corresponde a la realidad anímica de estos pueblos.

Dice Gustavo Le Bon: "Cuando se habla de democracia, es conveniente buscar lo que significa esta palabra en diversos pueblos e inquirir igualmente si en un mismo pueblo no hay gran diferencia entre la democracia de los intelectuales y la democracia popular. La democracia de los hombres de letras no tiene otro fin que el de crear una selección de donde se recluta la clase directora.

"La democracia popular no tiene por fin, de ningún modo, como la precedente, fabricar directores. Dominada por entero por el espíritu de igualdad y el deseo de mejorar la suerte de los trabajadores, rechaza la noción de fraternidad y no manifiesta ninguna inquietud por la libertad. Un gobierno no puede concebirla más que bajo la forma autocrática. Se aprecia no sólo por la historia que nos presenta a todos los gobiernos despóticos, aclamados con entusiasmo, sino, principalmente, por la manera autocrática en que están dirigidos los sindicatos obreros".

En nuestra historia, la realidad más fuerte que la teoría, y el sordo instinto populachero, nos conducen hacia una democracia plebeya, que reviste sólo formas de oligarquía.

¿Por qué la contradicción permanente entre la prédica de principios y la obra de los Gobiernos? ¿Cómo se explican las contradicciones de gobiernos constitucionales, irrespetuosos de las instituciones que los originan?

Veamos un poco los motores de estas negaciones.

La postura del conquistador ante la vida quedó prendida en la intimidad de los pueblos dominados. El español, personalista, intolerante, áspero y audaz, siempre ha tenido la necesidad de un gobierno fuerte y disciplinario: monarcas absolutistas o capitanes de indómita energía.

Iñigo de Loyola, Quijote y Sancho, son arquetipos del alma española. El primero impregna de misticismo el alma peninsular, haciéndola otear dentro de sí, cuando el Renacimiento hace que todo se mire hacia afuera; la incendia y la satura de vida espiritual y contemplativa. Los otros dos se disparaban en el "ethos" aventurero y la conciencia de botín del hidalgo. Paradoja eterna de lo español. (WEBER.)

Anejo a este modo de ser, la reconquista del dominio moro creó lo que Unamuno define como "una lealtad al caudillo e igualdad entre los compañeros". Es decir una fidelidad y una igualdad que no permiten superioridad alguna y que, más bien impulsan hacia un anarquismo embravecido. Caudillismo y libre albedrío, constituyen ingredientes que permiten una explicación de los fenómenos de la historia hispano-americana.

A su vez el indígena contribuyó en no poca medida, a la formación de la psicología de los nuevos Estados, porque constituyó el elemento base del mestizaje. El indio fué el actor de una dura autocracia monárquica y legó una atávica disposición de ser enérgicamente mandado.

La simbiosis indo-española originó así un tipo humano de hiperestésica sensibilidad, tocado de orgullo y sumisión, con un turbio anhelo figurativo. Su territorio psicológico, cubierto por las pasiones, producirá una deformación de los ideales. Ciertamente no germinará en él la semilla democrática sino el caudillismo.

Así, el caudillo, incapaz de plenitud democrática, impondrá el "poder desnudo", al que se refiere Bertrand Russell y lacerará a su sociedad en sus más íntimas y finas fibras.

Estos pueblos, hijos de tendencias tan encontradas, producirán nada más que una balbuciente democracia, forjada en la guerrilla o el comité político, conducida por el histriónico personaje "bárbaro" o "letrado", tan acertadamente calificado por Arguedas.

IX

La forma de vida boliviana se caracteriza por esto: preferencia por la acción antes que por el pensamiento; irrevocable actividad politiquera y grávida influencia provinciana.

Hay en el pueblo clara simpatía por quien demuestre capacidad de acción* y una forma de malestar o desapego por el hombre de gabinete o capacidad abstractiva. Bolívar reunió la genialidad del pensamiento y de la acción constructiva.

Es evidente que los directores de la sociedad boliviana han buscado, para destacar; al igual que en toda la América latina, la actividad política más que la cultural, artística o espiritual. Esto es explicable por el hecho de que la sociología americana no ha dado aún el hombre dispuesto para la metafísica. En este mundo nuevo se tienen más inclinaciones a hacer que a meditar.

Si pudiéramos caracterizar -aunque siempre es espinoso hacerlo tan definitiva y rotundamente- podríamos decir que el occidental europeo se diferencia del occidental americano, en que el uno es producto de un ambiente, en el que la creación espiritual y la meditación lo han hecho todo. El europeo ha inventado lo que se llama la cultura occidental; ha creado, según lo vemos en Spengler, el pensamiento fáustico; ha imaginado, como el clásico, una forma cultural.

* Ver la Introducción. -N. del A.

El europeo ha sido un colosal impulsor del espíritu. Aun sigue conduciendo la dirección intelectual del mundo. Al modo de los viejos griegos, alumbra todavía como un sol gigante, con destellos de agonía cósmica y con fulgores de un ocaso estremecido de grandeza.

Queda como característica propia de este hemisferio la acción. Había un mundo que construir, una tarea inmensa que cumplir. Desde la exploración del contorno geográfico hasta la doma del agresivo espíritu nativo; desde la fundación de ciudades, la entronización de religiones y morales, hasta la organización de una economía de producción.

Todo tuvo que regirse por el sino de la acción.

Sus hombres, impregnados de dinámica, a veces imperceptible, fisonomizaron lo americano.

Esta preferencia por los hombres de acción, viene de grandes profundidades que, a veces, se pierden en los resquicios de la roca del misterio.

El americano, que empezó en los campos, de labranza o de batalla, es más hombre, de intemperie que de urbes. Por eso, sus naciones están más en la provincia que en la urbe.

Bolivia ha generado su historia con ese espíritu, que derrotó a los españoles y permitió la independencia.

X

El boliviano ha tenido siempre una vocación politiquera. Este hecho ha gravitado en su historia y en la formación psicológica de su sociedad, que no ha realizado ningún esfuerzo ponderable para dar a la vida nacional más equilibrio, ni para inducirla a faenas más fértiles.

Este ambiente ha creado un tipo psicológico que ha puesto como tema general de la colectividad a la pequeña política, por encima de todo otro objetivo fundamental. Así, la mayor parte de nuestra vida cultural gira en torno de este problema: sociología, literatura, crítica, periodismo o ensayo, van insertos en la política, cobrando un irrevocable estilo de chatura. La actividad artística sólo encontrará indiferencia o se sustentará en el plano heroico, cuando no ha caído en la abyección de prestarse al juego demagógico.

Este preocuparse en la política, sobre todo en los centros urbanos, es una de las causas de la presencia caciquista.

En cuanto al indio, no demuestra el menor interés por ella, porque está al margen del suceso nacional. Cuando se pretende actualizarlo no se hace otra cosa que un esfuerzo por reclutar una mayoría apariencial.

La incorporación del indio labrador a la faena política, a fuer de cualquier predicado noble o altruista, es una mendacidad, porque "las grandes revoluciones -como dice Le Bon- son aquéllas de las costumbres y del pensamiento. Cambiando el nombre de un Gobierno no se transforma la mentalidad de un pueblo. Cambiar violentamente las instituciones de una nación, no es renovar su alma".

Toda auténtica revolución cambia los moldes históricos, los hábitos y las costumbres. Si Bolivia transfiriera su modo político a otro cualquiera, sería una revolución; empero, observando con un poco de detención, vemos sólo que las pretensas revoluciones, no hacen otra cosa que subrayar, con más nitidez nuestra propia manera.

Hasta ahora Bolivia, y parte de los países americanos, han tenido un sino de atraso y estancamiento, porque sus energías no sólo han sido mantenidas en el letargo sino que las pocas puestas en acción han sido dirigidas al campo de las luchas por el poder.

Falta por ensayar una pedagogía para una nueva forma de vida. Nuestras generaciones, maduras y jóvenes, siguen con los ojos puestos en el situacionismo del presupuesto. No existe espíritu de aventura ni de riesgo. La inmensa geografía de la Patria no atrae más que a unos cuantos osados. Los mares de la cultura y del saber también parecen ofrecer muchos obstáculos ya que nadie tiene el ánimo de desplegar sus velas. La ciencia no excita a las voluntades.

Así como vemos aparecer en otros pueblos al capitán de industria, al pionero, al sabio o al artista, el nuestro es uno de extracción política: el caudillo, el cacique, o el jefe.

XI

Hay indudablemente una profunda base provinciana en el espíritu boliviano, que tiene resonancias en su conducta y en su historia. Esta característica se origina en su mediterraneidad. Está inmersa en su geografía.

Cuando analiza a la Argentina, Alberdi hace resaltar también esa diferencia entre los países costeros y los interiores. Es muy posible que los avances de la técnica nivelen la diferencia espiritual; pero mientras esperemos una modificación en el carácter boliviano, éste subsiste y conforma un estilo a nuestro pueblo y a sus capas directoras.

La falta de conciencia de que formamos parte de una totalidad, deja penetrantes raíces en sus modalidades: pequeñez en la apreciación de cosas y sucesos, maledicencia, invaloreción, vanidad. El "mundo" requiere capacidad de ensimismamiento, es una íntima adquisición, aneja a una cultura, a un moderno captar la vida.

Las grandes concepciones de la institucionalidad política, se desfiguraron en nuestro medio, precisamente por una óptica provinciana. Un ejemplo: la guerra del Chaco fué concebida como un hecho romántico y heroico y no como la resultante de una preparación económica, diplomática y logística integral.

Casi todos nuestros descalabros internacionales, producto de las armas o del birrete diplomático, se deben a este espíritu de simpleza; la política y la economía bolivianas han sido conducidas del mismo modo, con fórmulas salvadoras, precursoras de la bancarrota.

Los movimientos políticos, que en cualquier parte pretenden la mejor conducción de los destinos de un país, en Bolivia tienen una típica esencia provinciana: prometen significar el fin de una era oscura y se resuelven en lamentables aventuras y a veces hasta en el abandono engañoso de amigos y conmlitones.

Lo que en naciones organizadas constituye un valor entendido, como el respeto a la Patria, en nuestra sociedad se convierte en fatigante exigencia. El patriotismo es así una especie de monopolio cuando no se vuelve "refugio o fábrica de pillos", como dice Waldo Frank.

En nuestro escenario -como en otros- existe la pasión mayor, de la que Shakespeare podría haber tomado sus mejores caracteres, y también la pasión menor, de la cual Calderón, Tirso o Lope de Vega, pudieron extraer sus personajes del drama y la comedia.

El espíritu provinciano implica un tono de "barbarie", un algo insurgente, nuevo, confuso, que empuja con la burda tosquedad de lo primario.

Es posible que ese vitalismo, esa "barbarie" constituyan una energía virtual y sean promesa de fertilidad espléndida, como la fuerza inmensa de la tierra americana, feraz, inculta, exuberante.

Capítulo II

PERFILES

I

El pueblo americano tiene su propia manera ante el cosmos y la vida. Hay profundos sedimentos de influencia venida de la tierra madre, que van dando lentamente una caracterología al poblador. En el europeo produce una mutación que lo torna distinto mientras que el indio o el mestizo traen de lo soterraño la modalidad peculiar. La naturaleza que en América obliga al hombre a adoptar tácticas, deja en su intimidad un precipitado, que aflora, aún debajo del barniz cultural.

Cuando el hombre no es fruto del mestizaje étnico, lo es del cultural. Acá, en América, le damos a todo una personalidad muy nuestra. Cuenta Arciniegas que cuando llega a Colombia un artista español, el mayor orgullo está en llevarle a Tunja y mostrarle la capilla de Santo Domingo. "Sentimos un placer de gratitud filial enseñándole como los artistas de Toledo -dice- llegaron a producir en ese rincón de América una obra así de castiza y fiel que no parece sino arrancada de la vieja catedral española, para brillar en América como testimonio de la grandeza peninsular.

"Un día llevamos -añade- a don Luís de Zuleta a la capilla. Don Luís es, antes que todo, un artista. Se detuvo en largo silencio acariciando con los ojos hasta los detalles más menudos del altar. Nosotros pensamos: don Luís ha recibido la emoción de la patria; es España que renace en su espíritu. Pasó un rato. Al fin con entusiasmo se volvió a nosotros y nos dijo:

"-Es extraordinario. ¡Todo es americano!"

Lo americano no es como se pretende solamente la indígena aborígen. Nada de eso. América nace cuando naturaleza y poblador se incorporan al mundo circundante. América se manifiesta cuando todo su aparato humano, hombre, riqueza, imperios, se hace partícipe de una cultura. América es un compuesto, un nuevo producto, como el que surge cuando se mezclan dos sustancias químicas; es un tercer ente histórico, distinto de los dos que contribuyen a formarla.

El poblador español, noble o plebeyo, contribuyó a fisonomizar la nueva sociedad. El indio, grave y silencioso, fué dejando su modo de ser, para asimilarse a medias ante la novedad surgida de imprevisto.

En los indígenas actuales quedan pocas de las características psicológicas de sus antepasados. No queremos afirmar con esto que haya perdido sus esenciales formas de ser. Nada de ello. Lo que afirmamos es que el indio de hoy olvidó su religión y ha adoptado a medias, mezclado con sus viejas supersticiones, un fervor fanático por los iconos; su arte -si así puede llamarse- ha sido influido por el conquistador; sus costumbres van ganándose, gradualmente, por la técnica occidental. Esto se manifiesta con más nitidez en las regiones pobladas y ciudadanas. En lo único que se ha mantenido tenaz ha sido en su lengua, la que aún existe viva en grandes zonas.

El criollo, el mestizo, el indio y el negro son los personajes de la vida americana. Allí donde se hizo necesaria la insurgencia brotó, de impetuosa fuente, el espíritu americano: unas veces fué el indio hosco, como Tupaj Amaru; otras el mestizo como Calatayud; otras, los blancos como Bolívar y San Martín o el negro como Toussaint.

En América hay una especie de androlatría. Las ideas, difíciles de entender, hacen que estas gentes troquen en hechos físicos sus aspiraciones. De este modo, la democracia toma un sello típicamente americano: la revuelta. Para estos pueblos inquietos e intolerantes no cabe la ecuaníme discusión. El, diálogo está de más.

II

La raza indígena tiene esencias propias que aún ignoramos. Hasta ahora ha servido en la gleba, dentro de moldes feudales que no ha podido modificar la revolución libertaria de 1825.

No ha tenido capacidad creadora posiblemente porque siempre ha estado aplastada por el servilismo, hecho que le ha originado el complejo de la libertad y una psicología de secular sometimiento y de supersticioso temor. Su espiritualidad ha sido larvada en manera tal, que no ha dado ningún aporte serio y efectivo al pensamiento universal. Ha sido un explotado desde siempre.

La esencia de la cuestión radica en que el indio ha sido más una cosa que una persona para el occidental. Ha jugado un rol mecánico, ha sido una especie de instrumental social al servicio del trabajo agrícola o minero.

Por eso, no creemos que el indio deba ser objeto de otro género de explotación. Sus pretensos salvadores, lejos de procurar su efectiva incorporación a la vida nacional, lo utilizan como un medio para sus proditorios fines.

El indio constituye un problema boliviano que viene trascendiendo sus fronteras. Hay pues que esforzarse, por decencia nacional, para solventarle su vida material y crearle y educarle un espíritu, tanto para que salga de su postración cuanto para que sea un elemento social cooperativo, antes que un fermento de resentimientos y contenidas pasiones.

Hay, sin duda, una pugna permanente entre lo propiamente indígena y lo occidental. El pensamiento europeo, macerador de la moral asiática no ha sido, no ha podido ser captado ni comprendido por el indio, porque su aptitud es más religiosa que moral. De ahí que haya mezclado sus creencias míticas con la religión cristiana. No ha aprehendido la substancia mística ni la proyección de infinitud de la prédica del Galileo. Esto no quiere decir que no tenga su propia conciencia moral. Ello es incuestionable. Eso sí, no tiene atisbos de ninguna filosofía.

Tampoco el indio tuvo aptitudes para la ciencia ni para el derecho, productos netamente europeos, al decir de Orestes Ferrara. Por esto, cuando se quiere encontrar los principios de estas ramas de la cultura en las sociedades autóctonas, se ejercita un punto de vista estrictamente europeo, que en todo quiere encontrar los sedimentos de sus esencias, más que un rastro fidedigno. Una educación bien orientada puede, en el futuro, ofrecerle oportunidades de superación.

Al indio hay que verlo tal cual es.

Su contacto con el medio natural, saturado de fuerza tremenda, le ha dado al aborigen americano gran sentido de objetividad. La elaboración de una mística, de un camino interior de la divinidad, que algunos ensayistas y escritores quieren encontrar en la teogonía indígena, es muy forzada.

Lo autóctono no tiene imaginación, no crea abstracciones ni elabora imágenes. No tiene por ello una literatura, ni ha desarrollado plenamente el arte en sus diferentes ramas. "Todos los monumentos elevados por los Incas -dice Georges Rouma- tienen un carácter de utilidad práctica. No se descubre en ellos el deseo de admirar a su posteridad con construcciones colosales destinadas a fijar en la memoria de las generaciones grandes hechos. Los monumentos de los Incas responden todos a un objeto determinado, y ésta es tal vez la razón por la que presentan un carácter tan constante de uniformidad." (*El Imperio- Inkaiko: breve esquema de su, organización económica, política y social*, p. 113.)

No existe una arquitectura elaborada. Tiene, claro está, construcciones que a veces alcanzan una imponente grandiosidad, pero corresponden a un desarrollo neolítico, a "una barbarie esplendorosa", como lo afirma Kirpatrick.

Su escultura es primitiva; no tiene movimiento ni menos expresión. Cuando el pulimento de la piedra pasa a la estatuaria, elabora figuras monolíticas hieráticas, feas, inmóviles y pesadas. Se afirman en la tierra, no al modo apolíneo de los griegos, sino con aplastamiento telúrico, con un peso de montañas. Posee una simbología misteriosa, mas por el arcano de, su origen que por la sugerencia o la pretensa representación. Tal vez el colando de la vestimenta, que rompe la monotonía del paisaje pudiera ser tomado como una forma de incipiente anhelo de crear pintura, una forma de plástica viviente y móvil, que no sospecha la perspectiva ni los modos de representar

imágenes. El indio tiene una clara idea del color, de los tonos hirientes y definidos; ignora el claroscuro.

La cerámica es abundante en todas las naciones y tribus indígenas y tiene muestras notables; es un arte aplicado que no representa propiamente creación, sino más bien fabricación de tipo estacionario, imitativo, anónimo, como todas las expresiones de lo indio. Este sentido de lo anónimo ya lo veremos aparecer en otras manifestaciones.

La música indígena es también elemental si la comparamos con el sentimiento fáustico, con el espíritu de infinitud que caracteriza a la occidental. Afirmamos esto, puesto que no hay término de relación posible, cuando algunos investigadores tratan de forzar el tema. Tiene esta música, como no puede ser de otra manera, la desgarrante tristeza, la melancolía que imprime el paisaje, la soledad y la inmensidad de la naturaleza frente a espíritus no desarrollados; es el fruto del cosmos aniquilante en quien no tiene interioridad; es más reflejo del estado anímico, natural del hombre, que del espíritu. No tiene sublimidad alguna. Es simple y llana, en la que no se encuentra elaboración ni menos abstracción.

No teniendo pues el indio caminos para desarrollar la personalidad, puesto que siempre estaba hundido en el fango de la humillación, de la autocracia, del esclavismo, cuando cambió del incario a Pizarro o de Moctezuma a Cortés, no se extrañó mayormente por la dominación. Estas glebas multitudinarias no tenían sentido de la propiedad, no conocían el pleno goce de la libertad ni un desarrollo mayor de la personalidad.

El conquistador encontró una justicia indígena rígida. Rouma la describe así: "La inexistencia del derecho de propiedad de la tierra, la ausencia de plata amonedada, la igualdad general en la pobreza, la inutilidad de las ambiciones particulares, el hecho de que la vida de cada cual se hallase estrictamente determinada por el nacimiento; la seguridad de la satisfacción de las necesidades vitales; la monotonía y regularidad de la vida; las medidas tomadas para impedir la ociosidad; en fin, la estrecha vigilancia ejercida por los decuriones... suprimían casi todas las causas posibles de delito y, sin duda alguna, los pueblos del Imperio de los Incas fueron los más disciplinados y los más virtuosos que haya habido jamás sobre la tierra; pero virtuosos, es claro, a la manera de los prisioneros que, estrechamente vigilados, están sometidos a reglas de vida estrictas y fatales.

"A pesar de estas consideraciones excepcionales, la justicia era objeto de una especial atención de los Incas. Todos los crímenes y delitos posibles habían sido examinados por el gran consejo del Inca, con indicación de las sanciones correspondientes." (*Ob, cit*" p. 66.)

La ciencia, que implica una elaboración reflexiva, una ideación vigorosa, no podía tener representantes entre los indios. Su técnica de cultivos, extraordinaria para ellos, sale de sus métodos arcaicos a otra etapa con la llegada del conquistador. Los "amautas" o sabios son los poseedores de los secretos y de los conocimientos y los van transmitiendo de una generación a otra. El indio no conoció la rueda; no tenía idea de las columnas, arcos ni bóvedas. Era, sin embargo, un constructor magnífico de carreteras y canales de regadío. Si bien tenía un sistema político de líneas sencillas pero gran- diosas, en cambio su sistema social era estacionario.

El indio, estudiado al modo de Posnansky, cuando se refiere a los aimaras, al pasado de las civilizaciones, al origen del hombre americano, nos muestra facetas impresionantes sobre la prehistoria y nos hace pensar que existe en las razas nativas, una formidable fuerza atesorada, que aún no ha sido puesta en función.

Sin embargo, debemos convenir que el indio del pasado no existe más. Pretender hacer de él raíz de lo nacional es situarse en una postura reaccionaria y retrógrada y es no tener proyección histórica. El indio posee una energía dormida que puesta al servicio de su propia incorporación a la técnica y pensamiento occidentales, podría marcar etapas de progreso y de una eficiente orientación para los destinos nacionales.

Si lo indio tiene la virtud de influirnos, es ahí, en lo indirecto donde debemos buscar lo nuestro, con mesura y sentido de equilibrio

III

La oposición entre lo indio y lo occidental, que ha sido tema de añeja data en nuestra literatura sociológica, nos muestra muchas verdades a la luz del análisis.

El conformismo en el boliviano, que no es estoico como se pretende, tiene su raíz en lo indio. La indolencia no es hispana; es india, superlativamente india. El nativo se repite siempre, porque no tiene concepción del progreso. No tiene apetito de aventura; cree en las fuerzas de la naturaleza. Espera siempre, no hace.

Por eso el gran peligro de una economía rural donde se reparta la tierra solamente al indio, radica en que éste quede en su típica economía familiar y que olvide la necesidad social de la producción en gran escala. Apenas si el autóctono urbanizado insinúa los modos industrial y comercial.

Se ha creado el mito de que el boliviano es sufrido. En realidad el sufrido es el indio, no por boliviano, sino porque no quiere o no imagina mejorar. Tolerancia impasible malos gobiernos, gamonales, ladrones y criminales que se ceban en su apatía. El insurgente es el mestizo, no para mejorar, sino como lo está dicho, para aparentar. El blanco que tiene concepto de progreso, que es ente histórico, se debate entre estas dos fuerzas.

Las épocas de oro de nuestra historia, si las hay, pertenecen al esfuerzo de occidentalizar a Bolivia. Por eso, cuando se ve a nuestra sociedad exenta de garantías y a las personas que la integran amenazadas de todos los peligros, por la agitación de los odios en la plebe, se comprende mejor como la minoría ilustrada logró heroicamente, contra las corrientes de ferocidad del inculto medio, imponer siquiera un símil de orden. Cuando se ve desgranarse todo: instituciones, jerarquías, respeto a los derechos, disciplina de trabajo, apreciación de los valores eternos, recién se logra aquilatar la proeza de esas élites que supieron imponer la ley.

Esa corriente, quiérase o no, representa el esfuerzo por sacar al país de la barbarie, para alejarlo del bronco tono mestizo o del pututu asesino, estimulados por el resentido.

Esta nuestra Bolivia, guardando las distancias, tiene a veces, cuando se agita, la desagradable fisonomía de las colectividades anárquicas, donde solamente imperan las pasiones. Hipólito Taine, en extraordinarias páginas, describe el peligro de vivir en cierto tipo de sociedades: "El primer rasgo que se nota en Italia -allá por el 1500- es la falta de una paz antigua y estable, una justicia exacta, una cortesía cuidadosa como la que reina entre nosotros. Nos cuesta algún trabajo representamos este exceso de ansiedad de desórdenes y de violencias. Estamos desde hace algún tiempo en el estado contrario. Tenemos tantos gendarmes, tantos guardias de policía, que nos sentimos al encontrarlos más incómodos que útiles. Ahora cuando quince personas se reúnen en la calle para ver un perro que tiene una pata rota, un hombre bigotudo se acerca a los reunidos y les dice: "Señores, están prohibidas las reuniones; disuélvanse ustedes". Esto nos parece excesivo, murmuramos de ello, y olvidándonos de que estos mismos hombres bigotudos dan al rico como al pobre la seguridad de pasearse solos y sin armas a medianoche por las calles desiertas. Suprimámoslos con el pensamiento, y figurémonos un mundo en el cual sea la policía impotente o indiferente. Algo semejante a eso se encuentra en ciertos países como Australia o América, por ejemplo, en esos placeres en que los buscadores de oro acuden en tumulto y viven al azar, sin llegar a constituir un estado organizado. Allí si se teme o si se recibe un golpe o un insulto, se descarga al punto el revólver sobre el contrario o insultador. Éste responde del mismo modo, y los vecinos se mezclan en la contienda. A cada momento es preciso defender la bolsa o la vida, y el peligro radica en todas partes, brutal, repentino, rodeando y oprimiendo al hombre por todos lados.

"Tal era, sobre poco más o menos, el estado de las cosas en Italia por el año 1500. Nada se conocía semejante a este gran gobierno que, perfeccionado entre nosotros desde hace cuatro siglos, mira como su deber primero conservar a cada cual no sólo sus bienes y su vida, sino su reposo y seguridad." (*Filosofía del Arte.*)

¿Qué no habría dicho el polígrafo francés si hubiera podido ver a nuestra sociedad anarquizada y lacerada por tiranuelos surgidos del odio; a nuestras "revoluciones" salvadoras, donde los que triunfan se apoyan en plebes ebrias y brutales, para asegurarse el goce del poder?

El estilo barbarizante, plebeyo y hostil, se caracteriza por la tendencia a la anarquía. Así el belicismo se manifiesta por el desborde y el olvido de la norma jurídica. La ferocidad de las luchas por el poder en Bolivia hace palidecer cualquier descripción. La inseguridad, el temor al asalto, al insano asesinato, la torpeza con la que se trata al adversario político, la inmisericordia con el vencido, son hábitos que parecen enfermiza fantasía, cuando se siente y se oye el tono untuoso y apócrifo de los hombres que pretenden reedificar sus sociedades, proclives a la privación de la libertad y a la destrucción de tradiciones, costumbres y códigos.

Y generalmente esos taumaturgos del odio, cuya crueldad en el poder es paralela a su temor en la caída, buscan la humillante protección en la huida.

IV

Tanto el indio como el mestizo buscan más la vida presente. El objetivismo de la pareja indomestiza hace que su escala valorativa se acomode hacia el existir y que desdeñe o ignore las grandes ilusiones. Triunfa en ellos la vida sobre el ascetismo. Nuestro pueblo no es soñador porque le falta un pretexto espiritual. Es sentimental porque no tiene fantasía. Por eso sus caciques realistas, que le ofrecen tosca, basta, pero efectivamente cosas sensuales, tienen y tendrán más éxito que los idealistas, que indiquen las ásperas rutas espirituales y moralizantes.

La pétreo corteza del autóctono y la impermeabilidad del mestizo harán resbalar el fertilizante espiritual. El indio salido de la tiniebla autocrática del incario, aceptará el feudalismo, transfigurado por el tiempo, como un sistema económico habitual. El único anhelo del mestizo será enseñorear sobre su medio hermano o apoyará al blanco en su búsqueda de riqueza; empero, no teniendo la característica del auténtico cristiano occidental, aceptará la infeudación, pero no se aplicará al espíritu, a las obligaciones del caballeresco honor. Dará por inexistente el alma medieval, pero tendrá presta la ambición para asumir mandos o beneficios. Todo esto, porque asimilará nada más que los elementos secundarios del aparato cultural de occidente.

Por ello, se hará común llamar "cholo" a todo el que a la manera del mestizo olvide que a los derechos se reúnen obligaciones. Más que un distinguido somático, "cholo" es un adjetivo boliviano, sinónimo de falso, mandón, vividor, codicioso, exitista, felón, traidor, pícaro, hombre sin palabra sin honor. Hay pues cholos mestizos y cholos blancos.

Este tipo humano aparece también entre los curas, periodistas, escritores, intelectuales, militares y políticos de Bolivia. Si esta peculiar manera fué atribuida al mestizo originario, por la incompreensión de los elementos culturales que aportaba el español, la persistencia de esos caracteres nos demuestra que hay algo que se debe a su propio ser, además de la ineducación.

Si al indio no se le puede exigir una superación por su estado de ignorancia y servilismo y, fundamentalmente, por existir una superposición de planos culturales sobre su sino histórico, parece difícil modificarle el carácter al mestizo, que anda enmarañado en cosas de los blancos.

Los conceptos de deber y de virtud, los distinguidos del bien y del mal, existentes para esta gente, no pasan de ser actitudes formalistas. Perdidas así las categorías éticas se transfieren simplemente a algo utilitario.

V

El argentino Sarmiento ya lo dijo: ¡O civilización o barbarie! No podemos dejar a nuestro pueblo viviendo en el engaño. Si bien hasta ahora nuestro enclaustramiento marítimo determinó, entre otras cosas, la pervivencia del espíritu provinciano, que hace girar al mundo en torno de la aldea y del limitado pensamiento del poblador de tierra adentro, hoy podemos convivir con el mundo, debido al adelanto tecnológico de los medios de comunicación. El enclaustramiento

material no existe más; eso sí, habrá que salir del enclaustramiento espiritual, para que logremos encontrar nuestra libertad.

Los motivos folklóricos son matiz pero no esencia. Hoy el mundo, accesible y contraído, busca afanoso la elaboración de nuevas y vigorosas instituciones que sean condignas con "nuestra edad técnica". Estamos al filo de una nueva y gran era para la humanidad y no podemos ser ajenos a ella; debemos hacer los necesarios esfuerzos para no quedar rezagados. Estas apelaciones en escala mundial, hacia un nuevo destino no pueden encontrarlos mirando para atrás, como el personaje bíblico, porque precisamente la historia se hace para adelante. Si no actuamos, dentro de las corrientes modernas, para integrarnos en unidades poderosas voluntariamente, para gozar de un puesto respetable, seremos absorbidos por el tiempo nuevo y nuestro pueblo, parafraseando a Ortega y Gasset, no será más que una polvareda en la gran ruta histórica.

Por ello, querer realizar indianismo o nacionalismo sobre bases folklóricas es atrasar el pulso de la historia. El nacionalismo, más que una doctrina, es una emoción y deberá entenderse como una faena tendiente a conformar el futuro patrio con jugos vitales, de contenido moderno; no es posible anquilosarlo con un criterio enteco.

El "profeta de la pampa" sacudió la conciencia argentina para sacarla de la agonía cierta, orientó la política de ese gran pueblo hacia estadios de superación. Ese esfuerzo, continuado por algunas generaciones del Plata, ha permitido construir una espléndida nación, sin quitar ni ahogar lo típicamente propio.

Nosotros tenemos autenticidad, tipicidad, si se quiere; pero no podemos estacionarnos ahí. Lo típico nos abruma y si sobre ello aumentamos la dosis, so capa de nacionalismo, nos asfixiaremos entre ponchos, ojotas y pututus.

Venezuela, sin dejar la cadencia llanera, busca reafirmar su destino abriendo las puertas a la inmigración. Brasil, como lo apuntó Zweig, va aclarando su contenido somático; sus poblaciones, su industrialismo, su educación popular, lo colocan ya entre las primeras potencias del Hemisferio. La mayoría de los pueblos de la América hispana, hábilmente conducidos, van sacudiendo la barbarie, saturándose de cultura y civilización con el aporte de nuevos contingentes humanos.

Si esta nuestra América hispana es reserva para un nuevo ciclo cultural de la humanidad, no será ciertamente la que conocemos. Será una fermentada en los siglos y con los caldos de razas occidentales.

.El corte más profundo de nuestra historia, la gran revolución consistirá en realizar una política inmigratoria racional.

Capítulo III

DE LO INDIO Y SU CIRCUNSTANCIA

I

Es un criterio muy generalizado cuando se habla del indio, el de adjudicarle categorías que solamente corresponden a un personaje situado en viejos estratos de la Historia; por eso es habitual recordar su pasado, elucubrar sobre el dramático destino de su cultura tronchada, o conferirle esencias tanto menos auténticas cuanto más remotos se calculan su arcano y su edad. Entretanto el indio, en su cotidiano quehacer, con su presencia y actualidad al lado de nosotros, sigue apegado a la tierra, y pareciera no existir o no tener importancia, ya que se halla convertido en mera referencia.

Intelectuales, científicos y políticos -en la mayoría de los casos- hacen del indio una especie de pasatiempo, que las más de las veces sirve para teorizar con aspiraciones de originalidad, afán que viene desvirtuando la verdadera estampa indígena. Se ha fabricado un indio artificial, imaginario, que viene sustituyendo al auténtico. En cierta forma esa falsificación se origina en la pretensión de algunos para diseñar perfiles que le son extraños; así, hay quienes desearían,

enamorados de lo clásico, encontrar motivos paralelos; otros, impresionados con las civilizaciones africanas, al ocuparse de los pueblos preincaicos les otorgan organizaciones dinásticas cargadas de vocación imperial. Esta desfiguración de nuestro indio, ha permitido la invención de historias, teogonías y matices y la alteración de su sencilla grandeza, su sino pánico y su ligazón a la tierra.

Esta labor de ocultar, de trocar lo auténtico y fidedigno del indígena, ha sido derrotada -y lo será- por su natural y rústica realidad. Si alguna gravedad importa tal hecho, estriba en que a tiempo de cambiar la verdad, se ha perturbado su propio caminar; el daño inferido al indio pudiera estar en que al malconocerle, se le incomunica de su propia esfera de mismidad y se lo fuerza a acomodarse en otra. Bien se ve que así queda como un explotado fantasmón de coreografía, aislado e inauténtico. Es evidente que por ahí anda suelto un indio literario, imaginario, que llena de vanos orgullos a sus patrocinantes.

Este falso indio va robando al legítimo muchas cosas. Le hace perjuicio. La legislación, la teoría, la emoción -ánimo enojadizo- del poblador americano, se ponen al servicio de un ente apariencial, que solamente es representación, metáfora, en detrimento del indio legítimo. Así se promueve un birla-burla de las posibilidades de ayuda y cooperación a los grupos humanos aborígenes, para sólo satisfacer egolatrías de presuntos reformadores, literatos y una fauna de arqueólogos y antropólogos. La mayor parte de los estudios sobre el indio, salvo, claro está, excepcionales trabajos con rigor científico, debieran considerarse pura fantasía.

Generalmente se explotan ciertos residuos, costumbres o maneras del indio o del mestizo, para realizar interpretaciones; en el libro, en la pirueta política, o en el análisis pseudos-científico; se inventa o se construye una inmensa falacia.

Y es que el indio, además, es diverso, múltiple. Hay indios de diferente estirpe y diferente alma. El Quechua, el Aimara, el Guaraní, el Azteca, el Maya, el Pampa y decenas de familias menores, obligan a tratar el tema con cuidado, más cuando se habla de la *redención del indio*, ya que ésta no debe ser referida al indio imaginario, ni al indio del pasado, sino al actual, pleno de virtualidad y vida, que actúa en el presente.

Cada territorio ha dado una tipología vernácula, cada vieja nación indígena tiene su personalidad, pero todas son partes de un todo supranacional; así como lo europeo, o lo asiático, dentro de la diversidad, constituyen un todo unitario en sus propios medios.

Por eso es absurdo crear una pugna histórica, también de apariencias, entre los grupos indígenas. El que tal indio sea mejor o peor no tiene tanta importancia como ver cuál de esta noble familia llegó a cierta mayoría y quien no pudo lograrlo. Al fin de cuentas el indio, plurivoz y multifacético tiene un alma común. Alma incipiente, primigenia, elemental. Allí podrían madurar mostos de futuras cosechas...

Su "redención" tiene que tener en cuenta lo vernáculo, el ligamen con la tierra, con el paisaje de cada grupo humano, con cada carácter específico, con los "espíritus territoriales". Es un problema de región y que afecta a las generaciones indígenas jóvenes, como afirma José Carlos Mariátegui en sus *Siete ensayos de la realidad peruana*.

El indio medido con la vara marxista, por ejemplo, se desfisionomiza, porque se le masifica; se le injerta forma ajena. Se le mata el "carácter", lo peculiar, para convertirlo en gleba proletaria, común, serial, en "campesino", lisa y llanamente.

El campesino primario, ya nos lo dijo el pensador, precede a toda cultura, es el hombre eterno, independiente de toda voluntad creadora de valores culturales, es un ente ahistórico, fijado en la tierra; lo más que origina es la aldea que acepta todo lo que viene a ella, pero que se mantiene invariable; repetida, con una piedad más vieja que todas las religiones y una ética simple, fuera del dominio de la Historia. Es una criatura sabia, astuta, que se propaga rutinariamente y que termina por ser el mantillo de donde se nutre el empuje de las ciudades. La pretensión de hacer solamente un campesino del indio no lograría sino anularlo, colocarlo en estadios pre-culturales, obligarlo a mantenerse mudo y quieto. Esa situación sólo contribuiría a estacionarlo, en condiciones similares a las que existieron en Egipto en el período tinita de Menes (3.400-3.600 a. C.). (*Decadencia de Occidente*, Spengler.)

En no poca medida esa es una de sus condiciones actuales, de la que hay que procurar descolocar. Y no es el caso alejarlo de la tierra o el hacer del indio una masa amorfa de proletariado urbano. Puede labrar y explotar el suelo, pero no en su "única condición" de campesino, de labrador ahistórico. Hay que abrirle horizontes diversos.

La región y el indio tienen una simbiosis fundamental. La tierra le marca valores serios. No es igual -siendo el alma pánica la misma- el aborigen de las selvas, el Camba guaraní, que el montañés Quechua o Aimara. Tampoco lo es el Quechua de los valles que el *Colla* andino. Si el regionalismo español actúa en nuestra historia, el indígena también lo hace. El uno es superficial, urbano, más formal; el otro, es hondo, inmóvil, tenaz, apegado a la naturaleza circundante.

Por eso el indio inventado, el indio de mentiras, no tiene ningún valor. Como todo lo falsificado, es apenas una sombra de lo original, puesto que carece de expresión.

Hay algo más grave. El indio tiene propietarios: son quienes lo inventan, quienes mistifican sus esencias. Estos terribles dueños del indio, son celosos de una soberanía intelectual sobre el nativo. Nadie puede osar entrar en ese territorio prohibido. Los más fieros son sus salvadores, sus redentores, aquellos que en su nombre cometen crímenes y maldades.

El indio imaginario figura en los comités políticos, en las conferencias, en los congresos, en la literatura. El indio real, entretanto, está apegado al arado o disperso en las soledades de inmensos territorios, con su viejo espíritu adormecido y penetrado por la bruma de los siglos.

II

El indio que vive y sufre, el que heredó sangre y paisaje, ha perdido, en cierta forma, su propio camino, porque de su encononazo con la Conquista surgió una nueva ruta y un nuevo quehacer. La pérdida de su espíritu lo sumió en aquello que Spengler llamaría la "siesta india" (*Ob. cit.*), un estado de petrificación, de estancamiento, que hace que las civilizaciones o las culturas queden inactivas, sin *clán* vital, por siglos de siglos.

Tratándose del indio real, tenemos que diferenciar entre el viejo indio -el de los "pre-imperios" y los "imperios", señor de su tierra y de su ámbito, intérprete de su faena pre-cultural-, y el indio joven -el actual- y, además, el que nace a su lado y se funde en un convivir y adquiere derechos legítimos: el Nuevo Indio, así nombrado acertadamente por el peruano José Uriel García.

El viejo indio, muerto ya, desaparecido del escenario, no puede competir al *nuevo indio*. El uno es recuerdo, pasado irreversible llore quien llore; el otro, es vigente, actuante, carne y vida.

Quienes en la tarea de apropiarse de lo indio tratan de resucitar al viejo cadáver y se ocupan de su yerto espíritu, con la esperanza de producir el milagro de un nuevo Lázaro histórico, saben de su mendacidad, a ciencia cierta, y del puro efectismo que buscan.

El indio pre-incaico y el indio incaico, en todas las tierras de su ex dominio, no existe más. El respeto por su esfuerzo es parte del tributo que rendimos a todo lo antiguo, que puede ser admirable y que nutre las raíces que nos conforman.

El sedimento humano que ha quedado, con alma muerta o entorpecida, viene a ser una especie de "residuo etnográfico" -entiéndase bien- que podría servir para alentar un nuevo modo cultural, de gran personalidad, no disparado solamente a lo aborigen, a lo nativo primigenio, sino más bien a todo lo americano, a esa hirviente humanidad que confluye hacia nuestro hemisferio, se vacía en la tierra y da origen al Nuevo Indio. Dice Uriel García: "El indio, con relación a nosotros, es la tradición prehistórica que a cada momento nos oprime, que cursa por calles y caminos, que irrumpe hasta nuestros hogares y aún hasta los dominios más recónditos de nuestra propia alma; caverna americana de donde fluye la pureza simple del pasado, gruta cuatemaria por donde asoma la fuerza anímica más elemental del Continente". (JOSÉ URIEL GARCÍA: *El Nuevo Indio*, Cuzco, 1930.)

El indio, al quedar como "material etnográfico", ha perdido su vocación de ser, su autoconfianza, el fuego de su alma primitiva y creadora, para convertirse en indiferente, cansado y estático, que puede llegar a los retrocesos más increíbles hundiéndose en el regazo de la madre nutricia, en el seno materno de una "Pacha-mama" agreste. Este "material etnográfico" -como diría Nicolás Danilevsky- puede nutrir a otras corrientes históricas, puede contribuir a darle ciertas características, pero no como fuerza creadora o formativa. Es susceptible de dar paso a un nuevo tipo histórico-cultural. Jamás, por sí mismo alcanzará vigencia o personalidad histórica, como fue el caso de los extraordinarios pueblos griegos o el romano, que al disolverse, al disgregarse, resurgieron en nuevas formas al contacto e influencia con lo germánico.

No es posible por todo esto, desconocer al indio real. Si tornamos al viejo indio, equivocamos la ruta. Ni indio imaginario, ni indio viejo, ni indio aborígen solamente, pongamos énfasis más bien en el Nuevo Indio.

"...Se piensa con un criterio un tanto localista -añade Uriel García- que la cultura nacional y aún la americana está reservada exclusivamente al indio y se plantean fórmulas para solucionar el tan manoseado "problema del indio", la "redención del indio" y todo ese romántico tradicionalismo de ciertos grupos que llevados por el afán de volver a lo americano -afán encomiable, por supuesto- se equivocan proclamando el retorno al incanato. ¿Qué significa el anhelo de redimir al indio de su situación actual? En buena cuenta, elevarlo a la altura de la conciencia americana del presente; vigorizar la simplicidad de su alma, acrecentándola con todo aquello que aún cuando sea extraído de la tradición y de la tierra esté acorde con la riqueza espiritual de la humanidad de hoy. Redimir al indio será engendrar en su alma una nueva conciencia americana, hacer fecunda su tradición en aquello que se fecunda toda tradición, pero no pretender realizar vida histórica valiosa manteniéndole dentro de esa misma tradición. Redimirle será incrustarle sentimientos e ideas distintos a los suyos (por ejemplo, sacándole de su secular agrarismo, que lo tiene oprimido contra el suelo, como una planta. La divisa de redención indígena, me parece no debe ser la del agrarismo. El agrarismo es su simplicidad y su tradición milenaria que lo fatiga y mecaniza, en el fondo. El agrarismo es lo que le hizo siempre siervo. Cosa distinta es el problema agrario en el sentido moderno, como derecho humano a poseer la tierra en proporción igual). Si el indio tiene aptitud para redimirse, pues toda redención, en el fondo, es obra personal e interna, tanto para los individuos como para los pueblos, encarnará esas ideas y esos sentimientos y resurgirá por su propio impulso." (*Ob. cit.*)

Hasta ahora, por la manera cómo se ha enfocado la fisonomía del indio, vemos que se ha hecho un gran desperdicio de la verdad. Volvamos los ojos a la realidad. La gran masa indígena ha sufrido la presión de importantes fuerzas, que han contribuido a que pierda su impulso; si le han quedado costumbres, muchas de ellas han sido modificadas por la influencia de la conquista, las épocas virreinal y republicana; también vemos hoy al descendiente de Manco Cápac conduciendo un camión moderno y producto de una tecnología ajena. Si el indio aborígen de siempre da el salto, por sí mismo, al manejo de máquinas modernas ¿por qué hemos de enemistarlo con el nativo nuevo, que se las proporciona?

Este limo humano que ha quedado, a la vera de la Historia, como "material etnográfico", pudiera atesorar insospechadas reservas, en su primitivismo, en su lozana barbarie para realizar la faena conjunta con el otro poblador, ya hermano suyo, que se ha aquerenciado en la tierra común. El Nuevo Indio es el que nace en América, el que es hijo también de su paisaje; no se es únicamente indio por la sangre, sino por la historia, por el quehacer conjunto y cotidiano, por el sufrir y el gozar común, por la simbiosis con la tierra. ¿Acaso la gran familia americana sólo debe ser contemplada en las cuencas secas del aborígen viejo? ¿Acaso día a día la tierra no da estirpe y hogar a hombres de todas las latitudes que se confunden en el anhelo de trabajo, convivencia pacífica y Patria?

El Nuevo Indio es ente histórico, absorbe las esencias telúricas de la geografía que hacen su circunstancia. El hijo del aborígen de milenaria data, tiene una función elementalizadora, todo lo revierte a los orígenes; cada día y cada momento, se confunde con la presión telúrica de su ámbito. El embrujo del quietismo le invita a la inmutabilidad. El Indio Nuevo, el hijo del europeo, el trasplantado, se aclimata pronto, deja de ser extraño, para dar robusto fruto, reciente, magnífico y también con extraño sabor de barbarie. Ambos tienen función diferente, el uno de revertir, el otro

de avanzar. Lo americano, así, surge distinto: pueblos pletóricos de futuridad, con un nuevo carácter. No del viejo indio, ni del indio imaginario, o el del aborigen autóctono, puesto que ese carácter nuevo constituye el alma pánica del Nuevo Indio, diferente a los orígenes, e igual a sí mismo.

Muchos encuentran en algunas naciones americanas "falta de fuerza". A esa *fuerza* quisieran llamarle "esencia india". Sin embargo, parecen no percibir que lo que falta no es *fuerza* alguna -al contrario, sobra- sino cáscara vetusta, convertida en rutina, en periferia, en un dejarse estar. ¡Apego de algunos a las formas agónicas o ya muertas...!

El poblador nuevo, nativo de América, se enfrenta con una naturaleza bravía, que se está dominando recién. Alguien dijo que el hombre se adelantó al llegar a nuestro Continente, cuando aún no estaba completada la obra de Dios. Puede ser, mas el hombre ya se instaló en esta tierra, las poblaciones crecen, la demografía del hemisferio es vigorosa. Cada vez se reduce más el grupo humano primigenio, mientras aumenta el nuevo, mestizándose unas veces, otras conservando sus troncos sanguíneos.

El hecho fundamental es que el Indio Nuevo no lo es por la sangre, sino por la tierra. El gaucho nuevo es tan respetable, tan hijo de la pampa, como lo fuera el viejo. El uno es recuerdo histórico, el otro actualidad, historia que se hace; ambos idénticos en su gallarda y generosa varonía. Lo mismo ocurre con el charro mexicano, orgulloso de su estirpe. Nuestro indio altiplánico o montañés o el de las selvas, no tiene ni más ni menos derechos que el boliviano nativo, criollo o mestizo: Indio Nuevo, tan señor de la tierra como el que más.

III

El choque entre la ciudad y el campo, en los países americanos, cobra importancia allí donde existe mayor cantidad de población indígena. Así las zonas altiplánica, cordillerana y de alta montaña, han encogido al habitante no aborigen en su vocación agraria y lo remiten a los centros urbanos, fenómeno que en los países de la costa tiene otras características. Si como propietario explota la tierra, no se establece en ella constituyendo hogar, puesto que el nativo primigenio no demuestra el menor apetito de asimilación. Es un problema de trabajo más que de amor a la tierra, que se desarrolla por una doble mecánica: atracción telúrica del paisaje y natural resistencia del habitante originario, no tanto formal cuanto profunda, hacia la presencia del inmigrante o del Indio Nuevo. La gran tarea consistiría en procurar la convivencia integral para que unos se apropien lo que les trae el que llega y los otros se adapten al ámbito.

Estas tensiones, contenidas y en remanso unas veces, otras violentas, pertenecen al proceso común de mutua influencia; son parte de un accionar de presiones diversas, que tienden a lograr el nacimiento o la integración de un alma americana. En algunas regiones de América se han suavizado o han desaparecido. Unas veces porque se realizó la guerra al aborigen, imponiendo por la fuerza el desahogo de una espesa demografía que se esparcía por tierras de labrantío; otras por un lento proceso de colonización y secularización misionera. Así el poblador del campo que no encuentra resistencia ni amenaza, se asienta y cobra prestigio, hasta el punto de ser tomado como un ejemplo vital y superior. Tal el caso del gaucho en la Argentina. En otras regiones como el Perú, Bolivia y el Ecuador, países donde el sedimento aborigen es cuantitativamente superior, se ratificaba o se califica de "indio", solamente al labrador. Esta, aparentemente, designación semántica, encierra una intención segregativa, y origina, sin duda, un foco de complejos curiosos. Los redentores del indio agrario, consideran peyorativa la sustantivación, envenenan al poblador del campo con la idea y, ambos, el uno como el otro, pretenden liquidar al indio histórico, indio con vigencia, para nombrarlo, casi disimulando su vergüenza: "campesino". ¡Como si esto, de la noche a la mañana, cambiara las cosas! Es que nadie quiere ser indio. ¿Por qué? Es posible que ello se deba a que se intuye, o se sabe, que esa gleba hizo oficio servil de antiguo.

La pugna se acrecienta cuando el labriego emigra a la ciudad y se siente distinto de su familiar, aun apegado al arado. No deja de jugar su papel, en todo esto, el formidable salto que obliga a dar al aborigen la sociedad moderna. La ciudad tiene prestigio a los ojos del autóctono y a ella acuden para huir de sí mismos.

Sin embargo, en los valles y en las regiones de llanura, el blanco y el mestizo se quedan. Construyen su vivienda, establecen su hogar. Se amarran a la tierra, se consubstancializan con ella. Estos factores crean una psicología que es importante tener en cuenta en cualquier política agraria. Resalta el caso de algunos valles cálidos y alejados de los núcleos poblados, o el de las llanuras boscosas, que dan un tipo de colonizador que solamente puede trabajar en establecimientos extensos y en forma vigorosa. La pequeña propiedad no tiene sentido en esas regiones.

Hay, además, una situación fáctica: muchos tipos de indígenas aborígenes o descendientes de ellos, tienen ancestro nómada y hoy son trashumantes. Prefieren vender su trabajo, deambular que aquietarse. Tal vez en el futuro, con medios de trabajo modernos, con maquinarias y créditos, varíen estas condiciones anímicas. Entretanto, en el altiplano y la alta montaña, el nativo es sedentario por ancestro y por carácter. Además vive en grandes agrupaciones.

Bien pudiera ser que, entre otras razones, juegue un importante papel el rasgo feudal, en particular en las áreas altiplánicas. Cuando Spengler estudia los períodos de la formación de la cultura, analiza la función de las ciudades en su relación con el campo. Considera a las ciudades como el lugar donde se empieza a articular la política y donde se originan las primeras clases. Las tribus se organizan en nación y el Estado toma el sello feudal. La ciudad se convierte así en plaza fuerte, en mercado y en centro religioso; los valores económicos predominantes son agrícolas. En el caso de Bolivia, en especial en todas las regiones de nutrida gleba indígena, se utilizó a ésta -secuela del período virreinal- como elemento servil, sea para el trabajo en las minas o en los de labranza. La República hasta el presente pudo dar o no leyes y mejoras, lo que no pudo cambiar fué la forma feudal de trabajar la tierra.

En los valles -dentro de esta relación-, la ciudad toma un carácter menos fuerte, hay menos *espíritu feudal*, la ciudad es menos "fortaleza", menos "castillo", porque en buen porcentaje el peón autóctono es menos siervo, puesto que gana jornal; aunque económicamente pudiera seguir sumido en explotación, socialmente mantiene mayor y cordial convivencia. Zonas hay donde el peón es un jornalero contratado y ocasional (Cinti y Tarija) y donde el criollo está establecido. Pero donde el problema del feudalismo solamente podría quedar referido a la extensión del dominio y no a la relación humana, es en los desiertos que se colonizan (Chaco y Cordillera). En Santa Cruz de la Sierra, por ejemplo, la ciudad es algo muy adjetivo en relación al campo, ya que los establecimientos son, tienen que serlo, extensos, de gran aliento, y donde el jornalero es igualmente circunstancial, de oportunidad, además de la tremenda crisis de braceros que confronta.

Se ve por esto que las mayores oposiciones surgen donde predomina un mayor espíritu feudal. Allí el peón es más siervo, más tributario, más explotado.

Lo indio va, pues, camino de grandes cambios. Hay una metamorfosis que no es hija de reformas, ni de excitantes circunstanciales, sino el fruto de misteriosas energías históricas. Hay otras cosas, mejores que los peregrinajes al ayer, que van llenando la vida de estas gentes. No es solamente la conquista de la tierra por unos y la reconquista por otros. Si el indio del incario y de los períodos pre-incaicos había logrado su propia fisonomía en el pasado, quedaba en el tuétano de su vástago, en su esencia, una oposición a lo extranjero, por lo tanto a la cultura occidental. La ciudad es el gran receptáculo de esa cultura, es allí donde se deposita para luego actuar en todo el territorio. La resistencia, la impenetrabilidad, que le opone el nativo terrícola, cede solamente a medias cuando se urbaniza, o cuando por obra del tiempo va haciéndose permeable por los factores de convivencia o el uso de algunos medios tecnológicos.

Este repertorio de problemas, de matices y presiones mutuas, nos llevarían a encontrar muchas y variadas explicaciones sobre las tensiones latentes, y sobre las hasta hoy manifestadas. El impacto de lo europeo es dramático en algunas regiones más primitivas que otras. Es evidente que existen aborígenes totalmente contumaces para asimilar lo occidental.

El indio aporta su tradición, que termina por convertirse en patrimonio de los nuevos pueblos, integrados por los hombres que hicieron la Colonia y la República. Acrece este sedimento con las cosas que vinieron y vienen de lejos.

IV

El Nuevo Indio es todo poblador, todo hombre que se allega a esta América. Tiene este personaje nuevas características. El hijo del europeo, conquistador o inmigrante, va sacudiéndose de las condiciones originarias, de los matices progenitores y se insume en la inmensa fuerza de la tierra, que lo dota de nueva alma, de nueva modalidad. Se hace " *indio*. Es nuevo, es fresco. Tiene sorpresa de muchas cosas porque en el seno de una primera generación siguen latiendo influencias de sangre; pero una vez hendido en el paisaje hace ver su aclimatación espiritual. Surgen nuevas voces internas en su ser. Ama y siente suya, desde siempre, la Patria. Arroja al conquistador y se enorgullece del ancestro indo-criollo, tanto por la región que hace suya cuanto por su relación, en pugna o convivencia, con el aborigen. La mezcla de ambos cuando se funden en la tierra da origen al mestizaje. Unas veces el mestizo es hijo de sangre, otras lo es del espíritu. Es el terrazgo lo que moldea o el enfaldo de la india tradicional.

Dice Uriel García: "Para el indio antiguo, para el tráfuga que a la caída del incanato se volvió al refugio de su puna, de su espacio vertical o, viviendo en los pueblos mismos, se sumió en la cueva de su propia alma, los Andes todavía siguen siendo los *Apus* mitológicos. En cambio, para el indio que asimiló en alguna forma las ideas impuestas por el vencedor, la montaña pierde su simbolismo religioso y el espacio es ansia de constante horizontalidad y de percepción más realista".

El conquistador lleva su inquieto activismo al autóctono. Abre un portentoso cofre geográfico. Descubre y gana espacio. Su concepción del mundo circundante no se limita al paraje. Domina territorios extensos, confunde a los imperios en uno solo, inflama de aventura los tiempos, cohesiona pueblos. No se aísla. El español procurará crear un ambiente similar al de su suelo natal. Alejado de Europa por grandes distancias, más acentuadas si se piensa en los medios de transporte de la época, tratará de establecerse sólidamente y para ello tiene que desplegar un esfuerzo colonizador de gran proyección. Fundará ciudades, construirá caminos, puentes; explorará la tierra contribuyendo así al desarrollo de la ciencia geográfica; edificará iglesias, conventos, hospitales; fundará universidades, donde se estudien filosofía, gramática, teología, retórica; establecerá las primeras imprentas, casi al mismo tiempo que en Europa; abrirá escuelas de artes y oficios. Los estilos de la arquitectura desde el gótico decadente, el barroco, el plateresco, emergen sembrando de belleza el Continente, domeñados ya por la influencia india. En fin, hará administración, justicia, comercio, literatura. Hará de todo.

Nada de esto habrían podido realizar los españoles de la Conquista y la época virreinal, si hubieran traído sólo un sino de codicia y pendencia. Ganaron la tierra para engrandecerla y para mezclarse con lo autóctono. Si trajeron el vicio, también trajeron la alta virtud. En suma, plantaron la simiente de una humanidad vital, que luego en la época republicana se engrandeció con el aporte pacífico de la inmigración.

Para realizar tan hazañosa empresa trasladaron amorosamente -con deseo de fundar hogar nuevo- a su artesanía, su saber y su experiencia. Si llegó turba de aventureros, también y en abundancia mayor brindó a este Nuevo Mundo, gente de paz, de orden y de esfuerzo. Miles de maestros, misioneros, de agricultores, de industriales, llegaron para quedarse y construir. Es formidable la energía que desplegaron.

No tendría explicación la sucesiva crónica de conquistas y de "entradas" que realizó el hispano si no hubiera creado establecimientos bases, desde donde pudo proyectar su expansión. Donde llega, funda núcleos nuevos y vigorosos. Después de derrotar al aborigen, lo gana para la fecunda labor. No lo diezmará ni asesinará. Si lo somete al servilismo, será porque tal era el signo del momento en todo el Occidente y el mundo. Le dará nuevas creencias, otras formas de trabajo, le enseñará todo lo que sabe, al extremo que muchos de ellos, y los mestizos de sangre, con mayor ventaja, superarán a los maestros, en algunos casos.

Los inmigrantes europeos posteriormente cumplirán una intensa labor civilizadora y de simbiosis con la tierra. No es, pues, la labor del blanco en América solamente empresa de explotación y menos de exterminio, sino una de esperanzada superación y de fructífero esfuerzo. A trueque de lo que el conquistador se llevó, ha dejado con exceso en el campo espiritual; pero muchísimo es lo que se refiere a su aporte material. Vamos a cuentas.

Casi todos los animales domésticos que pueblan América fueron traídos por los colonizadores iberos. El ganado vacuno que es hoy una de las riquezas más cotizadas del Continente, ha originado la prosperidad de más de una nación. Igual cosa ocurre con el ganado caballar, porcino y lanar. Imaginemos cuánto es el provecho que recogen los americanos por la explotación pecuaria. La producción de carnes, cueros, lanas, leche, de un solo año en cualquiera de los países de América representa mucho más que cualquiera de los tesoros y rescates que pudieron haber obtenido los conquistadores.

La caña de azúcar, traída por don Pedro de Atienza, ha dado origen a una de las industrias más potentes. Hoy Cuba, el Perú y otras naciones, entre las que ya empieza a contarse Bolivia, tienen establecidos numerosos ingenios que ofrecen un producto de primera necesidad y gran consumo. La riqueza que representa este cultivo y su elaboración fabril, muestran con claridad el espléndido presente del colonizador blanco.

Y no hablemos con extensión de otros frutos como los limones, naranjas, pomelos, duraznos, espárragos, olivos, lino, etcétera. Todos ellos originan florecientes cultivos, activan el intercambio y el progreso. La vid, importada por viñateros hispanos, fué cuidada con esmero; eran tan cotizados los sarmientos de estas plantas que se hacía vigilancia armada de sus cultivos. Las más diversas variedades se multiplicaron y dieron origen a hermosas viñas en zonas adecuadas del Continente. Las legumbres, hortalizas y un sinnúmero de artículos de granja fueron trasladados desde Europa.

Se apega, pues, el blanco a la tierra. La cultiva, la hace producir. Realiza verdadera revolución en el campo. La mandioca, la papa, el maíz, que son los únicos productos indígenas de siembra, pronto se ven aumentados en el rendimiento de su recolección. Los medios de transporte, antiguamente entregados al lomo de débiles llamas, son mejorados por el asno, el mulo, el carretón. Todo ello acervo principal del indígena actual. A tiempo de colonizar la tierra el blanco entronizaba la civilización, catequizaba a los bárbaros. Es sorprendente la labor de las misiones, en especial de las jesuíticas. Basta leer las obras de D'Orbigny para comprender el trabajo de estos hombres en el Oriente boliviano.

Todo esto, hecho y traído por el conquistador y el inmigrante tienen ya el sello de lo americano, sin embargo cuando se trata del hombre se pretende monopolizar lo "indio" exclusivamente para los pobladores originales, y conferirles toda la energía de trabajo, como lo afirma F. Tamayo, en su *Creación de la Pedagogía Nacional*.

"Indio no es, pues, sólo ese hombre de color bronceado -dice Uriel García-, de ojos rasgados, de pelo lacio y grueso, sino todo aquel que se acrecienta interiormente al contacto con los incentivos que le ofrece esta gran naturaleza americana y siente que su alma está enraizada en la tierra... El indio antiguo, hoy, es más sangre que espíritu; el *nuevo indio* debe ser más espíritu que sangre. Porque indígena es el hombre que *crea* en la tierra, y no solamente que *procrea*. *Nuevo Indio* no es, pues, propiamente un grupo étnico sino una entidad moral, sobre todo. Nuevos indios son todos los guías de nuestros pueblos, que dan modalidad al continente... Habrá en América una cultura tan india como antes con la concurrencia de todos los hombres que con el alma y no sólo con su caudal sanguíneo se arraiguen en la tierra y sientan el impulso creador de la atmósfera que les rodea. La sangre y el alma del indio antiguo se han empequeñecido con la ampliación del territorio y con el advenimiento de otro espíritu."

Sigamos con Uriel García: "El inmigrante español que penetra en los Andes con ánimo de fijarse para siempre ya no es un "extranjero", porque pierde su ligamen patrio y se arranca el nexo con su historia.

"En las tierras cuya conquista le costó su audacia, su heroísmo, sus dolores y su victoria, por fin se establece y en ellas liga su afecto y empieza para él su nueva historia. Para sus descendientes ese recuerdo de sus hazañas es más poderoso que las glorias de don Rodrigo, de don Pelara y de todos los paladines de la Península (para alcanzar mercedes del rey en las nuevas tierras aluden, como blasón de nobleza, que son descendientes de conquistadores). Así pierde la personalidad española para tomar la personalidad india.

"El indio, a su vez, al tomar del conquistador sus ideas, su técnica, su ciencia, y al penetrar en el panorama modificado forma otra tradición e inicia una nueva vida histórica. Transita por el espacio andino renovado como un inmigrante. El forzoso apeadero en ese caminar es el pueblo mestizo. "El 'conquistador' es un inmigrante urgido de aproximarse a la tierra y de poseerla. En cuanto ha llegado hasta el regazo de la india para perennizarse en la prole ya está sometido al ritmo indiano y fatalmente ungido a otro destino. También para él la aldea mestiza es como un túnel estrecho por donde tiene que atravesar con el alma encorvada para salir transformado hacia otro ámbito. Desde España a través del mar, *desciende*, en cuerpo y alma, por los despeñaderos andinos y allí se queda y en su sentimiento se forma un "hombre de los Andes" -o lo que es lo mismo un indígena- sometido a la beligerancia con las montañas donde ha fijado su voluntaria prisión." (*Ob. cit.*)

Hay algo más que añadir. Si bien se pinta al colonizador como un ser que cuando se instala en la tierra se indianiza o da el fruto del mestizaje, no debe olvidarse que América en su historia es, además de la Conquista, la época Virreinal, la República, su *cotidianidad*. Hay un oleaje humano que fluye a sus costas ininterrumpidamente y se queda, trabaja, procrea y funda pueblos nuevos. No hay, como antes, relación de grupos humanos, nativos y extraños, que producen mestizaje de sangre; ahora el factor aborigen disminuye, queda confinado en ciertas zonas, particularmente en el Altiplano y Andes boliviano, peruano y ecuatoriano. La mayoría del poblador de las sierras es mestizo y sigue en la cruz permanente con levas de inmigrantes europeos principalmente; también hay vastas regiones de América que no tienen ya ni, siquiera un porcentaje de poblaciones nativas. Es allí donde se perfila con más nítidos relieves un tipo humano, diferente al europeo en espíritu, aunque descendiente directo de él, y se produce así una forma de mestización anímica, psicológica, resultado del contacto con la tierra.

No existe solamente un indio de sangre. También se va formando por la absorción de fuerzas telúricas. El Nuevo Indio, el poblador de América latina, está elaborando, con la lentitud y la calma con que trabajan los crisoles de la Historia una nueva fisonomía que puede realizar destinos superiores. Vivimos en medio de grandes contradicciones, de fuerzas que presionan desde distintos ángulos, pero se entrevé la insurgencia de un espíritu vigoroso, reciente, inédito y potente. El tiempo, por venir, será el mago formidable.

Cuando se habla de los elementos étnicos que se conjugan en América: el indio, el mestizo, el negro y el blanco, parece que se olvida que todos actúan presionándose mutuamente, influyéndose. Hay pueblos donde lo africano casi ha hecho desaparecer lo indígena aborigen, así el Brasil; en otros, como la Argentina, el blanco hispano-italiano domina, al que coadyuva una constante corriente inmigratoria europea; en la meseta andina -Bolivia, Perú, Ecuador- hay marcada superioridad étnica del nativo originario; en México, el mestizo es el personaje que sobresale avasallante. Más en todos ellos se observa un común denominador supra-nacional, un espíritu nuevo en formación, que "tipifica" la gran familia. Si el indio viejo era diverso, igual ocurre con los pueblos neo-indianos. Su poblador, dueño ya de la tierra que habita, da su aporte continuo a la formación de un alma innovante y plural, americana.

Hay períodos de grandes conmociones que preceden a la formación de nuevos valores en la Historia. Uno de ellos fué la Conquista. Allí al español, con todas sus grandezas y errores, le correspondió la misión de franquear el limen de América a una nueva vida. Allí también el viejo indio que vió derrumbarse, por el sino de la tragedia, su propia obra y los valores que lo afirmaban ante sí mismo, permitió que su progenie contribuya a la gran hazaña.

Procesos apocalípticos sacuden a los pueblos antes de sacarlos de sus cauces seculares. En realidad es la aniquilación, la muerte del espíritu anacrónico. Aun esperan muchos y grandes sacudimientos a América. Hay un despertar de conciencia, que tiene, siendo propio y peculiar, algo

que ver con un símil brotar de inquietudes en todo el planeta. Agitaciones extensas vienen a coincidir con hondas vibraciones internas. Hay en el mundo algo distinto que viene, tal vez ingresamos a un nuevo "tiempo eje", como diría Karl Jaspers, y tales fenómenos encuentran a nuestro hemisferio anhelante por encontrar su esencia.

V

Se reincide aún hoy en que el mestizaje es solamente producto de una mezcla de sangres, como si no estuviera demostrando América que, además, se engendra otro: el que se origina por la relación del hombre con la tierra, con el ambiente.

No es que afirmemos con rotundidad que el medio hace al hombre, tesis positivista ya revisada en sus planteos extremos. Es más bien el ser humano el factor fundamental, puesto que éste cambia, moldea el territorio, domina la geografía, al propio tiempo que la convierte en "tierra"; es decir, en una parte substancial de su ser, en "circunstancia", en ambiente, dándole un sentido histórico. Surgen de la "tierra", emanan de su seno, una forma, un alma y una simbología.

Hay paisajes que son abrumadores, que rechazan al hombre, que lo absorben o lo disuelven. (El paisaje crea una atmósfera como diría Walter Schubart.) Por eso quedan grupos humanos con vivencia simplemente espacial y atemporal, ahistórica. La conjugación del hombre con la naturaleza, hace que surja el carácter de maternidad de la misma, mas no con proyección espiritual, sino como relación natural. La Madre Tierra, la Pacha-Mama, por ejemplo, para el indio reducido a material etnográfico, no tiene las mismas resonancias que las que producía en el viejo nativo. La Madre Tierra, para el poblador actual, de tipo mestizo, es asimismo cosa diferente. Es que la presencia de una cultura como la occidental, que llega con el inmigrante, da otro sentido a esa relación con la tierra. Tiene una diferencia basada en el concepto de temporalidad, de historicidad.

Las diferencias que se producen entre las distintas "atmósferas de paisaje" o "espíritus territoriales" son responsables de las llamadas distancias raciales o nacionales, que no son constantes puesto que derivan de situaciones geográficas y de presiones culturales. (WALTER SCHUBART: *Europa y el Alma del Este*, 1938.)

El mestizaje, producto nuevo que surge de la relación de ámbito o de circunstancia social, da un tipo de hombre en América latina. El inmigrante que acude al hemisferio va moldeando su carácter, su condición anímica, su conciencia, su yoidad, porque se mestiza con el paisaje y con la sangre. Si mantiene su soma europeo, en todo caso su alma es ganada por la Patria nueva.

El mestizo de sangre y el mestizo espiritual, son seres distintos, aunque pertenecen a la familia americana. Indudablemente que su índole es también distinta. Hay en el .uno afán de retornar al origen materno, de disolverse; el instinto de espacio le invita a desmenuzar lo que signifique evolución, cambio; quisiera estar en la cumbre para dominar, no para avanzar; la gran aventura del pensamiento no lo excita, la aventura rapaz le emociona y lo entusiasma. El mestizo espiritual es, a la inversa, un animoso de ambiciones mayores; quisiera grandes integraciones, tiene temporalidad y vocación historicista; su búsqueda de poder tiene motivos constructivos, es emulante y domeñador.

Es compleja la caracterología de lo americano. Hay un choque constante de fuerzas, de actitudes, de corrientes, de maneras de ser. Todo, al final, se conjuga y visto desde alguna distancia, se relieván ciertos rasgos. La vida y la historia de nuestros pueblos van señalando las índoles. Las preferencias y las conductas al hacer su faena, permiten conocer los motores de lo constructivo, así como los de la disolución.

La beligerancia del mestizo de sangre, contra el "blanco", no es sino el fruto de complejos o de sedimentos de "resistencia" cultural; en otros términos, pugna del sentido espacial con el temporal. El retorno hacia la elementalización, a la caverna ahistórica, que se enfrenta a la formación de otros prototipos, a distintos factores fertilizantes, a diferentes procesos creadores. Es un obscuro afán de defender lo no vigente, lo anacrónico, ante la irrupción de lo nuevo, de un ritmo actual.

Se podría argüir que lo que caracteriza lo nuevo frente a lo viejo y caduco de Europa, es la insurgencia del mestizo de sangre. Debe considerarse esta afirmación muy parcial, mas no restarle importancia. Lo que sí puede constatarse es que hay diversas formas de insurgencia. Cuando se examina, por ejemplo, el arte americano creado por el blanco, el mestizo o el indio, aún realizado con técnica e instrumental europeo, deviene en algo nuevo, totalmente característico.

En cuanto al mestizaje de la plebe urbana, entroncado con el indio aborigen o el descendiente del criollo, tiene su propia estructura. Ha hecho muchas cosas, radicalmente subversiones, por codicia de poder. Apunta con vigor nutridas condiciones de barbarie y primitivismo, de insolencia y altanería. No es de ningún modo figura quieta; menos única. Si no ha dado aún el fruto "perfeccionado" de su calidad natural, debe considerarse uno de los personajes del drama americano. Es parte de un fenómeno de mestización superior y de mayor categoría.

El mestizaje de espíritu cobra así gran importancia. Muestra que en América se puede formar un tipo humano peculiar, y esto debe ser tomado como una observación integral; ya que promover el estudio exclusivo de una región o de un poblador, nos conduciría a un encontronazo con el afán ptolomeico, provinciano, de todo lo sudamericano: sentido localista y regional y afán de singularizarse, de ser lo "único", lo "diferente", lo "más fuerte", lo "mejor".

El mestizo originado entre el criollo y el guaraní es distinto del mestizo colla o quechua, en las formas menores, en lo adjetivo, en lo secundario, pero es similar en lo sustantivo. En igual forma, el mestizaje de espíritu, aparentemente nada tiene que ver con el somático. Si se compara las estampas humanas de un "cholo" altioplánico, con el criollo se podrá encontrar en los rasgos físicos diferencias; pero donde, en general se avendrá el parentesco de alma, será en la problemática de ultimidad, en los grandes rasgos históricos-culturales.

En América se está formando un tipo humano nuevo. No aparece todavía con todos sus posibles caracteres y no tiene una fisonomía concluida. Se está haciendo. Por esa razón el futuro americano deviene en un Nuevo Indio, con alma mestiza, distinta de sus orígenes.

Esa mestización, o esa alma mestiza, puede encerrarse en la estampa humana europea más completa, pero indudablemente genera una personalidad nueva, diferente a la del Viejo Mundo, aunque pudiera ser -bien vistas las cosas- una nueva modalidad; un brote de la cultura de Occidente.

Hay pues, un caminar de mutaciones en la vida continental. Fuerzas que ya actúan y otras que se gestan. Está América Latina, aún sin formas definidas y acabadas, en proceso de plena incubación.

No hay duda que las formas occidentales son las más apetecidas en el hemisferio y las que, como fenómeno de temporalidad, influyen más intensamente. Religión, arte, técnica, política, tienden a nutrirse de lo europeo, y aunque se deforman en estas latitudes, tratan de transformarse. Lo europeo brinda la organización frente a lo anárquico y disolvente del primitivismo nativo.

VI

En la Filosofía de la Historia se encuentran los modos que singularizan a culturas, pueblos, o períodos históricos. Spengler caracteriza los siguientes símbolos culturales primarios: para el griego apolíneo, "el cuerpo individual, sensiblemente presente como tipo ideal extenso"; para el hombre fáustico de Occidente, el espacio ilimitado, el Valhalla, flotando en el espacio; para el egipcio, la piedra, que señala el lugar de la muerte, que encierra el camino de un devenir intemporal que termina en la cámara de la muerte; para el hombre mágico islamita y persa, el *sentimiento de caverna*, "espacio eterno abovedado"; el plano sin límites para el alma rusa; Tao, camino vago, indefinible, para el chino. Schubart por su parte sostiene que existen prototipos *eónicos*, que dan personalidad o "espíritu" a culturas y pueblos; éstos se reemplazan unos a otros y se conjugan a veces. Así, existe el armónico, el heroico, el ascético y el mesiánico. (Ob. cit.)

Estas formas, entre muchas otras, de distinguir las diversas culturas así como las corrientes de la Historia, nos llevan a meditar acerca del símbolo que pudiera asignarse al hombre

americano, que bien pudiera ser: selva-montaña. América está hecha de llanuras inmensas y de cordilleras titánicas. La naturaleza es fuerte, a veces más fuerte que el hombre. Le imprime su sello, lo subyuga. Por eso se le puede asignar un *espíritu pánico*. Nutre sus misterios y sus fuerzas de las energías naturales. La selva le aísla, le incomunica. La montaña también le aísla. Su sentido provinciano, ptolomeico, de las cosas le viene de esa fuente aniquilante: Su oposición a lo "extranjero" hace que quien viva en su seno y no transite, simplemente se convierta en hombre diferente, con nueva personalidad.

Hay quienes tratan de huir de este fenómeno, de esta "canaima", como diría Rómulo Gallegos, pero no tardan en sentir el dogal de esa prisión enorme. El impulso, la conducta, no tardan en mostrar, en mayor o menor medida, no ya en el hombre de ancestro y arcano nativo, sino en el hijo del inmigrante, en el europeo de sangre, su diferente y nueva personalidad.

Esto pudiera no ser más que brote en rama de injerto, de tronco más recio y principal: Occidente. Pudiera ser también, vigencia de formas culturales europeas en la periferia, mientras en los estratos milenarios y silenciosos de la Historia hierve un nuevo caldo. Todavía no ha aparecido la "forma" plena y nítida, propia, la que parece estar gestándose.

Casi todo el repertorio de valores occidentales, su concepción cristiana del mundo, su axiología, son fundamento de las sociedades americanas. Sin embargo, hay, en las subcapas sociales, desapego a muchos de ellos. Existen corrientes paganas (paganas nativas o africanas), písticas, credos secos, simulación de instituciones políticas; formalismo apariencial en lo cultural, falta de profundidad creadora en el terreno del espíritu fáustico, y más tendencia imitativa que original. Se está más "a la moda", a repetir, que a producir. Se está más como espectador del gran debate intelectual, que como campeón del mismo. Y esto no es negar la valiosa y magnífica labor de la minoría, minoría escasa y conmovedoramente angustiada.

VII

Esta actitud poco dispuesta a asimilar a fondo una cultura y una civilización, pudiera ser el resultado de la falta de un gran incentivo rector, o tal vez, de la "siesta india".

Importa mucho a los pueblos regirse por una conducta y por la sana comprensión del deber, es decir, mantenerse en cierto nivel cultural. Una comunidad humana con instituciones respetadas, puede emplear su energía en dominar a la naturaleza; en estimular minorías conductoras, capaces de dotar a las generaciones futuras de los medios y condiciones capaces de sostener y aumentar niveles de vida superior.

Dice Lothrop Stoddard: "... el rastro del hombre está sembrado por las ruinas de las civilizaciones muertas y señalado por las tumbas de los pueblos que, en un tiempo llenos de promesas, cayeron víctimas de un fin prematuro".

Agudo e insistente, adelanta la pregunta: "¿Por qué? ¡La civilización parece una cosa tan buena!... Significa la protección relativa contra las fuerzas ciegas y crueles de la naturaleza". Prosigue: "¿Por qué encontramos incluso pueblos que, después de haber alcanzado la civilización, la pierden y la relajan, volviendo a descender al nivel de la barbarie y aún del salvajismo? Por misterioso que a primera vista pudiera parecer, tiene una explicación: simplemente, esos pueblos, estacionados o decadentes, *no podían soportar el peso de la civilización*. Porque la civilización es una carga tanto como un beneficio, y esto es inevitable en un universo gobernado por leyes que decretan que nada puede salir de la nada. La civilización no es una causa, sino un efecto: el efecto de la energía humana sostenida; energía que, a su vez, brota del impulso creador de un germen superior". ("La Rebeldía contra la Civilización", Madrid, 1926, Rev. de Occidente).

Añade el mismo autor: "Todavía más serio es el problema que presentan aquellos otros pueblos, mucho más numerosos, que habiendo traspasado el nivel del salvajismo, se detuvieron en el de la barbarie. Pues éstos, no sólo son incapaces de producir por sí mismos una civilización, sino que además parecen estar, por constitución, materialmente incapacitados para asimilar la civilización ajena. Podrán llegar a adquirir engañosas apariencias de civilización; pero siempre acaban por volver a la barbarie congénita. A estas tribus bárbaras pertenecen muchos de los pueblos de Asia, los indios americanos y negros de África. Esta barbarie congénita ha sido siempre

un peligroso enemigo del progreso. Muchas civilizaciones que prometían fueron destruidas y arruinadas por los bárbaros, incapaces luego de reconstruir lo destruido. Más el progreso de la ciencia ha librado a nuestra civilización del peligro de una conquista armada por las hordas bárbaras; sin embargo, estos pueblos nos amenazan todavía, con la amenaza más sutil de la "penetración pacífica". Por lo general, muy prolíficos, a menudo dotados de extraordinario vigor físico, fácilmente capaces de emigrar, debido a las modernas facilidades del transporte, los pueblos más atrasados del mundo tienden cada vez más a buscar los centros de civilización, atraídos por los altos salarios y las condiciones de vida más fáciles que en ellos prevalecen. El influjo de estos elementos inferiores en las sociedades civilizadas es desastroso." (*Ibidem.*)

Coincide este autor en considerar que uno de los soportes fundamentales del aliento y sostén de una civilización reposa, no tanto en el número cuanto en la calidad de sus "puntales humanos". Vale decir, de sus élites. La destrucción de las élites, es un paso de regresión, es un atentado irremediable en el caminar de los pueblos hacia la cultura, hacia adelante. La civilización o la cultura, por ser una carga, pesado fardo, requiere la conservación de las minorías rectoras. Toda tentativa, toda acción que tienda a eliminarlas o se origina en un resentimiento contra lo mejor, o es una trágica infamia contra la vitalidad histórica de una nación.

La oposición a una cultura puede ser instintiva, inconsciente, y significar una barrera de intolerancia, de inadaptabilidad, de resistencia que opone un grupo humano de diferente calibre histórico; o bien, una consciente ansia de destruirla, de hierirla. Sobre este apasionante tema, así reflexiona Stoddard: "También en este caminar de la civilización caen inmensas masas, multitudes de hombres y pueblos, que van quedando rezagados..." ..."Tales son las filas inferiores, el vasto ejército de los inadaptables e incapaces". A este sujeto incapaz el autor le llama *subhombre* y sostiene, al analizar su inadaptabilidad al orden social que le impone la civilización: "¿Qué concepto tiene el subhombre de la civilización? La civilización le ofrece pocos beneficios y menos esperanzas. Por lo común le depara una subsistencia deficiente y, antes o después, siente por instinto que es un ser fracasado, que las ventajas de la civilización no son para él; y esta civilización que le niega beneficios, no titubea, en cambio, en imponerle cargas. Ya hemos establecido previamente que el peso de la civilización recae, principalmente, sobre el individuo superior. Esto es absolutamente cierto, pues, en proporción, el peso intrínseco que soporta el subhombre es mucho más ligero, a causa de su innata incapacidad.

"La disciplina efectiva del orden social oprime al sub-hombre, le desconcierta y castiga a la vez. Para las naturalezas salvajes, la sociedad es un tormento; el hombre de las cavernas, colocado dentro de la civilización, se encuentra constantemente turbado y como prisionero.

"Todo esto es inevitable. Pero además de estas molestias sociales, el subhombre tiene que sufrir a causa de los individuos colocados en lugar superior, que se aprovechan de su debilidad e incapacidad para explotarle y empujarle a niveles todavía más bajos que aquellos que ocuparía normalmente.

"Por lo tanto, el subhombre se siente desgraciado. Ahora bien: ¿Cuál será su actitud respecto a esta civilización, de la que tan poco tiene que esperar? ¿Cuál será su instintiva posición y descontento? Estos sentimientos, como es natural, varían desde la repugnancia inconsciente hasta la rebelión y el odio apasionado. Y en todo caso no irán únicamente contra las imperfecciones del orden social, sino contra el orden social en sí. Este es el punto, muy rara vez razonado, y todavía menos comprendido. Pero, en realidad, es la médula del asunto. Debemos claramente afirmar que la actitud básica del sub-hombre es una instintiva y natural "rebeldía contra la civilización". La reforma de abusos puede disminuir la importancia del descontento social. También puede disminuir el número de los descontentos, porque los abusos sociales precipitan a los fondos más lejanos a muchas personas cuyo lugar no es éste, personas que serían innatamente capaces de lograr el orden social si hubieran tenido un poco de suerte. Pero si prescindimos de todos estos casos análogos, queda un vasto residuo de inadaptables, humanidad menospreciada, esencialmente incivilizable, incorregible y hostil a la civilización. Toda civilización engendra dentro de sí hordas de salvajes y de bárbaros en sazón para rebelarse, y siempre dispuestos a mutilar y destruir." (*Ob. Cit.*)

La dificultad de defender a la civilización de las acechanzas del resentido y de la natural antipatía de los grupos humanos primitivos, agiganta la labor de las élites americanas; más aún en las regiones donde la demografía favorece al nativo aborigen.

Es evidente que el indio aborigen ha ofrecido permanente indiferencia, cuando no combate franco a la adopción de los modos culturales y civilizadores de Occidente. Lo único que aceptan es la tecnología, que es una manera de utilizar instrumental, pero no valores. El indio no ha podido o no ha querido aprender el idioma europeo, vehículo de comunicación principalísimo. Se ha mantenido aislado. No se ha asimilado al esfuerzo común nacional, o no se lo ha podido asimilar. Vive al lado, en una relación diferente.

El mestizaje de sangre y el americano común no han podido, en la mayoría de los casos, adaptarse a la institucionalidad política. Se ha subvertido y falsificado la esencia de los contenidos culturales del ordenamiento social y republicano que creara Occidente.

VIII

El occidental, cualquiera que sea su nacionalidad y su peculiaridad, tiene perfiles comunes. Uno de ellos, tal vez fundamental, consiste en su concepción de la personalidad.

La influencia cristiana se bifurcó en dos grandes corrientes. La que fué por el Asia Menor y Grecia, llevaba la prédica popular y comunitaria a las grandes multitudes humildes; se basaba en el Evangelio de San Juan, principalmente. Este Juanismo que hiere la sensibilidad del común, con voces y prédicas de redención, cuando llega a los esclavos, encuentra naciones y pueblos que no tienen una concepción arraigada del *Ego*, sino del "nosotros". Son gentes que se caracterizan por su sentido colectivo. El común es lo substancial. Entretanto, la que se dispara a Occidente, desde Roma, convierte y penetra a los pueblos que se mezclan con lo germánico. Este tipo de humanidad (germano-romano) interpreta al cristianismo como un mensaje al *Ego*. Tiene como propio modo de ser el "yo". Son pueblos "singularistas" y por eso no les es extraño el poder captar el carácter de lo personal, de la "personalidad" cristiana, como fruto de una dignidad conferida al hombre.

Para los unos el "yo" es un pecado; en el "nosotros" está el bien, en todos los rasgos de cada ser, se encontrará la urgencia de un confundirse en lo colectivo; para los otros, el *Ego*, es lo básico, lo principal. No se concibe la vida sin propia alma. Cultura y alma que modelan estas influencias, hacen su proeza.

La tendencia individualista romanogermánica, deviene en una gran concepción, tiene su expresión políticosocial más lograda en la revolución liberal, su perfil filosófico-religioso más completo en la concepción de la personalidad humana.

La línea juanista en los eslavoasiáticos de alma común, origina los movimientos de grandes multitudes; cuando logra expresarse en política, le es cómodo retirar de Occidente ciertos pensamientos, tales como el colectivismo, el comunismo. Una de esas elaboraciones, el marxismo, que tiene postura mesiánica, encontró una levadura ya preparada por ese cristianismo primitivo que había penetrado hondamente en el meollo de esos pueblos. El comunismo es un fruto de esa alma y lamentablemente se alentó, y se distorsiona al campo político, al influjo de un excitante extraño, el materialismo dialéctico. Mas, la gran tendencia mesiánica-comunitaria, que encontró su expresión cabal en el juanismo, podría prevalecer un día de días promoviendo una cultura espectacular en esos extraordinarios pueblos.

Queda dicho esto, porque se hace necesario analizar las influencias que ha marcado el cristianismo romanogermánico, traído a las Américas por el conquistador y el inmigrante.

En nuestra América, los pueblos primitivos, no tenían ni tienen sentido egotista. No conocen el *Ego*. Su origen histórico, su manera de ser, experiencia y forma de vida, están entroncadas con la percepción del "nosotros", del "todos", antes que del "yo" o de la persona. Su modo es anónimo, colectivo, multitudinario. Son antes que nada, conjunto, gleba, agrupación, pluralidad. Lo singular, lo unipersonal, lo unitario, no tiene significación; lo múltiple, lo comunal, sí lo

tiene. Es por esto importante ver cuáles son las grandes influencias que pueden hacer aparecer, marcar mejor dichos rasgos o bien oponerse a ellos y originar sordas oposiciones.

La resistencia a lo occidental, a lo personal, a lo espiritual en cuanto valor unitario, proviene porque carece de sentido, no imprime ninguna reacción anímica a su sensibilidad, ni menos norma su conducta.

El *ethos* autóctono tribal, es de suma antes que de unidad aislada. Es cordillera, es selva, añadido que se esfuma en la montonera. Su sentido espacial, atemporal, plural, se torna mudo cuando se aísla de su seno nacional o tribal. Por eso se dice: "el indio"; no éste o aquel indio. Es fácil de ser conducido en corporación; difícil, huidizo para aprehender lo individual o para arriesgar la aventura personal. Su proyección, más que egotista es extensa, de conjunto. Su presencia en la Historia es igual, troperil, numerosa. ¡Ayllu, "pequeño universo"!

"El sentido doméstico del ayllu -dice Urial García- crea el gobierno paternal y despótico de los incas. El incanato es la "gran familia", y dentro de esta denominación genérica, los que son padres, primos, sobrinos, cuñados, etc. La moral doméstica del ayllu vino a ser la moral paradigmática de las relaciones humanas en general. La moral incaica es moral de familia".

Esta forma de ser del indio, cobra más importancia cuando se relaciona con el suelo: "La técnica familiar aplicada a la tierra de labranza produjo el comunismo. No existiendo la voluntad persona, sino una solidaridad colectiva, que equivale también a una igualdad de intereses entre los componentes del ayllu, no pudo surgir el deseo de propiedad individual. Así la tierra debe distribuirse entre todos los componentes de la gran familia, simplemente para su explotación. Es el comunismo de las hormigas, del mero instinto de fraternidad primitiva, claro está, fresca y vigorosa como todo lo primitivo." (U. GARCÍA: *Ob. cit.*).

Pareciera vacía de toda autenticidad la pretensión de promover experimentos políticos con el indio, si es que antes no se ha tomado el cuidado de estudiar ciertos perfiles que le son propios. El pretender hacer un "propietario", con sentido individual o personal, de un ser que no tiene tradición de esa forma, que no se asimila con ese modo, significaría sacarlo de sus cauces hondos, para verterlo en el artificio. Sería mejor, más propio, darle acceso a la tierra dentro de un plano más fidedigno: colectivo, comunitario, cooperativo, como un proceso de síntesis de las influencias y de los factores de intimidad, que accionan en la vida indígena.

Cuando el indio adopta a medias las formas exteriores del cristianismo, no asimila su mensaje personalista de tipo romanogermánico. Su acción -si la tiene-, su apelación, siempre es común, de todos.

Es proclive, por esto, a cualquier requisitoria social o política -sin entenderla, pero sí intuyéndola- que lo lleve a formas comunitarias, de colectivismo. Podría ser, como el eslavoasiático, más inclinado a entender el cristianismo primitivo, que mueve contingentes humanos despersonalizados, anónimos. El indio autóctono podría, por esto mismo, aceptar con más autenticidad que al cristianismo occidental, a lo que Toynbee califica como su deformación cultural o sea el a comunismo marxista.

El marxismo, que tampoco será razón o entendimiento, conciencia, en el indio, le puede conducir más fácilmente hacia sus auténticas fuentes que son colectivistas, anónimas, serviles y comunitarias o, si se quiere, comunistas, no sólo en sentido marxista, sino en el propio y radical del indio.

El indio nativo si tiene no entiende la "personalidad". Es un ser pagano en esencia; múltiple y individualista. Su concepción de la propiedad no puede nunca estar adecuada a la del derecho europeo ni -esto es lo significativo- su "dignidad" puesta en razón de persona, sino en razón de comunidad.

Esta variante de las rutas cristianas, deja percibir con mayor claridad el *sustractum* del indio nuevo, del americano descendiente espiritual o sanguíneo del europeo, que encuentra beligerancia, oposición y percepción fenoménica diferente en el indio aborígen heredero del primigenio poblador del ano Continente.

De ahí por qué se nota ahora una fácil asimilación con la postulación marxista y puede entrever se la posibilidad en el futuro, próximo o lejano, de un proceso evolutivo hacia el juanismo.

El indio americano es levadura que puede originar una fuerte reacción a la vigencia del "nuevo indio", nuevo hijo de América. Puede ser arrojado a luchas sociales o guerras internas, promoviendo la ebullición de su espíritu en una confusa niebla de vapores colectivistas, en una reacción anticatólica, o anticristiana, porque se le puede cambiar de uno a otro recipiente fácilmente, por su sentido de "masa", más cómodo que el de pueblo o "persona". El masificarlo, que es una forma de degradarlo, de sacarlo de su esencia popular, de su condición común, terminaría por quebrarle su cardinal razón de ser (el ser hombre pleno), para *amalgamarlo*, para liquidarlo en una forma moderna, inocua, terrible, apersonal y acéfala. La masa es cualquier cosa; puede haber masas de alemanes, de indios bolivianos, o de rusos. Todas son iguales, desespiritualizadas, sin "alma popular", sin destino y con tendencia a ser manejables por pequeños núcleos de caciques políticos o por partidos que se asignen el derecho de "salvarlas".

Esta manera de apreciar las cosas se me imaginó al leer las consideraciones sobre Rusia y sobre los prototipos modernos de la Historia que desarrollan, por supuesto aisladamente, y sin contacto, Oswald Spengler y Walter Schobart.

Los análisis de ambos van en direcciones muy propias y pretenden hacer estudio de ciertos pueblos. Creo acertadísima el criterio de Schobart sobre la posibilidad de que el juanismo cobre sus derechos, una vez concluida la incrustación de un pensamiento transitorio y falsificado como es el materialismo bolchevique. "La misión de Rusia consiste en devolver a la humanidad esta alma. Rusia posee exactamente estas fuerzas espirituales que Europa ha perdido o destruido. Rusia es una parte de Asia, y al mismo tiempo es un miembro de la comunidad cristiana de naciones. Es una parte cristiana de Asia. En esto radica la peculiaridad específica de Rusia y la singularidad de su misión. La India y la China están separadas del hombre occidental; Rusia, es accesible por las costumbres y lazos de la común religión cristiana. Solamente Rusia puede espiritualizar una Humanidad que está sumergida en la ciénaga de las cosas materiales y corrompida por la codicia de poder; y esto, *a pesar de la agonía bolchevique que Rusia está sufriendo en la época presente. Los horrores del régimen comunista pasarán, como también pasó la tiranía de los tártaros*, y el viejo adagio "ex oriente lux" valdrá de nuevo. Con esto yo no quiero decir que las naciones de Europa perderán su importancia; perderán únicamente su rectorado espiritual." (W. SCHOBART: Citado por P. A. Sorokin en su obra: *Las Filosofías Sociales de Nuestra Época de Crisis.*)

También en América, en distintos estratos, hay influencia decisiva del cristianismo. Podemos asegurar que es cristiana; pero existe otra fuente originaria, influída por el cristianismo, pero no definitivamente ganada por él; sugestionable a incitaciones y herejías, como el bolcheviquismo. Es precisamente en estos modos religioso-políticos que se sumergirá América. El alma americana saldrá de todo esto con desgarramientos, como las del alma rusa que anota el filósofo; pero no dejará de plantear definiciones claras. El americano, hijo de Europa, hecho indio nuevo, tiene su faena; el indio nativo, con su fisonomía peculiar y un tanto difusa, pues nadie quiere sacarle el alma a la intemperie, podría ofrecer, dentro de la mecánica misteriosa de los tiempos, alguna forma de apoyo para la evolución o el nacimiento de un auténtico Nuevo Mundo.

Estamos ante una crisis radical. Vamos camino de cambios y de insospechadas proezas histórico-culturales. Ya se anuncia la conquista del espacio sideral y de ilimitadas regiones. No debiéramos quedarnos sumidos en la dimensión de un punto de vista "localista", de la pequeña historia.

Es posible que con la exploración del espacio y con la tecnología moderna, lleguemos a una revisión total de los valores que informan las culturas. La moral, la ética, la estética, pueden sufrir cambios fundamentales, con toda la axiología, pero en medio de todo siempre estará la Idea de Dios.

Capítulo IV

FORMAS DE VIDA

I

Desde la época virreinal ya se había formado un tipo humano, acomodado e independiente, que constituyó el criollismo ilustrado.

Estas gentes desplazadas del dominio político alimentaron las ideas libertarias y fueron el nervio y motor de la independencia; explotaron diestramente el malestar social, empujando la revolución con espíritu popular y movilizándolo las emociones multitudinarias, aunque en realidad el pueblo no entendía bien el anhelo ni la razón nacional.

En aquella época todo giraba ciertamente en torno a una producción en pequeña escala; pero ésta dotaba a sus poseedores de la holgura suficiente para que pudieran alentar la lucha por la libertad de la metrópoli y, luego, sentirla como una necesidad.

El criollismo ilustrado del siglo XIX estaba constituido por una minoría preferentemente campesina, o que por lo menos dependía del campo, aunque muchos de ellos radicaran en las ciudades, donde una vida sencilla atenazaba el deseo de otras emociones. Las ideas republicanas, los derechos del hombre y los conceptos de libertad iban cobrando cada vez más fuerza en las mentes criollas. Rousseau y los enciclopedistas las nutrían. Y así iba germinando la semilla de la rebelión.

Una agitación que resaltaba los sistemas opresivos, hizo impacto en el común. Si a eso sumamos las influencias disimuladas de británicos y franceses, que deseaban sustituir el tutelaje económico de España, nos explicaremos mejor cómo surgió la fiera lucha.

Había también criollos urbanos, empobrecidos y sin rentas, que aspiraban al puesto público para asegurar su vida. Este núcleo parasitario sería más tarde el que haga la prédica resentida y formule la interpretación acomodaticia de las ideas.

En realidad la historia de estos grupos ilustrados será también la de los grandes sucesos políticos e institucionales de Bolivia. La Historia nacional será el resultado de las rivalidades y enconos de estos sectores minoritarios. El pueblo asistirá a estas luchas unas veces como espectador y otras como actor, dividiéndose, a su vez. Si alguna vez logra imponer su propia índole, su propio caudillo o gobierno, lo hará en forma inorgánica, salida de toda norma o doctrina. Es decir irrumpiendo torrencialmente y engendrando la tiranía, no por transitoria, menos temible.

Con rara excepción la política se ha hecho con prescindencia de las mayorías, conjunto analfabeto e indiferente. La minoría ilustrada, siempre dividida, fluctuó entre el apoyo castrense y el multitudinario.

Tarde, mucho más tarde, apareció la influencia de los financieros modernos. Aunque existía subyacente el tutelaje económico europeo.

Esta segregación jamás se perdió y se mantiene aún en nuestros días y sus caudillos realizaron unas veces política retrógrada y reaccionaria y otras plantearon sistemas realistas y constructivos. Los caudillos de plebe lo serán más bien por razón de estirpe espiritual y harán del gobierno un medio de satisfacer apetitos, antes que el esfuerzo constante para estructurar un orden y un progreso. Llevarán nada más que "el sello de la vida autóctona".

La minoría ilustrada originó movimientos como el "rojismo" de Linares, que tiene sus raíces en la Colonia misma; generó también el movimiento conservador y más tarde impulsó la corriente del liberalismo. Luego, en este siglo, surgirán de ella otros impulsos políticos de tipo idealista o demagógico. Las antinomias surgidas en su seno no son otra cosa que la contradicción doctrinaria o personal, en la disputa del poder.

En el fondo de todo esto primará el espíritu de acción sobre el de meditación, imponiéndose el político que esté dotado de astucia y nada más que una semicultura. El intelectual, el letrado tomará parte del gabinete gris, del consejo de las sombras, pero difícilmente irrumpirá en la primera plana; sabrá empujar a las figuras de su preferencia.

En esta casta ilustrada hay una tendencia evidente hacia el vivir orgánico, para disfrutar de un ordenamiento; de ahí que su principal afán sea el organizador. Pese a todos sus vicios, es obra de ella todo lo que existe en el país desde el punto de vista institucional, jurídico, administrativo, económico, educacional y sanitario.

Entretanto, en la plebe obran ciertas formas mentales, originadas en tendencias íntimas y primigenias, con todo el vigor de lo ancestral y de la costumbre, que conducen a un modo irreductible de inorganicidad: transgresión de la obligación legal, destrucción de la disciplina y el orden. Si se analiza con detención se verá por qué las dos terceras partes de nuestra historia republicana son anárquicas.

Hasta la Guerra del Pacífico, el dintorno boliviano es más una idea que una realidad. La pervivencia nacional, con sentido de personalidad estatal y de límite, es sólo atribuible a la minoría culta; esta conciencia toma raíz colectiva debido al desastre de 1879. Esta hazañosa empresa, este bregar continuo contra el ambiente, para permitir la existencia de Bolivia, es la obra indisputable del criollismo ilustrado.

II

En Bolivia no se ha intentado una nueva forma, un nuevo estilo, una nueva pedagogía deja vida y, por ello, si queremos entender su modo histórico, debiéramos comenzar por atender las expresiones de su espíritu y el sentido de su acaecer.

Nadie puede ignorar, y menos es nuestra intención hacerlo, la importancia que tiene el factor económico; empero, consideramos que la historia de un pueblo está compuesta de elementos que se entre cruzan y que no se le puede dar el trato unilateral ni la interpretación dogmática.

Se mira el problema económico como si fuera un hecho de factura determinante y absoluto y se pretende ensayar sobre él con nuevas formas y perspectivas. Las corrientes socialistas, nacionalistas o comunistas tienen sus ideas y sus fórmulas sobre la "realidad boliviana"; lo grave radica en que la creencia de esta prédica, adosada en forma de propaganda más que en ideario político, pospone el tema espiritual, el que se refiere a la fe, a la creencia, a la conducta y al ánimo de la gente.

La vida nacional tiene en lo político su módulo actuante, y todo se va contrayendo o dilatando hacia este molde, pero hay influencias que penetran y activan o deforman este modo boliviano. Así, la religiosidad crea una disposición de fe que luego se vacía en el caudillismo.

Don Miguel de Unamuno dice: "La fe más robusta, en cuanto distinta de otro conocimiento que no sea "pístico" o de fe fiel, como si dijéramos, se basa en incertidumbre. Y es porque la fe es la garantía de lo que se espera, es, más que la adhesión racional a un principio teórico, confianza en la persona que nos asegura algo, creemos en alguien que nos promete o asegura esto o lo otro. Se cree a una persona y a Dios en cuanto personalización del Universo". (*Sentimiento trágico de la vida.*)

Esta tendencia a tener fe a través de una persona, es una de las modalidades de nuestra conciencia popular. De ahí que el pueblo boliviano -digamos los pueblos sudamericanos- tenga la tendencia a buscar el magnetismo caudillesco.

En nuestro medio esta manera de compenetrarse lo religioso con lo político tiene sorprendentes resultados. A Belzu, caudillo plebeyo, se llegó a darle la categoría de milagrero y se creía en la posibilidad de su resurrección. Arguedas relata este pintoresco episodio: "El entierro fué solemne y nunca se vió tanta concurrencia acompañando los despojos del caudillo. En el

cementerio se pronunciaron infinidad de discursos en que, audazmente, se condenaron los actos del usurpador. Culminó en delirio el duelo de la muchedumbre en el gesto de un fanático que, cogiendo la mano del cadáver, bendijo con ella a la turba entre la que no faltaban convencidos que creían ciegamente que Belzu, cual Cristo, había de resucitar en breve". (*Historia de Bolivia*).

Este hecho, mezcla de superstición y fervor político, es posible imputarlo a la convivencia multiseccular con el indio. Éste tiene una fe objetiva y simple, atribuyendo cualquier malo bien a influencias celestes, a santos o demonios. Además, el prestigio deico de la teocracia incaica marcó una influencia ciertamente divina en el poder y la autoridad. Por eso no es de extrañar que hoy día se hagan presentes en nuestra política las brujerías y los duendes, las influencias del otro mundo y los aquelarres.

El caudillo viene a ser pues la personalización de una fe. Cuando se aliente una esperanza o se espere algo, no serán precisamente los postulados de una doctrina los que brinden las soluciones; será, más bien, la carne y hueso del conductor. Este carácter emocional que singulariza la fe en nuestro pueblo, no es otra cosa que un afán de antropomorfizar al Universo y a la divinidad.

Filósofos y, más tarde, sociólogos, han tratado de explicar este fenómeno humano. Así desde Platón, como lo afirma Unamuno: "cuando se intenta sustantivar las ideas, exteriorizarlas y darles valor objetivo y trascendente en quien radiquen y que las conciba. La doctrina de los arquetipos o ideas preexistentes a los fenómenos tiene que concluir en una mente divina, en un espíritu infinito y eterno, que de una manera u otra les ha dado origen". Más adelante añade: "Se me dirá que aún siendo cierto que sean los hombres los que rigen el mundo y propulsan el progreso del género humano, lo hacen con sus ideas y movidos por ellas. Pero aquí entra otra consideración, cual es la de la enorme diferencia que va de eso que se llama comúnmente una idea, de lo que cabe estampar en el papel y sugerir a otro a distancia, y la idea que vive y radica en una mente humana, inseparable de ella, no comprensible en su integridad, sino en esa mente, y la mente a su vez imposible, no siendo en el individuo tal, en Fulano o Zutano, con su cuerpo, su sangre y su vida. Nos son más conocidos, mucho más conocidos los hombres que las ideas, y por eso nos fijamos más en aquéllos que en éstas". (*Sobre el fulanismo*, Ensayos, p. 433.)

Hay así una marcada tendencia en los pueblos por creer más en un sujeto que en una idea; salvo que las ideas sean simples y provengan de hombres que puedan suministrarlas a las masas y que toquen sus timbres emocionales en grado superlativo, al extremo de que sean aceptadas sin beneficio de inventario.

Tal es el caso de las llamadas "reformas". Cuando se promete repartija, cuando se habla de igualdad absoluta vale la pena recordar esta anécdota orteguiana: "En los comienzos de la Revolución francesa una carbonera decía a una marquesa: "-Señora, ahora las cosas van a andar al revés: yo iré en la silla de manos y la señora llevará el carbón". Un abogadete resentido de los que hostigaban al pueblo hacia la revolución hubiera corregido: "-No, ciudadana, ahora vamos a ser todos carboneros".

Bien vista la situación, nos podemos percatar que los pueblos aceptan algunas ideas, pero éstas tienden a ser casi un hecho tan objetivo como un hombre. Por eso, cuando una clase de mandatarios se da a la tarea de excitar los sentimientos populares, mantenidos en un "séptimo velo" para ponerlos en trance de seguir una bandera, no es más que una modalidad que denota carencia de sugestión humana. Es decir que a falta de las *pathias* favorables que poseen los caudillos, los mandatarios en ejercicio tratan de abrir las esclusas de la emoción y de las pasiones, en procura de una fe, que por ser fe muerta es peligrosa.

El agitador, ahora en auge, tipo de perverso político que a sabiendas miente a sus adeptos, difiere del caudillo. El uno hurga los apetitos y estimula los odios. El otro ofrece fe. Crea un estado de confianza en su persona; sin banderas principistas ni programas llega a imponerse. En el otro se da más un hecho negativo. Cuando el caudillo reúne la característica del agitador resentido, se crea una situación verdaderamente explosiva.

Los pueblos, y más que ninguno el nuestro, necesitan fe. Mas, cuando por encima de ella se fracturan sus esperanzas y se quiebra esa fe, se origina una baja de su pulso vital.

III

La oposición entre el estadista y el politiquero, entre el culto y el sicofante, la sorda lucha entre el orden y la anarquía, no son sino el choque entre mundo y provincia. Existen, claro está, excepciones rigurosas; una generalización no siempre es apta para hacer distingos. Habrá gente que quede espumada. De todos modos, las diferenciaciones fluyen de sí mismas.

Hemos querido afirmar que la lucha es entre mundo y provincia, puesto que la pugnacidad ciudad-gleba constituye un hecho que se da más en las naciones costeras que en las interiores, o que tiene otros caracteres, como ya se ha visto.

El tipo de afincado en los valles o llanos bolivianos ha sido un hombre libre. Su criterio político ha sido de más altos quilates generalmente que el del hombre urbano, el cual, aplastado por la, fatiga económica, se ha tornado en presupuestivoro, dispuesto a seguir a quien le ofrezca situaciones.

Los caudillos natos en las grandes o pequeñas aldeas bolivianas del pasado siglo -hay que subrayar que desde la Capital hasta los más grandes poblados no eran otra cosa que aldeas- fueron precisamente los de tipo más vital. Las figuras surgidas de las solariegas casas campesinas -no había industria de tipo urbano- tenían el sello común de nobleza en sus ideales, altura en sus miras y alto vuelo político.

Lo provinciano entonces no es un producto de la circunscripción administrativa, la provincia. Es más bien un fermento nacional que originado en el pueblo, en el villorrio, salta a la ciudad para formalizar la lucha entre la norma patricia y el estilo plebeyo.

Hoy este prototipo del siglo XIX es anacrónico. Es necesario, con todo, delinear *sus* perfiles, para hacer más comprensible su faena. (Hoy es más vigente el hombre de clase media, que vive de la explotación del comercio, la industria y las profesiones, o el demagogo sindical).

De ahí que hubieran aparecido los caudillos surgidos del campo y que, paradójicamente, sean menos provincianos. Éstos fueron de la estirpe que pintaban los Minensinger, los trovadores de gesta, con sus caballerías y sus cosas de honor. Los otros, en su mayoría, más bien podrían ser comparados a los personajes que describe esa literatura llana, con rencor por lo que destaca, con amargura a la vista de la excelencia, malignos contra lo superior.

El caudillo rural es el que surge de la conciencia de una región .de afincados. Ciertamente fueron feudales, antes que otra cosa por el espíritu de su tiempo, porque toda la América era feudal.

Inquietos, por la profundidad de su fuerza vital, por su sangre activa, no quedaron contentos con la labranza y la recolección, sino que también entre ellos se dieron lanzasos con gran estrépito y apresto heroico. De ahí surgió la nítida y clara corriente idealista, porque estos políticos tenían el sello del quijotismo. Abarrotaban su mente en espléndidas y selectas bibliotecas y salían gallardos a alinear por tal o cual principio. Fueron en verdad caudillos con ideas y la cantera de los que deseaban dentro de un criterio humanista y cristiano, salir del sistema económico feudal.

VI

Las casas solariegas en el siglo XIX cobijaron siempre corazones recios y voluntades dispuestas a defender las instituciones y reclamar el orden, la legalidad y la disciplina. Ahí se generará la lucha contra la anarquía y contra el plebeísmo organizado en rencorosas hordas.

Contra ellas se estrellará Belzu, con su ramplante demagogia de bandolero.

El hombre representativo del señorío rural podría ser calificado como un vital culto. El otro es ignaro y semianalfabeto. Más que por el impulso se diferenciarán por el carácter y la forma de apreciar los valores. Generosidad y resentimiento. He ahí la síntesis de ambos dos.

Es verdad que van desapareciendo ahora de los campos y las ciudades estas humanas esencias, estoicas y magníficas, donde se están entronizando el modo burgués, y el negativo estilo del agitador nihilista.

El caudillo bandido se incuba en el resentimiento. Atrabiliario, gozará del poder como un sátrapa. Engendrará tiranías, se impondrá por el terror, oprimirá a su comunidad. Regodeará con la adulación servil, con la sumisión absoluta y la exaltación permanente de su persona. Este producto, surgido de la inmensa capa de analfabetismo y, consecuentemente, del indiferentismo del pueblo por sus instituciones, a las cuales apenas conoce o comprende, será aceptado por esta masa, como una especie de hecho natural, habitual.

Este personaje es la resaca de los grandes acontecimientos de nuestra patria. Aparece antes o después de ciertos ciclos históricos, anunciando el principio o el fin de algo, como esa fauna que vive de la carroña. Y aparece circunstancialmente porque en Bolivia todo sigue mostrenco e impregnado de barbarie.

El valor que es una virtud, no se da en esta gente. Será, más bien, la felina fiereza, el vórtice de pasiones vulgares y atenaceantes, como impulso incontenible, que le impela. Su desvío por el mal, por el crimen y la violencia acerca a este tipo al *fatum* de la tragedia y lo pone, paralelamente, entre las figuras de farsa saturnal. Demasiado vulgar para ser satánico, demasiado fiera para ser humano. Deja en nuestra historia nada más que un pastoso sabor a sangre.

Así pues, es preciso diferenciar entre lo propio de América, lo peculiar de Bolivia y lo que ha sido adquirido, para comprender la mecánica de la lucha entre dos tendencias. Una arranca de la médula misma de lo vernáculo y otra es un afán constructivo del grupo ilustrado. Gran parte de estos fenómenos provienen de la falta de una educación tenaz y bien orientada.

V

El grupo ilustrado de Bolivia, permanentemente ha tenido contradicciones en su seno y lejos de ponerse de acuerdo en unas cuantas verdades comunes, se ha distinguido por su pugnacidad.

Tiene, en buena cuenta, mucha responsabilidad en la involución de nuestra historia.

Liquidada la Guerra del Pacífico, en términos de solución política, luego del gobierno de Campero, se estableció lo viejo y caduco. Frente a una oligarquía de raíces secas no pudo prosperar una democracia sana y robusta. Ni el pueblo ni sus clases directoras estaban preparados para esa extraordinaria forma de gobierno, porque, como dice Cicerón, la democracia es sólo buena para los pueblos virtuosos. Y el nuestro distaba mucho de serlo, puesto que se encontraba abandonado al vicio y la concupiscencia por el caudillaje y el desenfreno político.

La oligarquía boliviana advino con lanza y escudo propios por medio de los Constitucionales. Sus hombres exaltaron desde el llano las virtudes de la democracia y el respeto al derecho, pero introdujeron el famoso sistema del "cheque contra el billete" y conculcaron la ley.

Si hay algo que marcar de este tiempo es pues la aparición en la escena nacional del poder del dinero, que ulteriormente influyó en forma casi incontrarrestable en la política interna.

Belzu creó verdaderos especialistas en elecciones. Este arte, trocado en profesión, fué usado por los Constitucionales lo que determinó una corrupción, que se extendió más tarde hasta límites insospechados, en los procedimientos electorales.

De este modo la composición de parlamentos y otros poderes públicos, desde entonces solamente ha reflejado los instintos del gobierno prevaleciente. Tal vez lo más grave de todo esto consista en la ausencia de justicia, que siempre ha sido puesta al servicio del interés partidario o presidencial, corroyendo, en esta forma, la convivencia social.

Si con los conservadores aparece la sutil influencia del dinero, también es evidente que pese a los vicios y defectos del sistema, ellos tenían algo que podía ser comparado con los antiguos romanos, Atico, Lúculo o Craso. Es decir, llevaban anexo al dinero, el sino de aventura y riesgo, que los hace notables. Ante todo, construirán.

Si el sistema se extiende, la actitud, la personalidad del hombre no se prolonga. Este tipo de oligarca, que vacía su energía en Bolivia, no se repite, salvo excepciones muy contadas.

Un espíritu lozano y joven se opondrá a los dos tipos de reacción: el oligárquico y el demagógico, por intermedio de una fracción de la minoría ilustrada, atenta y vigilante a las causas nobles. Lejos de la adulación a las masas o a los afortunados, sin el poder que confiere el dinero, ni buscando el halo populachero fácil de ganar, irá con el *festina lente* (apresúrate lentamente) de Augusto, procurando orientar la vida republicana del país y tornándose en un atento sector que defenderá a la nacionalidad de la entrega territorial o económica.

IV

Tanto la oligarquía conservadora como el pujante liberalismo, que le hacía oposición, tenían un común señuelo: ferrocarriles. Fué una generación entusiasmada con la tracción a vapor que menospreció las carreteras. Es evidente que, para esa época, era revolucionario sustituir la tracción de sangre por la de vapor ya que aún no habían aparecido los motores a explosión. Además, en el mundo se resolvían los problemas económicos dentro de la plenitud de la libre empresa.

Sin embargo, hoy que ha variado y progresado la técnica del transporte, se mantiene este viejo espejismo por el riel. Los ferrocarriles constituyen monopolio de empresa privada o fiscal, lo cual grava y dificulta la normal y fluida circulación de la riqueza producida en un país. Los caminos, infortunadamente, llegaron tarde o están por llegar después que los ferrocarriles monopolizaron el transporte nacional por más de setenta años.

La vía férrea no solamente fué amarrando al país en una de sus más importantes fuentes económicas, sino que irrazonablemente benefició unas regiones en detrimento de otras, porque es axiomático que no hay ferrocarriles de fomento. Ellos son construidos donde ya existe economía o riqueza. Se instalan solamente para sacar algo. Por otra parte, siendo inversiones costosas, una nación como Bolivia tuvo que hipotecarse al extranjero, perdiendo el derecho de compartir el transporte.

Tanto los constitucionales, como más tarde los liberales y los gobiernos que les sigan, construirán ferrocarriles que pasarán en su recorrido por grandes desiertos, porque no habrá otro interés que el de extraer minerales.

.Este criterio ha ocasionado un dislocamiento grave en el país. Santa Cruz de la Sierra, tenía florecientes industrias de suelas, azúcar en hormas, cacao y chocolate y ganadería; ellas fueron cediendo terreno a los mismos productos que eran importados del extranjero y cuyo costo, presentación, envase -tal el caso del azúcar- determinaron el desplazamiento del producto nacional. En esa forma se fué anquilosando la iniciativa, el progreso y la economía de vastas extensiones. Bolivia se convirtió en dependiente de la importación. Desde hace unas décadas se procura volver a la antigua base económica nacional de autoabastecimiento de una serie de productos que el ferrocarril aventó.

Ciudades como Sucre y Tarija, al margen de estos ferrocarriles, se fueron agostando. Cambiado el eje de la economía de transporte, la producción de trigo, hortalizas, vinos, licores y aún fruta misma de los valles sureños, también fué cediendo ante la importación de similares que se compraban fuera de la República.

Hubo pues, solamente una visión parcial. Allí donde no había minerales, no interesaba nada. Esta paralogización unas veces inocente y otras intencionada que sufrió nuestra clase dirigente, por más de tres cuartos de siglo, nos ha dejado un saldo dramático y nos ha hecho más fácil presa de una economía de explotación.

Bolivia disponía antes de una economía más equilibrada, aunque de una finanza más pobre. Actualmente ocurre a la inversa: tenemos una finanza hipertrofiada, pero una economía anémica y dependiente. Ahora que estamos en la quiebra, deseamos volver a nuestros propios recursos y crear un abastecimiento racional de subsistencias, de las que siempre ha sido pródigo nuestro suelo.

Ha habido descuido de una economía rural para incremento de la minería; pero tampoco se pretende insinuar que Bolivia no explote sus minas. Nada de ello. Lo que el país requiere es una economía combinada e integral: laboreo minero y faena agropecuaria, con la consecuente actividad fabril, y desarrollo de las fuentes de energía.

La política de autoabastecimiento de artículos esenciales y la diversificación de la economía del país es pues una fórmula nacional que se viene insinuando desde tiempo atrás. Su paternidad es generacional.

Urge impulsar la economía integral del país, sintetizada, por ahora, en producción creciente y múltiple y que tienda a elevar el consumo y el nivel de vida de su poblador.

Capítulo V

EL RESENTIMIENTO EN NUESTRA HISTORIA

I

Max Scheler al criticar y replantear los problemas que Nietzsche abordó en torno al resentimiento cristiano, amplía más el horizonte del apasionante tema. José Ortega y Gasset, Gustavo Le Bon y las actuales corrientes de la psicología social acentúan este interés, y los modernos enfoques de la historia ya no pueden prescindir de señalar este fenómeno, clave y explicación de muchos hechos.

El resentimiento se nutre de una forma de moral, porque hay varias morales y éstas se sustituyen y plantean su pervivencia o transitoriedad, en torno a la estimativa de los valores.

La moral cristiana, por ejemplo, para Nietzsche era una "moral de esclavos", y su resorte íntimo el resentimiento. Claro está que su interpretación tomó el rumbo equivocado. Scheler lo deja perfectamente demostrado en su "Resentimiento en la moral" (Rev. de Occidente, 1927), porque el cristianismo es la más generosa forma de amor elaborada por la especie humana. Aunque Nietzsche sostenga que "la idea del amor cristiano es la más fina flor del resentimiento", lo hace sobre la incorrecta apreciación que le atribuye a la transformación que sufre la idea de amor, desde la antigüedad hasta el cristianismo.

En efecto, el significado de amor, para griegos y romanos, con relación al valor axiológico, se caracteriza: a) por una subalternización del amor a lo racional, dentro de lo moral, a normas lógicas, a la justicia, a la ley, y b) el amor pertenece a la esfera de lo sensible. El amor es en consecuencia un apetito de seres no perfectos. Platón ya lo dijo: "si fuéramos dioses no amaríamos".

El amor antiguo es una "aspiración", un impulso que lleva lo inferior hacia lo superior, lo imperfecto a lo perfecto. Esta propensión a la perfectibilidad es un camino hacia lo divino, una *origheada*, una *epiesda* como lo afirma Aristóteles, una atracción hacia el primer motor, hacia Dios.

El amor cristiano, tiene una concepción opuesta; radica precisamente en una idea contraria. Lo noble, lo puro, lo perfecto desciende hacia lo innoble e imperfecto: el rico acude en socorro del pobre, el bueno tiende la mano al malo y al vulgar, "el Mesías a los publicanos y pecadores". Esto sin la angustia y temor antiguos, a volverse uno mismo innoble, sino con la convicción piadosa de conseguir lo más alto en la realización de este acto de "humillación", en este rebajarse, perderse a sí mismo, con la convicción de hacerse igual a Dios" (Ob. cit., p. 89).

El amor cristiano es una intención que quiebra los impulsos naturales. Tiene un carácter sobrenatural; es esencialmente espiritual y no originario de la sensibilidad. Coloca al hombre en "un estado vital enteramente nuevo". Supera el odio a los enemigos, la venganza, "la compensación" (SCHELER: *Formas de la Simpatía*, Rev: Occidente).

Nada existe en este tipo de amor que pudiera llamarse resentimiento. Este espíritu de sacrificio nada tiene que ver con quien lo simula, pues es la íntima intención lo que le caracteriza y no el gesto. Será culpable y de culpa capital quien no ame. El amor está así por encima de la razón y de sus valores.

"El amor nos hace más bienaventurados que toda razón", decía San Agustín.

Donde Nietzsche argumenta más vigorosamente es cuando formula la profunda afirmación de que el resentimiento es la fuente de los juicios morales del valor. Lo hace desde una posición escéptica en ética, y con olvido de que la auténtica moral se basa en la eterna jerarquía de valores.

Nietzsche usa el término francés "ressentiment", que Scheler lo estudia como una unidad de vivencia y acción.

"Usamos la palabra resentimiento -dice Scheler- no por una especial predilección por la lengua francesa, sino porque no es dado traducirla al alemán. Además, ha sido convertida por Nietzsche en un término técnico. En la significación francesa de la palabra, hallo dos elementos. El primero es que en el resentimiento se trata de una determinada reacción emocional (frente a otro), reacción que sobrevive y revive repetidamente, con la cual ahonda y penetra cada vez más en el centro de la personalidad, al par que se va alejando de la zona expresiva y activa de la persona. Este continuo revivir y sobrevivir de la emoción es muy distinto de un recuerdo meramente intelectual de ella y de los procesos a que "respondió". Es un volver a vivir la emoción misma, a volver a sentir, un resentir. En segundo lugar, la palabra implica que la cualidad de esta emoción es negativa, esto es, expresa un movimiento de hostilidad. Quizá la palabra rencor fuera la más apropiada para indicar este elemento fundamental de la significación. El "rencor" es en efecto un enojo retenido, independiente de la actividad del yo, que cruza oscuro el alma y acaba formándose cuando los sentimientos de odio u otras emociones hostiles reviven repetidamente; no contiene todavía ningún designio hostil determinado, pero nutre con su sangre todos los designios posibles de esta clase." (*Ob. cit.*)

En esta forma Scheler se introduce en la tesis nietzscheana, para impugnar la afirmación que imputa en forma injusta, un origen resentido al amor cristiano.

Es útil el criterio de Nietzsche porque nos orienta sobre la forma de apreciación de los valores. Así vemos como esta conversión, esa distinta forma de apreciar los valores, desde un enfoque también distinto del amor, conduce a una mutación del sentido de lo bueno.

Para el antiguo "bueno" era el hombre rico, noble, valiente, fuerte, vengativo. Con el cristianismo hombre bueno es el que "ama a su prójimo como a sí mismo", el que hace el bien sin distingos jerárquicos, el caritativo. La prédica de Jesús anula el apetito de venganza y establece, el perdón: "Sabéis que se ha dicho ojo por ojo y diente por diente. Yo os digo, si alguien os pega en la mejilla derecha, presentadle la izquierda. También se ha dicho, amaréis al prójimo y odiaréis a vuestro enemigo. Yo os digo, amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os aborrecen, rogad por los que os persiguen, a fin de ser hijos de vuestro Padre que está en el cielo, que hace brillar su sol para los buenos y para los " malos y llover sobre los justos y los injustos".

Esta prédica, que es fuente de una nueva concepción del amor, que derrumba una escala de valores al imponer una nueva moral, no está preñada de resentimiento como la ve Nietzsche, el que inspirado en su notable tesis, confunde al resentimiento en la moral, creador de valores nuevos, con la distinta concepción del amor antiguo y del amor cristiano.

No es pues, en la "caritas" cristiana que se opone a la antigua doctrina de la venganza, donde radica uno de los resortes del resentimiento.

"Y la importancia que no paga va a convertirse en "bondad"; la inferioridad temerosa en "humildad"; la sumisión a los odiados en "obediencia" (en obediencia a uno a quien dicen que ordena esta sumisión y al cual llaman Dios). La mansedumbre del débil, la cobardía misma, en que tan rico es, su estar a la puerta, su inevitable necesidad de aguardar, reciben aquí un buen nombre "paciencia"; dicese también la virtud; el no poder vengarse llámase no querer vengarse, quizá incluso perdonar ("¡Porque "ellos" no saben lo que hacen -sólo nosotros sabemos lo que "ellos" hacen!"). También se habla de "amor" a los enemigos", y se suda al hacerlo." (NIETZSCHE: *Genealogía de la Moral*.)

Vemos pues, en los anteriores conceptos, cómo Nietzsche plantea su apreciación del amor cristiano. Su error nos da un repertorio de ideas que nos permite situar las cosas en terreno más firme.

Para Scheler "el resentimiento es una autointoxicación psíquica, con causas y consecuencias bien definidas. Es una actitud psíquica permanente, que surge al reprimir sistemáticamente la descarga de ciertas emociones y afectos, los cuales son en sí normales y pertenecen al fondo de la naturaleza humana; tiene por consecuencia ciertas propensiones permanentes a determinadas clases de engaños valorativos y juicios de valor correspondientes" (*Ob. cit.*).

Existe una constelación de emociones y pasiones que podemos caracterizarlas como a) la venganza; b) la envidia; c) el odio; d) la maldad; e) la ojeriza; f) la perfidia. Para que estos impulsos sean proclives al resentimiento, y para que éste surja, se hace necesario que exista un sentimiento de impotencia que nace al no lograr que se traduzcan en actividad las emociones y afectos señalados. Esta impotencia, este refrenamiento, cosa de "siervos y oprimidos" es propia de débiles.

La venganza y la envidia tienen una dirección. Están contra alguien o por algo, y una vez que se logra cumplir lo uno o se obtiene el bien envidiado, desaparecen. Mas, si no se realizan, si no se satisfacen, si estos sentimientos tienen que ser sepultados en la intimidad, si están frenados por un complejo de impotencia, el resentimiento produce el "encono", y ya no hay sino sed, avidez de venganza o "rencor envidioso", lo que luego se traduce en personalidades "amargadas", "envenenadas".

La venganza no satisfecha, por haberse indeterminado su dirección, es semilla de resentimiento. Torna al vengativo en un ser "susceptible", que ve sentimientos ofensivos en los demás. Este afán de venganza reprimida crea un estado de tensión, que se revela en una tendencia a la destrucción del valor ajeno.

La envidia, definida al modo de Scheler, sería el sentimiento de impotencia que se opone a la aspiración de un bien, por el hecho de que otro lo posea. Sólo aparece cuando esa impotencia se descarga en una actitud de odio contra el poseedor del bien.

En este punto hay algo importante. No hay que confundir la envidia con la codicia, la ambición con la vanidad. La envidia surge cuando a la impotencia se reúne una inaccesibilidad radical y que gira en una "esfera de comparación entre nosotros y los demás". Esta envidia impotente es la más temible puesto que se refiere al "ser" y al "existir".

La envidia "existencial" perdona todo "menos que seas y que seas el que eres", que yo no sea tú. Esta envidia ataca a la persona extraña en su pura existencia que, como tal es sentida como "opresión", "reproche".

Otros elementos importantes que actúan como ingredientes del resentimiento son la ojeriza, la perfidia y la maldad. La ojeriza no surge por motivos determinados: "el rebajarlo y el derribarlo todo de su pedestal es propio de esta disposición". El placer que experimenta al comprobar que existen valores negativos en personas y cosas, y la extremada atención que muestra sólo por ellos, con olvido de los valores positivos, hace de quien tiene ojeriza, que torne ese modo de ser en una "forma" fija de las vivencias.

La perfidia tiene más profundidad en su impulso negador y detractivo, el cual al hacerse "más hondo y más íntimo todavía está dispuesto siempre, por decido así, a saltar y adelantarse en un gesto impensado, una manera de sonreír, etc.". (Scheler.)

La maldad busca alegrarse con el mal o la desgracia ajenos; va desde esa alegría simple, hasta la búsqueda, la provocación de nuevas oportunidades de regocijo por el infortunio del prójimo.

II

El resentimiento falsifica los valores; crea un mundo ilusorio que los remarca negativos. Ello, así aclarado nos permite la comprensión de ciertos juicios morales del valor, ya sean individuales o históricos, ya sistemas íntegros.

Los auténticos juicios morales del valor no pueden basarse en el resentimiento; éste radica, más bien, en los juicios falsos, que se fundan en errores de valoración y en las acciones y manifestaciones de la vida correspondiente. No es la auténtica moralidad -como Nietzsche piensa- la que se funda en el resentimiento. Ésta se basa en una eterna jerarquía de los valores y en las leyes evidentes de preferencia que corresponden a ella y son tan objetiva y tan rigurosamente "inteligibles como las verdades de las matemáticas".

"El resentimiento es una de las causas que derrocan ese orden eterno de la conciencia humana. Es una fuente de error en la aprehensión y su relación en la vida". (Scheler).

El resentido invierte los valores, los falsifica y tiene así una vivencia de juicios errados dentro de lo moral, que le hace vivir con una dosis de encono y de envenenamiento, que representa un peligro para el medio social en el que actúa. Esta visión torcida de los valores, este desequilibrio de ánimo, esta "dinamita psíquica", actuando en la historia es temible.

De la visión de los valores nace un acto de comparación, del propio valer con el ajeno. Pero hay muchas maneras de hacer esa comparación. Todos los hombres la realizan y, en todo momento, define variadas formas de conducta.

J. Simmel considera, empero, que hay un tipo de hombre que "repele toda comparación", se mantiene por encima de ella y hace que se sienta ingenuamente seguro y feliz con lo que posee. A este hombre lo llama "distinguido".

El distinguido de Simmel no es tampoco, según Scheler, extraño a la comparación, sino que su actitud no tiene por fundamento la medición del propio con el ajeno valer; no selecciona ni restringe "los valores aprehendidos en él y en el otro"; le entusiasma que existan valores positivos; los concede y los reconoce liberalmente en el prójimo, porque, añadimos, no está larvado de resentimiento.

En el proceso comparativo existen modos que diferencian los comportamientos. Frente al distinguido está el "vulgar" que puede ramificarse en el "ansioso" y el "resentido".

El ansioso se caracteriza por ser enérgico, vigoroso y que desea poder, riqueza, bienes, honores, nombradía. En síntesis: un ambicioso, movido por la aspiración de ser más, de "valer más". Empero, su ansia de obtener su fin, le podrá hacer atropellar, desconocer o negar los valores positivos. Hay en el resorte de la comparación, una angustia opresiva que radica en la posibilidad de "ser menos". En algunos casos, el ansioso está en el filo mismo del resentimiento.

El resentido, como débil, está amarrado a la impotencia, que ya hemos aludido; no sólo niega los valores, positivos del prójimo, sino que, en la esfera de la comparación, desvía el aprecio por lo óptimo y bueno. Ortega y Gasset lo pinta así: "Cuando un hombre se siente a sí mismo inferior, por carecer de ciertas cualidades -inteligencia, valor o elegancia- procura indirectamente afirmarse ante su propia vista, negando la excelencia de esas cualidades. Como ha indicado finalmente un glosador de Nietzsche, no se trata del caso de la zorra y las uvas. La zorra sigue estimando como lo mejor la madurez en el fruto y se contenta con negar esa estimable condición a las uvas demasiado altas. El resentido va más allá: odia la madurez y prefiere lo agraz. Es la total

inversión de valores: lo superior, precisamente por serlo, padece de una *capites diminutio*, y en su lugar triunfa lo inferior.

"Vivimos rodeados de gentes que no se estiman a sí mismas, y casi siempre con razón. Quisieran los tales que, a toda prisa fuese decretada la igualdad entre los hombres; la igualdad ante la ley no les basta: ambicionan la declaración de que todos los hombres somos iguales en talento, sensibilidad, delicadeza y altura cordial. Cada día que tarda en realizarse esta irrealizable nivelación es una cruel jornada para esas criaturas "resentidas", que se saben fatalmente condenadas a formar la plebe moral e intelectual de nuestra especie. Cuando se quedan solas les llega del propio corazón bocanadas de desdén por sí mismos. Es inútil que por medio de astucias inferiores consigan hacer papeles vistosos en la sociedad. El aparente triunfo social envenena más su interior, revelándoles el equilibrio inestable de la vida, a toda hora amenazada de un justiciero derrumbamiento. Aparecen ante sus propios ojos como falsificadores de sí mismos, como monederos falsos de trágica especie, donde la moneda defraudada es la persona misma defraudadora.

"Este estado de espíritu empapado de ácidos corrosivos, se manifiesta tanto más en aquellos oficios donde la ficción de las cualidades es menos posible. ¿Hay nada tan triste como un escritor, un profesor o un político sin talento, sin finura sensitiva, sin prócer carácter? ¿Cómo han de mirar esos hombres, mordidos por el íntimo fracaso, a cuanto cruza ante ellos irradiando perfección y sana estima de sí mismo?

"Periodistas, profesores y políticos sin talento, componen por tal razón, el Estado Mayor de la envidia, que como dice Quevedo, va tan flaca y amarilla porque muerde y no come". (*Democracia morbosa, El Espectador.*)

El vivero del resentimiento es la concurrencia, donde so capa de igualdad legal, de igualdad de derechos, se promueve una competición de apetitos.

En los Estados donde la igualdad política, económica y social sea efectiva, el resentimiento será escaso; pero allí, donde esas igualdades son nominales y hay notables diferencias de "poder efectivo", aparece la carga máxima del resentimiento.

Así pues, en la concurrencia en la que no hay cabida a las distinciones -tal como contrariamente ocurría en el caso de los estamentos sociales de la Edad Media- todos quieren ser más y valer más; por eso prima la actitud antes que el puesto dado en la vida.

En esta concurrencia florece el resentido, actúa el ansioso y deja hacer el distinguido.

III

Otro factor importante que incuba el resentimiento es la "represión", o sea aquello que quedó contenido, que no sale al exterior, sino que permanece en la interioridad, frenando impulsos, atajando expresiones.

Esta represión tiene varios caracteres, muchas formas, que en su mayoría desembocan en el odio de clases; odio que se manifiesta por impulsos de venganza, por "envidias existenciales", por manifestaciones de impotencia.

La represión no es ajena a los complejos de los que ya Freud nos habla y que tienen relación con el problema sexual. Este complejo de represión sexual se hace más agudo allí donde conviven razas distintas y donde una es predominante.

Los odios que engendra la represión obedecen a una variada gama de inhibiciones. Surgen por diferencias sociales, por diferencias de situación, de riqueza, de caracteres, de belleza, de talento. Así, pues, se combinan resortes psíquicos, siempre dispuestos a dispararse, pero mantenidos tensos, atezados por la angustia.

El reprimido que se encuentra mortificado en su interioridad va formando juicios de valoración falsos, obedientes a sus hábitos morales resentidos, consolándose al negar con rabia, no exenta de regocijo, las calidades y virtudes de aquellos objetivos que no puede alcanzar.

Del confín de estos problemas, se reflejan las preferencias predominantes de las épocas y de los pueblos, que comportan las conductas en la Historia.

"Pues bien -dice Scheler-, el resentimiento lleva a cabo su obra más importante cuando se convierte en definidor de una "moral", cuando las reglas de preferencia existentes en una moral se pervierten, por decirlo así, apareciendo como 'bien' lo que anteriormente era 'mal'. Si miramos a la historia de Europa vemos que el resentimiento ejerce una influencia asombrosa en la estructura de las morales y, por lo tanto, debe plantearse la cuestión siguiente: ¿en qué medida ha cooperado el resentimiento en la estructura de la moral cristiana y, luego, en la de la moral moderna burguesa ?

"Los valores cristianos fácilmente pueden convertirse en valores de resentimiento, pero la semilla de la ética cristiana no ha germinado sobre el suelo del resentimiento. Creemos, por otra parte, que la semilla de la moral burguesa, que comenzó a desplazar a la cristiana desde el siglo XIII hasta que llevó a cabo su acción suprema en la Revolución francesa, tiene su raíz en el resentimiento. En el movimiento social moderno el resentimiento se ha convertido en una fuerza poderosamente influyente y ha transformado cada vez más la moral vigente." (*Ob. cit.*, p. 84.)

Toca así Scheler un tópico actualísimo. Dentro del marco de las preferencias de la época se va formando un tipo de moral que, alejada de la ética cristiana, fomenta el odio de clases y apoya su éxito en el resentimiento.

Hasta en el arte tendencioso moderno se encuentra este germen de conducta. El realismo actual muestra la miseria social, plantea alegatos y reclamos, se proclama a sí mismo como "revolucionario" y se complace en mostrar la vida desde el ángulo de la miseria, la mugre, la enfermedad y el odio; cuando quiere ser optimista, refleja una rabia contenida, reprimida y apunta esperanzas surgidas de la aniquilación de algo o de alguien. Siempre aludirá a una victoria basada en la venganza. Se complace este arte y también la literatura en exhibir lo pestilente y lo vulgar. Representa una expresión de puro resentimiento.

Los temas contemporáneos en el campo político-social están muy lejos de la auténtica moral cristiana. Están más próximos a lo que Schopenhauer llama "compasión", y que es otra de las formas del resentimiento. Y esto porque comporta una fingida postura. Así pues, el altruismo, el socialismo científico y la pretensa preocupación por el "mejoramiento de las masas", no son sino suplementos del resentimiento.

El burgués egoísta oculta su mezquindad en la filantropía, así como el aparente amor por las mayorías, que simula el agitador y el demagogo no es sino una expresión de la mentira resentida que proclama nuevos órdenes, nueva moral, una nivelación para abajo, so capa de "revolución nacional" o de "catástrofe social".

Es claro que en generalizaciones como la presente existe el riesgo de ser mal entendido y que se apliquen estos conceptos como axiomáticos. El deseo es simplemente el de destacar ciertas situaciones, algunos hechos que no tendrían explicación si no los encontráramos levantando los velos íntimos de su intencionalidad y de los estímulos que los producen.

Hay en los movimientos políticos una base de elementos de buena fe que ignoran las metas de sus conductores, por ingenuos o ignorantes. Otras veces son las "bases" las que se encuentran saturadas de rencor, y empujan a sus dirigentes hacia la venganza o la envidia. Estos hechos multitudinarios que manifiestan una "tormentosa misericordia" disimulan, en su mayoría, el odio, con máscara de aparente amor.

Hay dos formas de interés por los humildes: la generosa y la resentida. En la primera existe una sana seguridad que hace tender la mano al necesitado. Hay impulso noble y deseo de ayuda; podemos decir, hay una tendencia a levantar, a alzar los valores y a encontrar una superación, fundamentalmente espiritual, pero sin olvido de urgencias materiales. La segunda evidencia un

falso amor, una postura de fariseísmo, desea con vehemencia una nivelación para abajo, aparenta desear los valores auténticos, ocultando su repulsión por ellos. Coloca los subalternos problemas de la vida como esenciales, les da preferencia radical y simula afán por los espirituales. Esta forma resentida general ente tiene éxito y campo de acción en las luchas políticas.

Las modernas corrientes sociales tienen un visible afán de conquistar el apoyo masivo; para ello actúan empujando la "rebelión de los valores serviles". Hay en el fondo de estos impulsos una protesta contra las minorías dominantes. Esta acción no tiende a obtener valores positivos, sino que es un pretexto del resentimiento para herir la tabla de valores vigentes.

Las ideas y los gestos espontáneos y originales que activan esta dinámica histórico-social, están saturados de filantropía: Es una instancia de ese movimiento filantrópico moderno que se quiere confundir con el amor cristiano, en su esencia y significación. Dijimos ya que la filantropía conlleva una gama de resentimiento. El amor cristiano se dirige a la persona, al hombre, al prójimo. No busca, en la vaguedad de un enunciado colectivo, el disimulo de sus propósitos.

Es cierto que se confunden ambos movimientos, puesto que existe una variedad compleja de relaciones entre ellos, al extremo que muchos caen en la filantropía, tratando de hacer cristianismo. El amor cristiano, que es una forma de descendimiento generoso, se refiere al espíritu del hombre, a la persona, en cuanto alude a una dignidad. Entretanto, el resentimiento, bajo el signo de una filantropía, burguesa o revolucionaria político-social, se refiere a la individualidad, tratada como cosa o como agregado de individuos. Pierde así su fulguración moral para convertirse en una prédica de confuso valor ético.

Los conceptos de humanidad, de masa, de mayorías, ocultan el nervio íntimo del resentimiento. Así ocurrió en la prédica y en la acción de la Revolución francesa, donde los ideólogos y los activos estaban poseídos de un potenciado resentimiento.

Hoy asistimos al espectáculo que nos da una de las formas más bravas del resentimiento. El comunismo marxista, esgrimiendo toda clase de pretextos redentores, está sostenido, en el fondo, por un morbosos resentimiento y por una moral enferma. Esta corriente, identificada cada vez más con el carácter ruso, es sin duda el más enérgico intento de destruir las actuales tablas de valores.

Existen, quierase o no, movimientos subalternos que, si bien en la forma ocultan su consanguinidad con el comunismo, en el hecho disparan sus dardos contra los mismos objetivos y sobre todo, más que contra el orden social o económico, contra los valores vigentes. El mismo cristianismo es perseguido, unas veces de frente y otras de flanco, por estas corrientes.

Esto ocurre porque mientras el cristianismo representa una forma de vida ascendente, el materialismo es una forma de vida que baja. De ahí que Nietzsche se equivocó al interpretar el amor cristiano, presumiblemente porque, en su época, no había madurado en toda su potencia, como hoy, esta tendencia a invertir los valores y este nuevo tipo de "amor".

Tanto la filantropía como la moral burguesa, cuanto las filantropías o altruismos de algunas corrientes político-sociales, pisan terreno muy distinto que el del cristianismo.

En cuanto se refiere a la lucha de clases, por ejemplo, los unos quieren abolirla, los otros la atizan con el combustible del odio y los últimos no la niegan y si la alientan es en un campo radicalmente diferente donde buscan la superación espiritual y material de los de abajo y de los de arriba. El cristianismo prohíbe el odio, pero no la lucha con finalidad moral.

El cristianismo, y más singularmente la Iglesia, no es igualitario, porque es jerárquico y aristocrático, pero su concepto de igualdad ha sido siempre confundido, como si se tratara de la pretensa igualdad democrática. Propugna la igualdad en la unidad de corazón y de alma (*Hechos de los Apóstoles*).

Realizados estos distingos a vuela pluma; vemos que mientras existe en el mundo una moral generosa, inspirada en la límpida fuente del puro cristianismo, parejamente actúan algunas

corrientes modernas que falsifican e invierten los valores, que promueven una mezcolanza sombría de los objetivos morales, en el denso caldo del "proletariado moral".

La moral moderna, basada en la desconfianza y en el afán de igualdad, ha desterrado una de confianza y de honor, en las que se asentaban el señorío y la nobleza. La jerarquía, tan propia del mundo antiguo y del cristianismo, va cediendo el paso a la indiferenciación que tratan de imponer ciertos movimientos políticos contemporáneos.

Se pretende transferir, en esta forma, la apreciación de los valores hacia una moral social, que prefiere y antepone el valor de utilidad al valor vital. Esta inversión valorativa va desde las normas y cualidades del burgués, hasta la exaltación del espíritu de venganza en los humildes, que subordinan a estas nuevas preferencias, los valores universalmente válidos.

Así, la prédica de igualdad, el deseo de lograr una comunidad en la desgracia y el mal, en la pobreza y en el envidioso entusiasmo por transformar el orden jurídico, económico y político, sustituye a la nobleza de alma, al espíritu de sacrificio, a la valentía, a la franqueza, a la lealtad, a la indiferencia por el dinero y el sano amor a la patria.

Esta transformación afecta hondamente a la época actual y representa una de las fuerzas más poderosas de la historia. Por eso Scheler dice: "Si se considera la inversión de los valores en relación entre el órgano y el instrumento, como un todo, el espíritu de la civilización moderna no representa, como Spencer creía, un progreso, sino una decadencia en la evolución de la humanidad. Representa el señorío de los débiles sobre los fuertes, de los taimados sobre los nobles, de las meras cantidades sobre las cualidades. Se acredita como fenómeno de decadencia por el hecho de que significa dondequiera una relajación de las fuerzas humanas centrales y directrices, frente a la anarquía de las tendencias automáticas, un olvido de los fines en favor de los simples medios. Y esto justamente es decadencia".

IV

Estos problemas, aplicados al análisis de la historia americana y boliviana, nos dan la clave de muchos sucesos y revelan la calidad de algunas empresas, permitiéndonos tomar el pulso a los movimientos e inquietudes políticas, a lo largo de la vida de nuestros pueblos.

En América, a nuestro modo de ver, se marcan reciamente tres tipos de resentimiento, sin ser los exclusivos: el resentimiento racial, el resentimiento social y el resentimiento psicológico. Estas formas participan de las características y generalidades ya estudiadas.

Sobre estos tres modos del resentimiento, que influyen en unos pueblos más que en otros, se ha ido tejiendo la trama histórica.

No olvidemos que apenas conquistó el español este Continente, se asentó un oculto y temeroso resentimiento en el nativo sojuzgado. Posteriormente, la exclusión sistemática del nativo y su humillante subordinación, contribuyeron a crear una poderosa carga de odios contra la minoría metropolitana dominante. A este impotente encono se sumó uno de orden social: la marginación del criollo, descendiente de españoles, en la conducción del negocio público y en la repartija de honores.

En realidad, surge el resentimiento en América de esta suma de ingredientes, que prepara el terreno para que una influencia psicológica funda, a alta presión, todos los rencores guardados y los corporice en un movimiento político de enormes alcances: la revolución libertaria.

Esta revolución nace en América, y en particular en el Alto Perú, como una explosión de resentimiento y como secuela de una mezcla de fenómenos concomitantes. La independencia de América destruye los sistemas feudales en materia política, aunque los mantiene rígidos e incólumes en materia social. Da vía libre a la concurrencia, que inflama las ambiciones, las envidias y los odios.

El resentimiento en América está ligado a las condiciones del poblador, diverso en orígenes y en espíritu, y a la forma que van adquiriendo sus sociedades. Es uno de los aspectos parciales en el conjunto histórico.

La guerra libertaria no es sólo una lucha resentida; están inmersos en ella móviles generosos y nobles, busca valores positivos, gloria y urgencias morales. Pero se incuban en los recipientes del resentimiento. Aunque en este caso no sea rigurosamente exacta la sentencia de Horacio: "Si el vaso no está limpio, cuanto vertáis en él se agría", se sentirá con posterioridad a la magnífica gesta, la acidez de la vasija.

Acaso sea difícil explicar esta combinación de caracteres desde una perspectiva solamente romántica o desde un ángulo de chauvinismo dogmático. En el proceso revolucionario de la independencia, se da un cúmulo de factores, evidentemente; mas, el pivote sobre el cual gira su dinamicidad es el odio, instalado en los corazones desde los remotos tiempos de la conquista.

Los indios, sujetos como siempre al servil trato, no extrañan mayormente su condición. No conocen otra. Con el correr de los años, y bajo la influencia de agitadores, prestarán su espíritu de revancha a la causa libertaria y a otras.

El mestizo, que posee mayores cargas de resentimiento, no sólo se encuentra excluido definitivamente de la minoría, situación que mayormente no le afecta, sino que se siente elemento residual. Su preocupación es de orden existencial; aspirará a ser blanco, aparentará serlo y allá, en los pliegues más íntimos de su ser, fomentará la envidia. Este fenómeno se da sobre todo en el varón, pues la hembra, la mestiza, cuya psicología será objeto de otro estudio, no participa de esta angustia.

Esta envidia existencial, acumulada por siglos, fué desviada y hasta casi ignorada durante el período virreinal, porque estaba "reprimida" e impotente para manifestarse. Ese tiempo, que abarca casi tres centurias, tiene una fisonomía más o menos pareja. Es una época histórica pausada, donde las pugnas son pequeñas y en la cual unas generaciones se suceden a otras en la faena colonizadora o en el rutinario trabajo. Sobraba el tiempo y faltaban problemas.

Faltaban problemas porque la organización social estaba vaciada en los moldes medievales, que eran jerárquicos. Ese tiempo inmutable, hacía aceptar como una cosa natural el puesto que se ocupaba por nacimiento. Nadie pensaba seriamente en cambiar o en trocar el orden estatuido. El gran brote del resentimiento estaba frenado, se traducía en fenómenos suplentes. Con la prédica de igualdad, cuando la filosofía libertaria trajo sus inflamables vahos desde Francia, cuando se derrumbó la arquitectura política jerárquica, cuando las armas americanas dispararon contra un orden secular, recién, podemos decir, empieza a germinar el resentimiento.

La impotencia y los apetitos reprimidos, artífices del resentimiento, se encontraban en la sombra por imposición de un orden, de una gradación de estamentos, pero se dan cita en la naciente democracia. Las pugnas por la igualdad, una vez arrumbada la jerarquía, serán más violentas. El mestizo, contenido hasta entonces por la misma organización social, será el más adepto a las prédicas de igualdad. No pondrá énfasis, como el criollo, en la libertad o en la fraternidad, que es lo que caracteriza a la conducta procera de los Libertadores, sino en la niveladora igualdad.

Ese afán igualitario, que fué el nervio de la Revolución francesa, tendía a borrar la diferencia jerárquica de un sistema regido por una nobleza absolutista. El rencor y la envidia burguesa en Francia convergieron en este punto y así el resentimiento encontró su fórmula.

En América se usan indistintamente los tres predicados, pero las preferencias, por unos o por otros, marcan una interesante pauta. Sin embargo, es digno de subrayarse lo siguiente: en la actualidad importa bien poco a los movimientos sociales la libertad, puesto que buscan la dictadura del proletariado; tampoco les interesa la fraternidad, ya que propugnan una lucha de clases sin cuartel; lo único que queda de la prédica liberal, en el materialismo, es la igualdad.

Decíamos que en el proceso evolutivo americano" existían fenómenos simultáneos e independientes. Generalmente en América, y particularmente en el Alto Perú, apenas lograda la independencia, se produjo la anarquía y el oleaje del rencor. Vale la pena transcribir estas líneas de don Gabriel René Moreno: "Súbito salieron a la novelería grupos de ilusos aventureros tras la hermosa libertad, y al olor del desorden todos los díscolos, tronados y haraganes de medio pelo, que albergaban aquellas ciudades ya empobrecidas, sin trabajo y decadentes. Luego al punto fué el toque de generala para los mestizos de los partidos rurales, al hacer saltar con avidez las cerraduras de los cofres del fisco, el armarse apresuradamente en fila, dentro de Chuquisaca y La Paz, y el rugir de los que ayer encorvados hoy se enderezaban doloridos, para el desquite, con desmanes contra los privilegiados peninsulares y con desacatos a los más respetables de la dominación".

También es evidente que la influencia del resentimiento europeo, juega en el fenómeno americano, difiriendo, claro está, en las causas originales.

En la lucha libertaria, el resentimiento aparece en los dos bandos. Traidor se llamaba al que luchaba en el partido contrario y patriota al que militaba en el propio. El ensañamiento y el odio brotaron en los dos campos, debido a la larga y fatigante pelea, pero este encono no reflejará sino muy superficialmente las gamas del resentimiento.

En el caso de los españoles, representa la pugna de una generación vieja que negaba, a toda costa, el paso a una nueva. Y más aún, obstruía lo americano. No tuvieron los jerarcas metropolitanos el talento necesario para valorar lo nuevo, ni menos para ponerse a tono con el progreso. Frenaban el impulso de una juventud teorizante, cargada de ideales. Las mentalidades revolucionarias, que al comienzo no pensaban radicalmente, luego consideraron que la independencia era indispensable.

Los patriotas americanos agitaron a los pueblos, atizaron los odios y mostraron el señuelo de una concurrencia en la igualdad. Removieron las envidias y alentaron las vanidades. Todas las fuerzas contenidas o dormidas emergieron fogosas. Es cierto que todo esto fué posible porque el prestigio y la influencia ibéricas estaban debilitados al extremo, lo mismo que el tradicional respeto a la jerarquía feudal. Al principio nadie pensó en República ni en Democracia; se pudo haber mantenido una monarquía si se abrían las puertas de la administración al dominio de las minorías americanas. El egoísmo y la estulticia de los gobernantes peninsulares estimularon no sólo la independencia sino la abolición del régimen monárquico, con la consecuente entronización de una democracia, que representaba solamente el anhelo igualitario.

Los ideales de una nueva filosofía política influían en las clases ilustradas y no tenían resonancia alguna en el pueblo, siendo más bien las multitudes y las facciones las que más eco hicieron a la agitación multitudinaria que se produjo, y que estaba conducida por los impulsos del resentimiento.

En nuestro hemisferio, donde las sociedades son de aluvión, y están en formación, ha quedado el resentimiento en remansos, originados por las diferencias sociales que no borró la independencia, por la coexistencia de grupos raciales distintos, o porque, en el fondo, quedaron los órdenes sociológicos sin mayores mutaciones. En Francia, el Terror hizo exclamar al barón Drinckmann, diplomático noruego: "Me atrevo a creer que jamás pueblo alguno estará gobernado por la voluntad de malvados más imbéciles y crueles como lo ha sido la Francia desde el comienzo de su nueva libertad". En América la acción del resentimiento ha sido más lenta, pero no menos corrosiva; se ha ido nutriendo con más tardanza; sus explosiones, menos virulentas pero pertinaces, se han hecho sentir en la historia, antes de ahora, con más extensión que intensidad.

El indio y el mestizo fueron utilizados en la guerra de la independencia por el caudillaje criollo. En realidad los levantamientos de indios se produjeron antes, durante y después de la emancipación, evidenciando un estado subversivo asentado en resentimientos raciales. El mestizo, que es un insurgente potencial, fué sin duda el más activo motor de las revueltas contra España. Más tarde, en la República, constituirá un factor de desorden, por su concurrencia en la política.

En la gesta emancipadora, el indio no tiene una clara noción de lo que ocurría y por ello prestaba ayuda a ambos bandos. Descargaba así, más instintiva que reflexivamente, su resentimiento contra el blanco. Su atavismo sanguinario dominado en tiempo de paz, resurge en época de guerra y alboroto. Nada hay más terrible que esas gentes que han vivido en la opresión y atemorizadas, y que de pronto se encuentran libres e incontroladas. El gauchaje, que pinta Sarmiento, asolando las provincias norteañas de la Argentina, los llaneros y negros alzados de Venezuela, los mulatos en la costa peruana y los indios en el Alto Perú, son el ejemplo patente de ello.

El resentimiento no se perdió con la expulsión de los españoles, sino que cada vez se marca con tintes más nítidos en la historia de las nuevas naciones.

V

En la Revolución libertadora la semilla de la independencia germinó "sobre el suelo del resentimiento". Más que un amor por nacionalidades que estaban en nebulosa existía un impulso básicamente negativo. Se sabía lo que no se quería, pero había una confusión honda sobre los objetivos. Éstos, en realidad, fueron apareciendo a medida del desarrollo de los sucesos. Así, por ejemplo, Bolívar no logró la unidad de las balbucientes soberanías en un solo y poderoso Estado; igualmente, San Martín y los suyos, no obtuvieron ni siquiera la unidad de las Provincias del Río de la Plata.

Aquello que se tenía por amor a una causa resultó la suma de muchos odios, pues desaparecida la influencia española, la revolución se trocó en anarquía. Los rencores eran múltiples. Los apetitos ilimitados. El sentimiento de hostilidad no se aquietaba. Había un abono inmenso de resentimiento que se manifestó en variadas formas, en el transcurso de la vida republicana, y que aún dura en nuestros días, con añadidos de nuevo cuño.

En Bolivia, particularmente, se ha escondido el odio y el resentimiento más de una vez bajo la máscara de amor a la Patria. Ese sentimiento, tantas veces invocado desde el origen mismo de la vida independiente, ha servido, casi uniformemente, para justificar atropellos, crímenes, vejaciones y envidias durante el transcurso de su historia. Algunos de sus procesos manifiestan perfiles tan acusados de rencor, que resaltan por sí mismos. Hay otros que simulan, que fingen una moral superior, pero que conllevan los más peligrosos brotes del resentimiento. Afortunadamente, en todas las épocas, se han suscitado movimientos de límpido y alto linaje espiritual.

Uno de los hechos más dignos de subrayar en la vida boliviana es el problema de la inversión de valores, que ha adulterado nuestra vida y también nuestra historia.

Pueblos como el nuestro "toman su conciencia gregaria por un sucedáneo del bien objetivo, que empezaron por negar" (SCHELER: *Ob. cit.*, p. 197). Este gregarismo oculta varias veces a las personalidades resentidas, que son las impulsoras de los actos más perversos: saqueos, asesinatos multitudinarios, fusilamientos, prisiones, campos de concentración, torturas, delaciones. Este desvarío es el que también hace gritar ¡todos somos iguales!, ¡nadie es mejor que nadie! Como si tal hecho fuera un mal. Pero se trueca en brote resentido cuando se origina en un complejo, y es fruto de la envidia, del odio y de la ojeriza. Ese afán de generalizar el complejo muestra la ponzoña del resentimiento.

La Revolución libertaria no cambió los hábitos ni las costumbres. Tuvo hondura solamente en el campo político. Allí, sí, golpeó definitivamente la organización del Gobierno y sacudió la gradación y el régimen de autoridad. Más, la vieja organización social quedó incólume. La prédica de igualdad, tan entusiastamente pregonada y buscada no pasó de ser un enunciado teórico, pues en la democracia americana, impuesta a la rápida, tornaron a reproducirse las desigualdades y los privilegios, que convirtieron a sus poseedores en dueños y privados de la exclusiva ventaja, más celosos y obstinados que los que fueron expulsados. El deseo de honores, viajes, títulos, condecoraciones y dominio fue y continua siendo un estímulo potente.

La revolución más fecunda que viene ocurriendo en América es ajena a la política y al resentimiento, y se va haciendo permanentemente año tras año. Es la que resulta de la tecnología, que va cambiando los hábitos, que incide en una mayor y mejor producción, que da mejores

oportunidades de educación e higiene, y a cuyo éxito no han contribuido, o lo hacen escasamente, los regímenes demasiado agitados por prestigiar se con propaganda o simular golpes de timón, ejecutados, las más de las veces, por espíritus envenenados de odios y enconos.

Son los agitadores que dirigen y conciben una revolución, puesto que los pueblos no tienen capacidad para ello. Pero suele ocurrir que: estos movimientos se escapan del contralor de sus promotores y terminan en procesos o acciones de tipo popular. Así, las divisas originales de la Revolución libertaria, fundadas en los principios de la Revolución francesa, no sirvieron, al decir de Gustavo Le Bon, sino "para encubrir una justificación legal de los sentimientos de concupiscencia, envidia y odio de las superioridades, verdaderos motores de las multitudes, que ninguna disciplina puede ya frenar". (*Rev. Francesa*, p. 58.)

Bolívar, Sucre, San Martín y otros próceres fueron víctimas de la envidia. Estos héroes pagaron muy costosamente su dedicación a la causa americana. Producido el movimiento multitudinario, éste, en gran parte, quedó en poder de los agitadores, a quienes la plebe seguía dócilmente. Tal el caso del pérfido Olañeta, en su conducta con el Mariscal de Ayacucho, a quien, por sus intrigas, hizo arrojar de la nación. Iturricha: (*Historia de Bolivia*.) Quedó la revolución en manos de algunos intrigantes, en perjuicio de su destino histórico.

Terminado el proceso libertario, aparece una escala de valores en las repúblicas hispanoamericanas, especialmente donde las masas indígenas son preponderantes y han creado un mestizaje denso, que constituye uno de los puntos claves para explicar determinados fenómenos históricos. En general se advierte gran inclinación, en algunas circunstancias, a invalorar. El hecho puede imputarse a una inepticia natural de apreciación, fruto de la ignorancia; mas, por lo general, esto ocurre como consecuencia de una índole resentida, originada en problemas raciales, psicológicos o sociales.

Los actos de "comparación", a que está sujeta la visión de los valores, producen modos de comportamiento, que diferencian al "distinguido", al "ansioso" y al "resentido".

En nuestro acontecer se marcan nítidamente estos caracteres. Las figuras de Bolívar, Sucre, Santa Cruz, son tan distintas de las de Olañeta, Oblitas y el corro de ambiciosos que se suceden, que nos da materia para diferenciarlos.

Desde la primera invasión de Gamarra, empiezan a marcarse en nuestra historia, sus características de anarquía y pendencia. La expulsión de Sucre y los motines militares, durante el gobierno interino de Velasco, ya establecen el predominio de los mediocres. Allí se inicia una forma de valorar hombres y cosas, que será pertinaz en nuestra vida republicana.

Las Asambleas, constituyentes o congresales, que aparecen en el juego histórico-político, son apenas, con rarísimas excepciones, grupos serviles vacilantes y débiles, que obedecen órdenes de sus caciques o se atemorizan de perder la pitanza o sufrir vejámenes. Votan las más absurdas y contradictorias medidas, tal como ocurrió después de la conspiración de Ballivián y Armaza, en favor de Santa Cruz, de cuya acción resultó asesinado Blanco. La asamblea calificada de tonta, por algún historiador, al socapar al militarismo actuante, deja inferir que hay causas más turbias que la sola estulticia.

En este "golpe" se manifiestan los ominosos signos de intriga, ambición y odios, de lo que está compuesto el resentimiento. Los caracteres débiles trastocan los valores y permiten al resentimiento ejercitar su imperio.

Es curioso observar cómo el resentimiento -con su almácigo de envidias, enconos, etc.- se opone a la acción constructiva. A Sucre se lo expulsa de Bolivia con el brazo roto, el que nos dió libertad; a Santa Cruz se le oponen toda clase de obstáculos en su labor. Es justo destacar que, con casi unanimidad, el grupo ilustrado ayudó a Santa Cruz. Estamos conformes con que el Mariscal de Zepita nunca fué un boliviano de corazón, pero, cabe preguntarse: ¿es que podía serlo?, ¿quién lo era? El país, acabado de nacer, estaba sustentado en otra clase de sentimientos: empleomanía, apetito de honores, vanidad, caciquismo y en la noble esperanza de conformar soberanías nuevas, entre ellas la Confederación.

Lo importante en este proceso histórico es que se presenta, en forma cada vez más nítida, el atravesado modo de entender los valores. Se empieza por rechazar la integración de nuestras provincias en grandes sistemas -sea en la Gran Colombia o en la Confederación de las Provincias del Río de la Plata- oponiéndose, luego, tenaz resistencia a la política crucista. Nótese esto bien: no por diferencias de concepción o de filosofía política, sino como eco de los particularismos.

Velasco y Ballivián son dos típicos "ansiosos", enérgicos, vigorosos, a quienes mueve el deseo de ser más. El proceso de comparación, al que ya aludimos, se manifiesta en ellos no en las gamas del resentimiento, sino en una búsqueda de valores positivos. Así vemos cómo, cuando Velasco hace diligencias de revancha y desde el valle de Cinti se levanta en armas contra Ballivián, y casi simultáneamente se produce la invasión peruana con Gamarra, Velasco tiene un gesto que lo ennoblece: envía su caballería de unos ochocientos hombres a Ballivián y, de este modo, bizarramente ocurre la victoria de Ingavi.

Esta actitud muestra cuán lejos estaban Velasco y Ballivián de todo espíritu resentido. Depusieron rivalidades ante valores superiores. Esto no acaeció con otros bolivianos, que no se limitaron a felicitar a los chilenos, sino que los cooperaron y tramaron alianzas e intrigas contra su misma bandera, para que se produzca Yungay y la desintegración de la Confederación Perú-boliviana.

En medio de estos acontecimientos de alta significación moral, hace su aparición el arquetipo del resentido, Manuel Isidoro Belzu. Desde el año 1847, en que surge como motinero, hasta la traición a Velasco en Yamparáez, se muestra como un caudillo de avería y como la encarnación del personaje que ya no abandonará más la historia de Bolivia: el resentido, siempre dispuesto a ponerse a la cabeza de facciones de energúmenos y foragidos en armas, a quienes santificará con el nombre de pueblo soberano, que le servirá como instrumento de su política de odios y rencores.

Belzu es el gran resentido de nuestra historia.

El resentimiento de Belzu contra las clases altas, encarnadas en el ballivianismo, que algunos historiadores tildan de oligarquía, lo echa en brazos de la plebe y la demagogia. "Tan demócrata era Belzu -afirma Enrique Finot en su *Nueva Historia de Bolivia*- como puede serlo cualquier caudillo que asalta el poder y necesita, para afianzarse en él, de una fuerza capaz de oponerse a los factores que lo resisten o lo combaten. Sus proclamas, sus discursos y la propaganda de su prensa, por lo tanto, no tardarán en tomar un cariz populachero, cada vez más pronunciado. Era un recurso político como cualquier otro, pero más peligroso y más eficaz que los empleados hasta entonces. En previsión de los sucesos desde tiempo atrás, Belzu había manifestado tendencias socialistas". (Pág. 236.)

Durante el año 1849 se manifestó el rencor belcista, ante las justas reacciones del ballivianismo. Este agitador que se sentía impotente para obtener el apoyo de la minoría ilustrada de la nación, incita a la plebe, que saquea, comete depredaciones y muestra su insolencia con los débiles. Las turbas estimuladas por la glorificación del desmán serán una de las formas más aviesas de ejercitar el poder por aquellos gobiernos represivos y violentos. El patriciado del país fué exilado, confinado, perseguido, y la función pública se entregó a tarados morales y gentes reclutadas entre delincuentes y en las cárceles. Este ejemplo se repetirá con frecuencia en nuestra historia.

La literatura política de esa época "es lo más soez y escandalosa". Aparece, desde entonces, esa prensa que descarga su venganza y destila odios y envidias. Representará un arma temible de difamación, sin que haya norma moral o jurídica que la pueda limitar. Esa prensa de siempre, en su conducta general, es uno de los más palpables trasuntos del resentimiento. A partir de entonces, en Bolivia no se dará curso fácil a una auténtica opinión pública.

Se forma así lo que Scheler califica de crítica resentida, que consiste en que ningún remedio produce satisfacción, y que en el fondo, no quiere en serio lo que pretende desear.

La concurrencia que se produce en las civilizaciones modernas se resuelve en la igualdad de oportunidades. Esta concurrencia, en algunas sociedades poco evolucionadas, acusa caracteres patológicos cuando se establece en el campo político.

A partir de la independencia, ella ha sido uno de nuestros más graves males: lejos de activarse la economía, la industria o las artes, girará en torno a la disputa por el poder. Don Carlos Romero muestra esta situación así, al citar a don Juan Muñoz Cabrera, colaborador que fuera de Belzu y Melgarejo, personalidad inteligente, aunque muy discutida: "Se ve, pues, que esas conspiraciones atrevidas, que esas revoluciones sin programa, son más hijas del hambre y del encono que de ninguna inspiración patriótica. El que entra en ellas lo hace buscando una mejora a su situación personal u obedeciendo a sentimientos bastardos. En su concepto él ha nacido para ser empleado, y éste es un derecho que cree inherente a su derecho de ciudadanía. No debe acusarse, pues, de servilismo ni de ignorancia a los bolivianos, que revolviéndose sobre un terreno estrecho, se esfuerzan por desalojarse unos a otros, obedeciendo a la ley suprema de la propia conservación". (CARLOS ROMERO: *Las taras de nuestra democracia*, págs. 155-156.)

En la historia de Bolivia podemos observar, en casi todos sus acontecimientos, que actúan más las multitudes que el pueblo. Así tenemos una explicación más de la transitoriedad de los gobiernos, generalmente apoyados por grupos militares, por pandillas de audaces y por la presencia de personajes resentidos que generalmente son dueños de esas multitudes, a las que la sugestión momentánea de un cacique o de un caudillo las arrebató de entusiasmo.

No ha habido, en realidad, una sola revolución popular en Bolivia: casi todas han sido golpes de mano o acciones multitudinarias. Esto explica mucho. El pueblo, aquél que trabaja honorablemente disperso, en ciudades y campos, siempre ha estado al margen del debate por el poder. Las multitudes que eran y son engañosamente nombradas como pueblo, sólo han servido al juego de los ambiciosos.

Se hizo y se continúa haciendo así una historia de anarquía, que es la de las multitudes analfabetas y sugestionables; por eso lo serio y fidedigno de la vida social boliviana es lo que ha mantenido, frente al desorden y al resentimiento, los principios de convivencia humana, de religión, de familia, de cultura y el anhelo de un destino colectivo mejor. Esta fuerza constructiva, quieta, sosegada, pero saturada de energía, es la única que ha podido enfrentarse al turbión disociador que se origina en lo multitudinario.

Retrotrayéndonos al "hecho", al fenómeno Belzu, podemos comprobar cómo éste y su facción, es decir el resentimiento y la anarquía, marcan con mayor relieve la figura de Linares, arquetipo del valor positivo en nuestra historia, que pretende y toma el gobierno para ordenar el caos, para construir la nación, para moralizar y jerarquizar la sociedad. Linares es un producto genuino del apetito de paz y orden. En la profundidad del corazón popular siempre palpita un ansia de estabilidad.

Linares es el prototipo del hombre "distinguido" de Simmel. No actúa por comparación. Reconoce la existencia de lo bueno y trata de imponerlo con energía moral. En su *Exposición*, afirmaba: "En Bolivia no se han perdido ni se perderán jamás los sentimientos elevados..." Es en verdad una figura cimera en nuestra historia. En torno, o contra ella, se congutinarán distintas formas de entender los valores. Porque abunda esa clase de gente que aprecia y aplaude a las "almas perversas" que como Belzu, Morales, Melgarejo "echan manchas repugnantes, con sus delitos, en las páginas de nuestra historia". (CARLOS ROMERO: *Ob. cit.*, p. 168.)

El gobierno de Linares fué de hombres de élite e ilustrados, a diferencia de los gobiernos plebeyos como el de Belzu. Éste y Linares constituyen la antípoda histórica. En el primero podemos reducir una típica forma de resentimiento que se irá reproduciendo, con más o menos similaridad, en varias etapas de nuestra historia; en el segundo se manifiesta la forma generosa, aunque enérgica, que también, y para honra de la sociedad boliviana, se hará presente en el acontecer de su vida.

Los gobiernos y los hechos que no tienen relación con los arquetipos Belzu y Linares son, en todas sus gamas, establecidos por personajes "ansiosos", salvados los casos patológicos.

Así, Achá que hace un gobierno bueno, pese a su relación de responsabilidad con las matanzas de Yáñez, es un típico ansioso. Por su tiempo ya percibíanse algunos de los problemas que deterioraban la salud nacional. Don Adolfo Ballivián, siendo parlamentario el año 1861, decía: "El origen de estos males no está en el fondo de nuestras instituciones, sino más bien en el fondo de nuestras costumbres, la regeneración política de Bolivia, no es obra de un congreso..."

Melgarejo conforma el caso patológico: un criminal investido de poder. Impulsivo, feroz y atrabiliario, es una fiera caprichosa, dócil a la influencia letrada. Por ello vemos en su contorno un grupo de "ansiosos" eminentes, desprendido del seno de la minoría ilustrada, en busca de predominio a cualquier precio. La vanidad, energía y ambición de cada personaje que se sentía poseedor de talento o cultura, les hacía pensar que cada uno era el mejor. Concurrían así a la disputa de la influencia con gran técnica de astucia e hipocresía. El prurito de "ser más", tan característico del ansioso, se da en ellos.

Gobiernos como los de Morales y Daza son un precipitado de resentimientos y violencias. Estos fascinerosos son subproductos de la tipología belcista. El uno, Morales, ultraja al Congreso dos veces, sólo porque le acepta su renuncia. El otro, Daza, traiciona a Frías y se encumbra en el poder. De origen oscuro, tiene una vida difícil y arrastra, tras él, el sello del resentimiento existencial.

Por lo contrario, Frías y Ballivián pertenecen a la raigambre distinguida.

En fin, de este modo se podría ir catalogando todos los regímenes, pero bastan estos ejemplos para ver de intentar una caracterología, como diría Ortega, en torno a la historia política del país.

VII

Después de la guerra del Pacífico, hasta la del Chaco se produce una transformación, con todos los errores inherentes a la época y a la estructura psicológica de la nación, que representa la etapa organizativa. Los regímenes de ese período, pese a su contumaz ilegalidad y la corrupción institucional, tendrán una sola característica, en relación a la valoración de principios por los que simulan apego. Oteados en bloque, en la historia, se puede afirmar que conforman un período dirigido por "ansiosos" constructivos.

Los gobernantes de entonces eran letrados, gente selecta en su mayor parte. Sin embargo, hay algunos que surgen por audacia, a codazos, valga la expresión. Su idiosincrasia de lograr los fines por comparación y el deseo de ser más, su angustia de ser menos, muchas veces hará que algunos caudillos de ese tiempo inviertan la apreciación de valores, se rodeen de grupos resentidos y desplacen a hombres eminentes y del tipo "distinguido". Pero subrayamos, la forma histórica no era resentida.

Esta fisonomía se extiende hasta la campaña del Chaco. En este punto, es justo señalar que una de las figuras más interesantes que da este largo período es la de Hernando Siles, tal vez uno de los pocos que puede alinear con Linares, Frías, Adolfo Ballivián y otros de esa estirpe, que no tienen las características vulgares ni del resentido, sino las del distinguido. Este ilustre presidente, a quien ya se le empieza a hacer justicia, se rodeó de una brillante plana de colaboradores, similar a la que, bajo el nombre de rojismo, actuó con Linares.

En este extenso lapso es evidente que hay recias personalidades y destacados caudillos, a quienes se exaltó, hasta ahora, como figuras estelares; mas no olvidemos que ese prestigio se debe en parte a que supieron asentarlo en la satisfacción de camarillas. Figuras respetables, sin duda y por muchos títulos, sin embargo no llegaron a tener fineza en la percepción y apreciación de valores; sólo dejan atisbar, en el claroscuro de su obra constructiva, un ansia personal.

Después de la guerra del Chaco aparecen las corrientes socialistas y nacionalistas, que tienen dos formas típicas: previamente, un deseo justo de mejorar las cosas en Bolivia, es decir, una corriente generosa, influida por la época, una educación moral y sentimientos religiosos; en segundo término, el encono larvado, la envidia existencial de clases, razas e individuos, buscan y encuentran en la prédica socialista -particularmente en el marxismo- válvulas de escape a la dinamita psíquica del resentimiento.

Se organizan, primero, confusamente estas corrientes. Saltará frente a ellas el sentimiento de lo proveyecto, oposición resentida de lo viejo que fracasó. Luego empieza la forja de una de las etapas más dramáticas, violentas y siniestras de nuestra historia, que sintetiza todas sus taras, heroísmos, grandezas y miserias. El resentimiento manará a borbollones, de arriba y abajo, originando las más conmovedoras situaciones para la gente honorable, sana y limpia de alma, que se encuentra situada, en un callejón sin salida, entre dos fuegos.

Los elementos predominantes del carácter de esta etapa estarán sujetos a ciertas influencias de índole afectiva. Es abigarrada la madeja de problemas que dan personalidad al presente ciclo histórico. Se produce una sucesión de golpes y revueltas, que aunque tratan de cambiar, suave o violentamente, las instituciones, no logran modificar el carácter colectivo. Si bien se alternan los gobiernos permanece inafectable la condición moral de la nación.

También quedan sin cambiar su esencia las administraciones de los grandes negocios y de las asociaciones impersonales, acumulando así, por su duración una fuerza y un poder escondidos preponderantes, que al llegar a acrecentarse terminan adueñándose de la influencia pública. Los directores de ella -de esta influencia-, más temible que la entronizada por la política, siempre cambiante, crearon un desequilibrio que engendró agudo descontento. A partir de la guerra del Chaco esa insatisfacción se generaliza y profundiza, traduciéndose en reacciones de dos tipos: una de signo generoso y sano, que quiere corregir el mal vigorizando al Estado, dándole estabilidad a las instituciones, y otra de mentalidad resentida.

Este resentimiento, paradójicamente, también se genera en los núcleos reaccionarios, que ven amenazada su hegemonía.

Y así, mientras los unos promueven intrigas, persecuciones y cierran todas las puertas a los que no están incondicionalmente con ellos, los otros, guiados por ambiciones y vanidades., con espíritu de odio y de venganza, desatan el furor masivo, asesinan, encarcelan y atropellan, en forma sólo comparable al belicismo.

Ambos resentimientos, llenos de perversidad, hacen blanco en el grupo ilustrado que se encuentra en una situación dramática. Los unos oponen toda su influencia para frenar una acción renovadora y racional. Los otros odian, más que a sus adversarios naturales, a estos idealistas porque ven y saben que ellos pueden llenar los objetivos de sus "fórmulas redentoras" con más amor y sin ningún espíritu de rencor, desviando el encono y la revancha hacia una faena constructiva.

El pueblo no encuentra ninguna estabilidad porque ella sólo se da en un clima de paz. Allí donde el odio y el resentimiento campean no puede haberla, sobre todo en materia política, como tan candorosamente reclaman los funcionarios oficiales de algunas naciones amigas.

En este ambiente se forma lo que Le Bon califica de mentalidad jacobina y que describe así: "Los elementos místicos y afectivos que dominan al jacobino le condenan a un extremo simplismo, no apoderándose más que de las relaciones superficiales; nada le impide tomar por realidades las imágenes genéricas nacidas en su espíritu". Y añade a continuación: "No es como se ve por el desarrollo de su lógica racional por lo que peca el jacobino. Posee muy escasa y por este motivo es a veces muy peligroso. Allí donde un hombre superior dudaría o se retendría, el jacobino que pone su débil razón al servicio de sus impulsos, avanza con certidumbre". No se impresiona por un razonamiento por más justo que sea. ¿Por qué? Porque "su visión es muy corta, no le permite resistir a los poderosos impulsos pasionales que le arrastran".

En torno a estos factores ha ido creciendo la ilusión en el pueblo y en las masas. Una ilusión forjada con frases retóricas y efectistas, por una parte, y una ilusión auténtica, nacida en los arcanos del alma nacional, que aspira a una mejora, a un destino no calibrado en artificio y engaño, sino en realidades. Nuestro pueblo está deseoso de equilibrio, de estabilidad, quiere empeñarse en una gran tarea, pero hay situaciones que han estropeado buena parte de ese sueño.

El espíritu sectarista y jacobino ha explotado el noble impulso popular, como un medio demagógico para instalarse en el poder. Lejos de alentarlos por medios ejemplares, ha hurgado el trasfondo de los resentimientos, las envidias y los odios y ha parcializado arteramente su prédica revolucionaria. Ha buscado el apoyo de multitudes fáciles de excitar y las ha embriagado con gestos y posturas de apariencia. Ha sacrificado la estabilidad de la nación, ha desjerarquizado su sociedad, ha entronizado la anarquía disociadora, alentando las luchas de clases y de razas, y ha entregado la vida, honra y propiedad del prójimo, en forma desaprensiva y cruel, a la voracidad de la plebe. Todo esto, y aún más, se ha hecho no para mejorar la condición de las grandes mayorías nacionales, que continúan más empobrecidas, explotadas y serviles, todo esto se ha hecho, como decíamos, solamente para lograr la permanencia en el poder.

Al lado de los agitadores y de los profetas embravecidos de estas prédicas, aparecieron caracteres indecisos y no podían faltar ni la simulación retratada por Moliere en su *Tartufo*, ni esa pléyade de individuos que han hecho un oficio del enriquecimiento ilícito. Por eso se vió bien pronto que los que impugnaban la forma de vida de los anteriores afortunados, no pretendían otra cosa que sustituir los, y que sus prédicas no eran otra cosa que viles brotes de envidia y resentimiento.

Mas, también es preciso reconocer que otro de los modos de considerar el bien común, la ilusión nacional, fué el que se inspiró en actitudes nobles, orientadas por sentimientos delicados y por almas finas, que no buscaban el privilegio para los de arriba ni para los burócratas sindicales y ciertas multitudes, sino para el hombre común, para el pueblo entero. Lamentablemente esa corriente ha sido, y lo es aún, atropellada por la mendaz facción jacobina .con vesania y torpeza.

El tiempo, gran artífice de la verdad, y el alma del pueblo enmendarán estos males y permitirán que Bolivia salga de la marea resentida a la pleamar de un destino de plenitud moral y material.

La palingenesia boliviana será la obra de la totalidad de su pueblo.

Capítulo VI

MERIDIANOS HISTÓRICOS

I

El proceso desintegrador de los virreinos y de la organización administrativa colonial fué estimulado por una voluntad minoritaria más que popular. La idea nacional fué concebida por los grupos ilustrados en el instante en el cual, debido a la política europea, el imperio español se resquebrajó. La propia política hispana, que proclamaba la libertad de Napoleón en la Metrópoli, avivó esos sentimientos en sus alejadas colonias, en las cuales la insurgencia estaba ya inoculada. Más, la segregación del dominio español dislocaba paralelamente la posibilidad de constituir grandes Estados.

Los núcleos coloniales de América estaban cimentados en jurisdicciones administrativas o religiosas; en algunos casos trascendían a ellas y cobraban relieve propio, por la luminosa acción universitaria, como es el caso de la Audiencia de Charcas.

La revolución emancipadora perjudicó el desarrollo más pausado y armonioso de esas antiguas jurisdicciones, que devenían Estados, por la impaciencia de los particularismos. En la disgregación se originaron nuevos modos de conciencia y estilos regionales, tipificando las personalidades de las nuevas entidades políticas.

La realidad vital boliviana se mantuvo por encima de vicisitudes y, a veces, hasta de incongruencias de la geografía. El gran propósito de la soberanía, renovado por generaciones, ha mantenido la unidad republicana, contra toda forma de resistencias, sean ellas regionales, raciales o clasicistas.

Es preciso tener en cuenta que si hoy en día se ha superado el criterio de que la geografía puede constituir un obstáculo -más si es abigarrada- para la pervivencia de un Estado, en épocas pasadas, cuando los elementos del transporte y la comunicación eran incipientes, ella hacía sentir su energía disociadora en la desarticulación territorial.

Si todo concurría a nuestra desintegración, desde la naturaleza del suelo hasta la psicología anárquica de su habitante, la existencia boliviana se debió al fuerte y tenaz espíritu de las minorías.

Ahí radica lo admirable del proceso incorporativo llevado a cabo en nuestra historia, porque el espíritu nacional de las grandes masas es reciente.

II

Hasta ahora la historia de Bolivia se ha realizado en un sector parcial de su geografía. Las dos terceras partes de su mapa -si no del todo casi completamente- han quedado al margen de los sucesos. No han tenido una plena participación en ellos debido, entre otras cosas, a que han carecido de centros poblados, con actividad económica y social de alguna importancia. Con excepción de Santa Cruz de la Sierra y de los núcleos fundados por las antiguas misiones jesuíticas, son más bien regiones deshabitadas.

Ha sido, pues, el elemento geopolítico altiplánico, el centro vivo de la nación; allí han convergido no solamente las inquietudes políticas, con su turbulento carácter, sino también los afanes culturales, económicos y sociales.

Podemos afirmar que hasta lo que va de esta mitad del siglo y todo lo que corresponde a nuestra historia durante el siglo XIX, fermenta y se produce en los centros urbanos de la altiplanicie y de los valles. Los orientales, gente de extraordinaria lealtad para con el país y habitantes de una tierra feraz y bella, se mantuvieron unidos a la nacionalidad más por una fuerza espiritual que por lazos de geografía o economía.

La historia de Bolivia puede ser mejor comprendida si observamos que el conglomerante nacional fué el altiplano. La totalidad del ámbito físico no ha concurrido con plenitud a ella, por estar desconectada del centro nervioso del país; aunque sectores de su minoría ilustrada han influido la vida económica, social y política de la totalidad.

Bolivia ingresó, a comienzos de siglo, a una etapa de actividad económica resultante de la exportación de caucho y estaño. Desde entonces crece un espíritu favorable en el grupo ilustrado para trabar mejor a la nación y, como fruto de este enfoque, en la generación posterior a la guerra del Chaco se nota ya, en forma definitiva, la orientación de una política que aleja la frase retórica para empeñarse en la tarea realista. Esta faena, como sentido vital y al margen de la demagogia y del exitismo, deja entrever la voluntad de desarrollarse en un escenario amplificado.

El oriente de la República, en definitiva, empieza a ensamblarse en la vida nacional, y dentro de un moderno concepto económico es posible que en breve llegue a constituirse en el centro rector de la vida boliviana.

Santa Cruz posee aquello que, en su hora, tuvo la pampa argentina, cuando sus colonizadores europeos buscaron la aventura en la lejanía de un porvenir, antes que en la rápida remuneración del azar minero o del despojo imperial. Este tipo de aventura, pobladora y más quieta, no tiene el mágico relumbrón del éxito pero, nutrida de heroicidad senequiana, posee la seca rudeza de la vida, que va ganando sus derechos al dominio incesante de la naturaleza. No mira al presente, tan sólo, se pierde en el futuro. Por esto, si los conquistadores y sacerdotes que arraigaron en nuestro oriente, hubieran bebido en las fuentes de la ambición del oro, de la mina,

del solo señorío de imperios, habríase perdido tal vez -y es un milagro que no hubiera ocurrido-, su existencia y permanencia social de siglos, en el lejano llano y en la olvidada selva. El oriental, hijo de esos tenaces españoles del siglo XVI, ha guardado para su patria un tesoro inmenso de posibilidades.

Se debe en gran parte esta hazaña, a la labor cumplida por los frailes misioneros que, con riesgo de su propia vida, catequizaron al salvaje, fundaron establecimientos, enseñaron métodos de cultivo e hicieron florecer la más encantadora, moral y fuerte sociedad. Allí se incorporó al selvícola a la vida cristiana y se realizó una inteligente política de aglutinación social. De estos factores proviene la reserva de feraces tierras, cuya noble estirpe humana ofrece ampliar el destino boliviano en forma espléndida.

Las vías de comunicación que se están estableciendo, desde varios años atrás, tanto para relacionar estas regiones con el interior del país, cuanto para conectarlas con Brasil y Argentina, anuncian una nueva vida para Bolivia. Estamos en los comienzos de ella y tal vez por eso mismo no alcancemos a percibir la importancia que tiene. Podemos creer que ya no se podrá debatir cualquier tópico de la vida y progreso de nuestras sociedades, sin que el peso del oriente, cada vez más fuerte, se haga sentir en el confín nacional.

III

En nuestra historia se marcan la etapa que se desarrolla dentro del ámbito parcial, cuyo modo principal ha sido el político, y la etapa de integración, en la cual, regiones del país que no participaron en su vida activa, definitivamente se conglutinan con la nación, planteando, de este modo el paso de una economía de tipo doméstico y familiar en agricultura, a una fase industrial que no sólo abastecerá a la república, sino que abrirá cauce a nuevas fuentes de exportación. Ésta es la grande y útil revolución, amortiguada ahora por la bullanguería política y por el rencor y la demagogia, aparecidos estos últimos años.

No significa solamente una vertebración de la vida nacional, desde el ángulo geográfico, sino y sobre todo, el alborear de un nuevo modo que pretende mirar frontalmente el trabajo tesonero y honrado.

A esto contribuirá no solamente el innato espíritu de empresa y aventura que empieza a perfilarse por la influencia de la época, sino las potencialidades bolivianas, columbradas por algunos escritores y sociólogos del pasado. La América del Sur, y particularmente Bolivia, se encuentran en trance de mutación hacia un desarrollo extraordinario. Su gran capacidad productora de materias primas estará aneja a un impulso industrial de vastas proyecciones.

Estas posibilidades arrancarán a Bolivia de la servidumbre de su sola producción minera y permitirán que, al contar con una economía diversa, cambie el tono y el matiz de su existencia.

La historia boliviana, tan dislocada como su geografía, irá por una ruta nueva; las influencias se compensarán; los modos de ver y enfocar a los hombres y a las cosas, también sufrirán un cambio.

Este acaecer, dentro del dintorno altiplano-valles, constituye nada más que secundarios períodos de formación, que están ya permitiendo llegar al punto de integración total.

Si para los hombres del tiempo ido nuestra geografía significó el motivo substancial de nuestro atraso, hoy día podemos felicitarnos de poseer una territorialidad múltiple y abigarrada, que posibilitará una complementación interna cada vez más fecunda. Las regiones del país ofrecen hoy diversas vías de progreso, como ayer significaron nuestra asfixia. La inmigración en escala grande, estimulada por la construcción de caminos y ferrocarriles y la creciente comunicación aérea, es decir el trabajo y la voluntad de hacer, traerán la prosperidad colectiva. Sumemos a esto una conciencia cada vez más fuerte de nacionalidad. Y así podremos esperar el cambio fundamental a no muy largo plazo.

IV

Nuestro territorio está formado por dos terceras partes de bosques y llanuras regadas por grandes ríos; una tercera parte lo constituyen cordilleras, valle y altiplanicie que tiene lagos, salares y las cabeceras de los ríos orientales.

De acuerdo a la división en países, que hace el español Badía Malagrida, y conforme a las corrientes modernas de la geopolítica, se debe confirmar la tesis de Jaime Mendoza que afirmaba que Bolivia tiene tres destinos: el amazónico, el platense y el del pacífico.

Evidentemente, nuestra geografía es tributaria de ellos. Gran parte de su sistema hidrográfico pertenece a la hoya amazónica; casi de igual importancia es la que tributa al Plata; es menor la concurrencia de aguas -aunque mayor la vertebración geológica- al Pacífico.

La historia nacional ha tenido, pues, el sello de estas tres influencias.

Nuestra vinculación virreinal con el Plata en la época colonial, las relaciones de cooperación mutua con esas provincias durante la guerra de la independencia, ora recibiendo tres ejércitos auxiliares, ora contribuyendo a cubrir el flanco sanmartiniano con nuestras guerrillas, durante su campaña en Chile, crearon una afectiva relación. Una vez constituídos en estado republicano y solucionado el problema de Tarija, nuestras relaciones marcan un creciente acercamiento, que se deja sentir sobre todo en el sur, y que ahora cobra también impulso en el oriente.

Por el hecho, anotado, de que la mayor parte de la gravitación política y de la vida nacional se asientan en el altiplano, persiste una acentuada influencia internacional con nuestros vecinos del Pacífico. Tanto la acción crucista para la confederación, como la intervención pertinaz de Chile y Argentina, de donde quedó destruido el ideal de unidad, cuanto la invasión de Gamarra y su derrota en Ingavi, que afirma nuestro destino independiente, constituyen las huellas profundas que tiene nuestra historia.

La usurpación de nuestra costa y la consecuente dependencia de nuestro comercio definirán una etapa correspondiente a la influencia interna del altiplano, ligado en su destino al Pacífico, del cual vamos saliendo lentamente por la creciente influencia que ejercitan el Plata y el Amazonas.

Lo dilatado de nuestras tierras, el hecho de que los núcleos poblados se encontraran muy distantes de la periferia, dió motivos para que adviniera el roce con el Brasil.

Por tener zonas alejadas de nuestro centro vital, aunque no menores en riquezas y en posibilidades, sufrimos no solamente la mutilación territorial de vastos y productivos territorios, sino también la cerrazón de una salida propia y holgada al Atlántico, por vía amazónica. Si bien el país se dolió de los conflictos con el Brasil, no sintió el desgarrón tan visceralmente como el de nuestra costa marítima. Esta situación se debía fundamentalmente a que las regiones segregadas eran lugares despoblados, sin centros urbanos -aunque con florecientes industrias como de la goma y la castaña- que no se encontraban dentro del perímetro histórico de la nación.

Felizmente hoy las relaciones con la gran nación vecina han superado viejas diferencias y se anuncia, para el futuro, una creciente complementación económica y espiritual.

Ulteriormente, con la guerra del Chaco, se pretendió arrebatar no solamente territorio, sino obturar nuestra salida al Plata. El Paraguay aprovechó el abandono y despoblación de nuestro territorio, para alegar derechos que se discutieron en los campos de batalla, donde los afirmó, con desmedro de los nuestros.

Tal vez el "corredor" Man Césped nos permita tener un puerto propio sobre el río Paraguay, y así lograremos que la expansión de nuestro oriente tenga una válvula de escape propia y sin tutelas foráneas.

En el Amazonas solamente queda, por ahora, la tolerancia brasileña para el tráfico comercial de exportación o importación. Es posible que con el adelanto de la técnica moderna y por convenios con nuestro vecino, logremos eliminar las cachuelas, dando curso a la navegación fluvial. Éste es una terna de política, no solamente vecinal sino panamericana.

Con Chile habrá que ir a arreglos pacíficos y prácticos que alejen para siempre la sombra que existe en nuestra convivencia internacional, surgida por el enclaustramiento injusto.

Nuestra contribución geopolítica a tres sistemas, podría permitir la formulación de un añadido a la visión de Mendoza: el cuarto destino, el interior, o sea el aprovechamiento de los tres sistemas en una mejor y más equilibrada política de robustecimiento nacional, que lleve aneja la diversificación económica y el goce de nuestra geografía en provecho íntimo.

Debemos afirmar nuestro destino interior robusteciendo la nacionalidad, sacando ventajas de su diversidad. Pero ante todo hay que poblar. Mientras nuestras fronteras y nuestros países sean desiertos, mientras la extensión territorial no corresponda a una dimensión de humanidad, no tendremos el eficaz instrumento histórico.

La guerra del Pacífico, en cierta forma, sirvió de aglutinante nacional, porque ese conflicto infausto conformó –no ya como en Ingavi, la soberanía- sino algo más sutil: la conciencia del ámbito territorial, del espacio y de la comunidad entre los pueblos bolivianos, es decir, la conciencia política. De esa guerra obtuvimos que la minoría dirigente pudiera aventar, en parte siquiera, el motín cuartelero.

La guerra del Chaco, pagada con sangre y tierra, con dolor y humillación, formó lo que se puede calificar de conciencia nacional. Más ella originó también el vórtice de la demagogia y del oscuro resentimiento.

Este "movimiento colosal del torso de nuestra historia, este cambio de meridiano, trajo anejo el sacudimiento de las masas. Éstos son dos fenómenos paralelos, de magnitud a los que se debe prestar la atención debida.

La nueva visión integral de Bolivia, la conquista de su destino interior, intuida por algunos, sufrida por otros, alentada por el tiempo y la técnica, y hecha carne en las generaciones actuales, servirá para determinar una serie de formas nuevas en nuestra historia, y también para crear una vida ascendente, pese a los aturdimientos y a los conflictos de un mundo en crisis.

V

Si es verdad que tenemos, como ya lo dejamos anotado, geografía abigarrada y extensa, no menos definitiva en nuestro destino ha sido la inconexión del ámbito social.

Compuesto por capas étnicas superpuestas y con costumbres y enfoques distintos, la mayoría de nuestro poblador se mantuvo al margen de la vida política, de la historia y de una estrecha correlación humana.

Este problema cobra hoy mayor importancia, porque en el mundo entero se pretende sustituir los naturales antagonismos nacionales por la lucha de clases. Las mayorías bolivianas en esta forma son objeto de esta influencia negativa y creciente.

El indígena, que tiene como epicentro el altiplano, es un elemento constitutivo de la mayoría y conforma múltiples grupos, con sus peculiares costumbres, hábitos, supersticiones y su tipo de economía. Los selvícolas y las agrupaciones de aborígenes del oriente, no tienen la significación de las naciones que habitan el collado. Los quechuas que constituyen la mayoría, han demostrado más avance en su cultura, y los aimarás que se esparcen por el norte, señalan características importantes y formaciones sociales como el "ayllu".

Esta mayoría no está imbuida de un concepto nacional y participa en forma elemental de nuestra conciencia social.

Su principal actividad es la agricultura y da los contingentes de braceros para la industria de las minas. Al vivir ocupado del cultivo de la tierra, con métodos arcaicos, solamente mejorados cuando los colonizadores españoles cambiaron los sistemas de hoyos o estacas, con el del arado tirado por bueyes, no ha tenido una evolución sustancial. Su atraso, en relación a los métodos de la agricultura moderna y de explotación industrial de la tierra, son parte del lento y penoso progreso boliviano.

La independencia no sólo no afectó al indio en sus ideas o en su ubicación social, sino más bien le perjudicó. La mayor parte de la legislación colonial, que proveía la defensa de los derechos del nativo, fué abandonada por la República. Todas las disposiciones dejadas en el testamento de la reina Isabel, las Ordenanzas de 1542 dictadas por Carlos V, las instituciones metropolitanas que vigilaban la administración virreinal, tales como la Casa de Contratación de Sevilla y el Consejo de Indias, vinieron a ser sustituidas por una codificación inspirada en las leyes liberales de Europa que no mejoraban la condición del nativo. Y no sólo imperó la postergación legal del indígena, sino también la despreocupación por su educación, su sanidad, su vivienda, su alimentación, es decir la indiferencia por elevar su nivel de vida.

Por ser un bracero barato se creyó que era mejor estacionarlo en su estado de ignorancia; así, la mayor parte de los gobiernos, dedicados más a las cosas de la política, o al enfoque incompleto de los problemas nacionales, perdieron interés en esa base social, pobre y explotada.

Aunque aparentemente la actividad económica boliviana se asienta en la minería, la mayoría indígena vive al margen de la economía moderna, y sí más bien de una incipiente agricultura, vasta en extensión y de escaso rendimiento para satisfacer su propio consumo, y colocar los exiguos saldos que le restan en mercados urbanos.

Por no haber adquirido hábitos de consumo, las necesidades del indio son elementales. Consume lo que produce. Atesora sus ganancias para gastarlas en alcohol. No es un activo participante de una economía de consumo, ni un eficaz contribuyente al erario fiscal. Su aporte, como mano de obra barata, como fuerza de trabajo amplia, es hoy día la característica más importante que tiene. Pero es una energía mal aprovechada, peor dirigida y su rendimiento, en comparación a los índices de otros países, es deficiente.

Este grupo humano que representa más del setenta por ciento de la población boliviana, tampoco está incorporado a las actividades públicas, ni menos a la historia. Si bien tiene una presencia en ella, no llega a una participación. Es, pues, más un estar que un hacer. No ha estado ese gran conjunto gravitando en la cohesión social como debiera. Concentrado en sus peculiares faenas, limitado en sus derechos, con antiguas y seculares costumbres, sin propio afán de progreso ni de adaptación a la sociedad moderna, representa el principal capital humano de Bolivia y, al propio tiempo, su fundamental problema.

Gran parte de las barriadas extremas de La Paz y de algunas otras ciudades del país, están formadas por desordenados caseríos pertenecientes a indígenas que emigran del campo en busca de una remuneración por faenas de tipo artesanal o industrial. Este indio que invade los centros urbanos se asimila a nuevos hábitos; se torna en consumidor de algunas prendas, activa cierta forma de comercio y representa una masa ignorante y peligrosa que forma ahora, el contingente donde reclutan sus adherentes los demagogos y resentidos.

Como se ha podido observar, la historia de Bolivia no sólo ha sido parcial en su geografía, sino también en su agregado humano. La mayor parte de los sucesos, de los estilos y de las formas que ha tomado nuestra historia se producen con una casi total ausencia del indio. Pero también es evidente que en ciertos órdenes ha ido creando una confusa influencia, contagiando modos, irradiando ciertas características, no tanto por impulsos activos, sino precisamente por el propio peso de su pasividad.

Las modernas generaciones que empiezan a mirar dentro, que pretenden un replanteo de la realidad boliviana, han de esforzarse por incorporar estas multitudes a la plena vida nacional.

No creemos que es necesario agitar sus resentimientos y crear un antagonismo entre los planos indios y blancos del país. Esa política, de ribetes luciferinos, conduciría a un genocidio monstruoso de las minorías. A este propósito, no hay que olvidar, como decía Nietzsche que "no hay nada más espantoso que una clase bárbara de esclavos, que ha aprendido a considerar su existencia como una injusticia, y se propone tomar venganza, no sólo para sí, sino para todas las generaciones". Lamentablemente, hoy en día en Bolivia se agita a estas masas con el infame señuelo de revancha. Esto es jugar irresponsablemente con los destinos de una Nación.

Si el eje geográfico de nuestra Historia ha sido el altiplano, podemos afirmar que en lo humano ese eje ha estado constituido por las minorías ilustradas, blancas y mestizas. La labor de ampliar la participación en la tarea social consistiría en la integración de los nativos y en la aceptación de nuevos aportes de sangre, por vía inmigratoria al agregado nacional.

A la extraordinaria incorporación geográfica, al cambio de nuestro meridiano político e histórico, debe sumarse este fenómeno: la asimilación del contingente humano a una plenitud de conciencia boliviana. Si vemos desde ese ángulo nuestro horizonte, podremos observar que ofrece una posibilidad de futuro, con los mismos ingredientes heredados, pero con trazo más vigoroso.

Valle de Cinti, 1953.

NOTA DEL AUTOR

El 19 de abril de 1959, murió trágicamente en la ciudad de La Paz, junto con otros patriotas bolivianos, don Oscar Unzaga de la Vega, combatiente por la libertad de su Patria.

En nuestra generación, Unzaga de la Vega es, sin disputa, el máximo valor moral. En la Historia Nacional representa una de las más elevadas cimas de la conducta ciudadana. Anverso del resentimiento, señala el derrotero de las nuevas generaciones. De ahí que los que murieron por la libertad en aquel domingo trágico, fueron sus discípulos, sus amigos.

La figura de Oscar Unzaga de la Vega, merece un estudio especial, que no se hará esperar.

G.R.